

TESS LORENTE

PERO
¿POR QUÉ?

UNIVERSO
de LETRAS 

Pero ¿Por qué?

Tess Lorente
UNIVERSO
de LETRAS 

Pero ¿Por qué?

Tess Lorente

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Tess Lorente , 2020

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2020

ISBN: 9788418233630

ISBN eBook:

Introducción

Es increíble cómo puede cambiar la vida de alguien en unos pocos meses.

Te levantas un día sintiendo que estás totalmente estancada y, de pronto, le das un vertiginoso cambio de rumbo a tu vida para sorprenderte una mañana y apenas reconoces en el espejo el reflejo que tienes ante ti.

Puede que te sientas abrumada por el cambio, pero, sin lugar a duda, ese cambio es la fuerza que propicia todo lo bueno que está por venir. Y se abren un sinfín de posibilidades. Recobras el control y te permites el lujo de ser la protagonista de tu historia.

Te brindas la oportunidad de vibrar de nuevo con la emoción del que lo prueba todo por primera vez. Y sientes que vives una segunda adolescencia, aunque con la seguridad que te otorga la madurez.

Podría haber continuado con el camino que me habían marcado. Era cómodo, estable, seguro..., no obstante, le faltaba algo especial, le faltaba luz, ilusión y, sobre todo, pasión.

Nunca habría imaginado que aquel momento iba a ser el origen de todo. Estaba a punto de permitirme ser la compositora de mi propia sinfonía e iba a conocer a los mejores músicos del mundo.

Y todo empezaba con una simple pregunta...

Pero ¿por qué?

Yo solo quería saber el porqué, los motivos, los ingredientes que le llevaron a tomar una decisión así y a ejecutar una acción tan drástica.

No quería reprocharle nada, pero creía merecer una explicación.

Bueno, quizás sí quería reprocharle muchas cosas, echarle en cara todo lo sucedido, en fin, culparlo a él de todo; aunque no era capaz de articular palabra y para cuando me quise dar cuenta, el portazo explotó en mis oídos con la fuerza de un tiro al corazón y el nudo de mi garganta me dio la pista de que ya era demasiado tarde.

Con todo lo que había aguantado por él, por esa rara relación que habíamos establecido como nuestra, ahora iba y me dejaba porque, según él, estábamos estancados.

Vale que no fuéramos la pareja más romántica del mundo, pero de ahí a romper de esa manera, sin explicaciones, sin una pelea como Dios manda, sin bronca monumental.

Pensé en salir corriendo tras él, en gritarle desde la ventana, en tirarle un jarrón por el hueco de la escalera o, incluso, en suplicarle de rodillas que no me dejara de esa forma, sin embargo, no hice nada, no fui capaz de hacer nada, no moví ni un músculo, no balbuceé ni una sola palabra, no grité llena de ira; solo cerré los ojos y pensé: «Ya está, se acabó».

Esta ruptura era el fiel reflejo de nuestra relación falta de pasión, y fue en ese momento cuando me di cuenta de lo cansada que estaba de todo aquello.

Y la verdad, no sabía cómo sentirme, dolida por la situación está claro, pero también, aunque no fuera del todo correcto, sentía algo parecido al alivio al pensar que esos meses de incertidumbre, de dudas, de malas caras y enfados iban por fin a acabar. Sería libre para sentirme como me diera la gana; reír, llorar, gritar, bailar o saltar sin sentir una mirada de desaprobación a mi espalda, un ceño fruncido o caras de incredulidad cuando expresaba mis sentimientos de forma abierta y pública. Estaba harta del pudor irracional, del escapatismo, de las normas establecidas por gente gris que no parecen entender que la vida son dos días y uno y medio te lo pasas jodido.

Hacía tiempo que la relación que mantenía con Miguel no me llenaba en absoluto y sabía que había dejado de ser yo misma para convertirme en una versión más acorde a sus gustos. Cambié mi forma de ser para interpretar el papel que se esperaba de mí.

Me dejaba llevar sin plantearme siquiera la posibilidad de salir de ese bucle en el que me había sumergido y que me estaba atrapando cada vez más. Nunca se me pasó por la imaginación que sería él quien daría el paso, aunque mi completa pasividad se lo había puesto en bandeja.

La ruptura me ofrecía la oportunidad de reencontrarme con mi antigua yo. No es que fuera un dechado de virtudes, no obstante, por lo menos, no me hacía sentir como una traidora a mis ideas

y valores. Me avergonzaba de la persona en que me había convertido y ahora podía volver a retomar las riendas de mi vida y de mi futuro.

Por un momento imaginé la persona que quería ser y lo tuve claro al momento. Quería ser libre, ser independiente, ser espontánea, ser imprevisible..., quería ser YO en mi esencia más pura, yo como persona única, yo como un alma ligera de equipaje preparada para extraer todo lo bueno de la vida y tirar a la basura todo aquello que no me complaciera o llenara.

Sí. Estaba decidida, había llegado el momento y no iba a dejarlo escapar. Lo tenía claro, lo tenía cristalino... era la mejor idea que había tenido en muchos años y por fin estaba dispuesta a intentarlo, iba a ser mi objetivo en la vida, por fin iba a SER FELIZ.

Solo había un pequeño detalle que debía pulir. Tenía que conseguir que él no volviera, y si volvía intentar con todas mis fuerzas ser fuerte y no dejarme vencer por la tentación de volver a estar atada a alguien por no sentirme sola; simple y únicamente por miedo a la soledad.

No. Ni hablar de eso, a partir de ese momento tenía que abrazar a la soledad como si fuera un salvavidas, una oportunidad, una amiga que me ayudara a crecer como persona y que no me hiciera sentir como alguien dependiente que no pudiera ni respirar sin ayuda de otro.

Y, de improviso, me sorprendí mirando a mi alrededor, la habitación donde hacía tan solo unos instantes había creído que mi vida se detenía y que se convertía en un trampolín hacia un futuro totalmente nuevo, un guion por escribir, un nuevo comienzo.

Pero como en todos los principios se necesita trazar un plan para no descarrilar antes de empezar, y eso me ilusionaba y me asustaba por igual. No debería dejar ningún cabo suelto, tenía que estudiarlo todo al detalle, como si planeara un atraco de forma profesional y concienzuda, porque en este caso el botín era demasiado preciado como para perderlo por un descuido; el botín era YO.

Al despertarme a la mañana siguiente creí que todo había sido un sueño extraño. No podía creer que él se hubiese ido al fin. Había imaginado tantas veces nuestra ruptura, la escena, los gritos, reproches y lágrimas, que por un instante creí que todo había sido fruto de mi imaginación.

Por puro instinto de supervivencia corrí hacia el baño de la habitación y aliviada observé que ya no estaba... ¡¡¡EUREKA!!! El cepillo de dientes ya no se encontraba en su lugar y me sorprendí mirando en el espejo el reflejo de alguien distinto que sonreía de pura emoción. Sí, ahí estaba yo, mirándome fijamente al espejo y dando las gracias porque aquel pequeño objeto ya no estaba en su sitio habitual.

Sí, ese pequeñísimo detalle me daba la certeza de que no había sido un sueño, que todo lo que había pasado la noche anterior fue real.

Y si todo aquello ocurrió, mi plan seguía siendo posible, por lo que de pronto empecé a reír a carcajadas y a saltar por el cuarto cual colegiala al pensar que esa locura de cambiar de vida de forma radical seguía en pie, la aventura de redescubrirme, reinventarme y superarme a mí misma haciendo todo aquello que me diera la gana, sin preguntas, lastres, ni excusas... Sí, había llegado el momento.

Sin previo aviso me asaltó la duda, la tremenda duda... ¿SERÉ CAPAZ?

Me asomé a la nevera en busca de algo prohibido, algo estimulante, algo que NO se tomara recién levantada, para empezar el día rompiendo las normas establecidas... ¿vino, cerveza, helado?... y me di cuenta de que la libertad no implica perder el sentido común, así que salí corriendo hacia la habitación, cogí una pequeña libreta y apunté la que iba a ser mi primera norma por cumplir en mi nuevo código del cambio:

1. Ser libre no implica perder la cabeza, *usar el sentido común.*

Esto, traducido a mi idioma, venía a decir que para ser libre uno primero debe sentirse bien, y para eso debes estar sano, para estar sano debes alimentarte de forma saludable, y el día se empieza con un desayuno correcto: un batido de yogurt con frutas naturales, un puñadito de cereales y un delicioso café largo... ¡uuummm!, así mucho mejor.

Disfruté del desayuno sentada en mi mesita frente a la ventana, entraban por ella los maravillosos rayos de un sol de primavera que me calentaban el alma y la vista de la ciudad parecía hasta más bonita que nunca. Me di cuenta de que justo en aquel instante ya no había marcha atrás, estaba decidida, me iba a cuidar y a cambiar todos aquellos viejos hábitos que había adoptado y que no me gustaban desde hacía tiempo, así que empecé por tirar con todas mis fuerzas el paquete de tabaco por la ventana.

No podía terminar un desayuno nutritivo y sano arruinándome los pulmones con el humo de un cigarro, solo por evitar el estreñimiento matutino, NO.

En realidad, ese primer cigarro me sentaba fatal, me bajaba la energía, me mareaba y acababa con el sabor refinado de mi café para sustituirlo por un aliento asqueroso que me obligaba a lavarme los dientes de inmediato. ¡Puaj, qué asco de vicio, FUERA!

2. Segunda norma... *nada de vicios que atenten contra mi salud.*

Orgullosa de mi heroica acción me levanté de la silla y con un aire renovado me fui al armario de las galletas y me comí una digestiva de esas que son una bomba, aunque tienen el mismo efecto que el cigarro, y comprobé que veinte minutos más tarde me sentía mucho más ligera.

Recogí la habitación y preparé lo que debía ser un atuendo más acorde con mi nueva vida... ¡ups! ¿Cómo debía vestirme para sentirme mejor en mi nueva vida?, ¿cómo debía sentirme en esa vida?, ¿qué quería decirle al mundo con mi nuevo aspecto?

La verdad es que en eso no había pensado.

Aunque hoy fuera el día «D» debía ir a trabajar, así que me duché y me vestí como de costumbre con un traje negro de raya diplomática, una blusa rosa palo de raso con una lazada al cuello y mis maravillosos zapatos italianos de salón a juego con mi nuevo bolso negro. Me maquillé y me hice un pequeño moño bajo con unos cuantos mechones sueltos enmarcando la cara. Sombras suaves y brillo de labios. ¡Perfecta! Me encantaba mi atuendo para el trabajo, de hecho, era lo único que me gustaba de mi trabajo, que me podía arreglar a mi antojo.

Siempre me había gustado la moda, la alta costura, el *look* de empresaria o ejecutiva que con un traje y una blusa es capaz de transmitir *glamour*, sensualidad y fuerza. Me encantaba cuando bajo un largo y ceñido abrigo de paño asomaban las perneras de un sofisticado traje y unos maravillosos zapatos de tacón. Las blusas de seda, los fulares de colores vivos y los bolsos... ¡Oh, los bolsos!; de todas las formas, tamaños y materiales, pero siempre, siempre, siempre a conjunto con los zapatos.

Yo que anhelaba ese tipo de vestuario hacía lo que podía comprando trajes de *prêt-à-porter* en grandes superficies e intentando crear ese vestuario low-cost. Y ciertamente no lo hacía tan mal.

Si quería cambiar de vida, ¿también debía variar de gustos?

No estaba enfocando la pregunta desde el punto de vista correcto.

Para cambiar de vida, primero tenía que saber cómo iba a ganármela y, de ese modo, averiguar qué tipo de ropa se adaptaría mejor a mi nuevo estilo de vida. No es lo mismo trabajar como profesora de plástica en un colegio de primaria que dependiente en una floristería... y eso significaba que la gran pregunta no era la ropa, sino ¿A QUÉ DEMONIOS ME IBA A DEDICAR SI CAMBIABA DE VIDA?

En ese momento mi estómago se dobló en cien pliegues y una sensación de mareo recorrió todo mi cuerpo. Me senté en la cama y me tapé la cara con ambas manos, me negué a empezar a llorar desesperada. Tomé aire y replanteé la pregunta:

—¿María, a qué te gustaría dedicarte para sentirte feliz y realizada?

Estaba claro que secretaria de ese pedante niño rico que me humillaba a la mínima de cambio y que soñaba con bajarme las bragas en el despacho a todas horas no era la ilusión de mi vida. De hecho, muchas facetas de mi vida eran una mierda porque en ese trabajo yo me sentía como tal, una completa mierda a la que nadie valoraba porque solo era la chica que preparaba la documentación al inepto de mi jefe para que él pudiera lucirse como agente de seguros.

Vamos, que él mareaba a los pobres mortales explicándoles posibles situaciones límites, accidentes y desastres naturales para que firmaran MIS documentos que eran lo más parecido a contratos satánicos, ya que los condenaban a pagar durante toda una vida cuotas anuales POR SI ACASO. Por si acaso se quema la casa, por si acaso estrellas el coche, por si acaso te caes y quedas paralítico, por si atropellas a alguien, por si te cae un avión encima...

Pero mientras él acumulaba una suculenta cartera de clientes atemorizados por el POR SI ACASO, su cuenta corriente cada vez tenía más decimales, y ¿qué pasaba conmigo?, porque digo yo que lo justo hubiera sido que si él se ganaba la pasta gracias a que yo preparaba, revisaba y tenía al día la documentación y los pagos de dichos clientes, me debería haber tocado mi trocito de la tarta, ¿no? Pues no.

Era licenciada en Bellas Artes y técnico superior en Administración y Finanzas, puesto que mi padre se había empeñado en que fuera por las tardes a clases de un título que me proporcionara una nómina si quería estudiar bellas artes. Siempre me repetía «el arte no te dará de comer», así que harta de discutir al final accedí. Combinar bellas artes y administrativo fue duro, sin embargo, me empeñé a fondo y lo conseguí. Obtuve ambos títulos a la vez.

Cuando me presenté a la entrevista de trabajo se solicitaba administrativo competente para

puesto de responsabilidad en una emergente firma de seguros líder a nivel mundial. Me llamó la atención porque el trabajo era fácil y el horario estupendo. Trabajaba de ocho a tres y tenía todas las tardes libres para dedicarme a otras cosas. Con ese sueldo asegurado para los gastos me centraría en explorar mi faceta artística sin preocuparme por no poder comer. Era totalmente independiente y a ojos de mis padres era la situación perfecta. Trabajaba en un empleo serio, cosa que alegraba a mi padre, y continuaba explorando mis dotes pictóricas, cosa que enorgullecía a mi madre.

Sin embargo, en ese estupendo equilibrio nadie me había dicho que debía soportar a la persona más tóxica que conocería nunca. Realmente era un ser despreciable, sin modales ni educación, que se creía con derecho sobre el resto de la humanidad y que demostraba su inseguridad machacando a los empleados o subordinados que tenían la desgracia de cruzarse en su camino.

El hecho de continuar aguantando a ese cretino hacía que la posibilidad de cambiar de rumbo y de empleo fueran condiciones *sine qua non*. El trabajo en la agencia tampoco era la ilusión de mi vida, quería sentirme de verdad satisfecha, realizada y libre.

Valorados los pros y los contras llegué a una conclusión, ¡a cambiar se ha dicho!

Debería hacer una lista con todas las aficiones que tenía, que eran muchas, e intentar que una de ellas fuera lo suficientemente lucrativa como para que pudiera subsistir económicamente.

Lo de sentirme realizada era algo más complicado, pero bueno, si era uno de mis *hobbies* partiría de la premisa que era algo que me gustaba y me llenaba porque si no, ¿para qué narices iba a hacerlo en mis ratos libres?

Mis *hobbies* eran casi todos artísticos. Otro hándicap, ya que lucrarse con el arte es difícil y muchas veces implica estar muerto para que te valoren, y esa era una opción innegociable. Quería vivir y a ser posible bien.

Me gustaba pintar y no lo hacía mal, de hecho, en las paredes de mi apartamento lucían grandes y vistosos murales que realizaba cuando sentía que iba a explotar, de ahí que la combinación de rojo, negro y gris fuera el tono base de mi casa. Los brochazos rabiosos y las superposiciones de texturas le daban un aire enérgico y violento a la casa. Había amigas que decían pasar miedo al ir al baño porque parecía que habían masacrado a gente en él. Ellas no lo saben, aunque sé de buena tinta que cuando vienen a cenar a mi casa dicen que quedan en la casa de los «horrores». Y no me importa porque, de todas formas, el hecho de que le hayan puesto un seudónimo quiere decir que es especial y no aburrida y vulgar como las tuyas, con sus paredes impecablemente pintadas en tonos pastel y cortinajes horteras a juego con las fundas del sofá.

La mía no. Mi casa era una galería de arte en sí misma. Pinturas y murales iluminados por el sol que se escurría libremente por los grandes ventanales SIN cortinas, pues de esa forma los murales iban cambiando con el paso de las horas gracias a las diferentes intensidades de luz.

Y ese era justamente uno de los puntos conflictivos en mi relación con Miguel.

Recuerdo que la primera vez que lo llevé a casa para enrollarnos tras una fiesta su cara al entrar fue un poema de Allan Poe. Sentí el terror en su mirada al pensar que se estaba liando con una pirada. Pero como a la mayoría de los tíos, se le desconectó el cerebro en el mismo instante en que entró en escena su entepierna.

A pesar de todo, cuando me conoció y medio entendió que aquellos murales eran una especie de terapia para los días chungos en el trabajo, los toleró. Eso no quiere decir que le gustaran, pero sí que podía convivir con ellos.

El precio que pagué fue que, poco a poco, los iba haciendo más pequeños para que él no se sobresaltara y menos intensos para evitar sus comentarios y críticas. Es decir, perdieron su esencia y a su vez su eficacia terapéutica, para ir desapareciendo con una pequeña parte de mí.

Esa rabia y energía que los motivaba pasó a ser tristeza y pasividad, por lo que al cabo de unos meses de vivir juntos decidí que ya no tenían sentido y dejé de pintarlos. En su lugar trabajaba con pequeños lienzos que podía reutilizar si la pintura no me gustaba, y eso pasaba demasiado a menudo.

Recordando todo esto fue cuando me impuse la siguiente norma:

3. Tengo la obligación de expresar mis sentimientos y emociones a través de mi arte, a pesar de las críticas y los juicios ajenos. *Mi arte es para mi disfrute personal.*

De todas formas, antes de conocer a Miguel, mi madre había intentado montar una exposición de mis obras en la galería de arte que regentaba una amiga suya en el centro. Tras varios meses expuestos apenas había vendido un par de cuadros, cuyos ingresos me había gastado en un par de butacones y un sofá para el piso. Fue entonces cuando deduje que lo de ganarme la vida pintando sería bastante difícil, si no contaba con otra fuente de ingresos. Así me encontré dándole la razón a mi padre y tragándome el orgullo.

También me gustaba mucho cantar. De pequeña siempre había soñado con ser una gran cantante ovacionada por una masa de fans en un estadio de fútbol. Me atrevía con todo tipo de género; pop, *metal*, *rock*, incluso rap, y no lo hacía mal, aunque a mis treinta y ocho años creí que ya se me había pasado el arroz y presentarme a un concurso de talentos para lograrlo no me apetecía demasiado.

«Soy buenísima en karate», me dije a mí misma. Me encantaba desde niña todo lo que tenía que ver con las artes marciales. Pasaba horas y horas en el dojo de mi barrio donde impartía clases un profesor de karate estupendo amigo de mis padres. Al ser hija única estaban obsesionados con que me supiera defender de los chicos problemáticos de mi barrio y me apuntaron desde pequeña a clases de karate y defensa personal.

El problema es que en aquel tiempo yo era la única chica de toda la clase y mis compañeros eran los supuestos chicos de los que debía protegerme. Al principio, eso motivó que me llamaran marimacho, que se metieran conmigo, que se burlaran en clase... y casi provocan que tirara la toalla.

Pero entonces, mi sensei, que observaba atentamente la dinámica del grupo, hizo por mí una de las cosas más importantes de toda mi vida. Me enseñó cómo debía prepararme las clases y cómo enfrentarme en combate contra esos chicos, centrándome en mis aptitudes y puntos fuertes en lugar de amedrentarme por la falta de fuerza física.

Estaba claro que con la fuerza jamás habría conseguido superar a mis rivales, aunque con astucia e ingenio, cada vez que subía al dojo para enfrentarme a uno de esos chicos, respiraba hondo, me felicitaba de antemano por ser valiente e intentarlo y luego saludaba al contrincante amablemente. Las victorias se acumulaban de tal forma que me llamaban la «*machaca*».

Me convertí en cinturón negro antes que muchos de mis compañeros siguiendo siempre las enseñanzas de mi maestro, pero lo mejor fue que esas palabras me acompañaron siempre a lo largo de los años y me ayudaron para superar los obstáculos que se cruzaban en mi camino como si fueran pequeños rivales que superar.

Acabé siendo una más de la banda porque los chicos cambiaron radicalmente a medida que les iba superando en los combates. Y el respeto apareció en escena. Y cuanto más me respetaban mejor me sentía conmigo misma. Me sentía fuerte, motivada y capaz de cualquier cosa. Ese profesor no sobreprotegió a la chica de la clase, sino que le ofreció las armas necesarias para hacerse respetar durante toda su vida.

No obstante, cuando me contrataron en la empresa de seguros esa parte de mí se quedó aletargada. Estaba como dormida y no reaccionaba ante los abusos de mi jefe del modo en que me había enseñado mi sensei.

El miedo al despido, al perder el sueldo que pagaba el alquiler, a no encontrar otro trabajo con ese horario..., hizo que yo fuera insegura y por eso permitía los comentarios, la falta de educación y modales del bruto de mi jefe.

Pero sabía que yo estaba muchísimo más preparada que él y que era él el que no era capaz de realizar su trabajo si no contaba con mi ayuda. En realidad, el inseguro era él, aunque me afectaba a mí con su conducta. Debía cambiar antes de que la línea se sobrepasara y no hubiese marcha atrás, y había llegado el momento.

La ruptura con Miguel me había abierto los ojos y no quería tener relación alguna con ese tipo de personas tóxicas que se alimentan de ti como un parásito y te enferman poco a poco.

Y en ese momento vio la luz la siguiente norma del código:

4. Debo ser fiel a mis principios y defenderme ante cualquier ataque. *NO PERMITIRÉ QUE ME PISEN NUNCA MÁS.*

Miré el reloj y me di cuenta de que iba a llegar tarde. Salí de casa escopeteada y me dirigí a la oficina.

Cogí el autobús. Me encantaba viajar en el bus, observando cómo la ciudad empezaba a despertar y a activarse. Los pequeños locales abrían sus puertas y las cafeterías empezaban con el trajín cotidiano de cafés humeantes, bollos deliciosos y pulguitas de desayuno. Madres acompañando a los niños a la escuela, con sus pequeñas carteras y sus uniformes. Y de pronto me asaltó otro pensamiento, ¿ya no sería yo una de esas madres que acompañan a los críos al cole? Si se iba Miguel, ¿podría ser madre? Porque ya tenía una edad y no podía esperar demasiado. ¿Tendría que renunciar a la maternidad? ¿Sería madre soltera? ¿Me daría tiempo de encontrar un sustituto fértil?...

Ensimismada en esos pensamientos llegué a mi parada. Pedí mi café largo para llevar a la oficina en el Starbucks de la esquina y entré.

Antonia, la recepcionista, me saludó como de costumbre. Le devolví el saludo y cogí el ascensor.

Planta ocho. Al salir ya se notaba que el gili no estaba en su despacho, las chicas habían puesto la radio y sonaban los 40 Principales. El ambiente cuando él no estaba era distendido y hasta podría decirse que se trabajaba con cierta comodidad. Las otras dos secretarias tenían la suerte de trabajar para dos agentes que se ocupaban de carteras de grandes empresas y expansión, lo que les obligaba a viajar constantemente. Pero las tres sufríamos la insoportable presencia de ese mamarracho.

Me dirigí a mi mesa y tenía una montaña de documentación por clasificar, ordenar y archivar, así que me puse manos a la obra y sin darme cuenta la mañana pasó volando.

Hasta ese momento mi nueva vida no se diferenciaba demasiado de la anterior, aunque estaba en ello.

Al mediodía, en lugar de comerme mi *tupper* diario con mi ensalada de *crudités* de temporada y mi fruta, decidí salir y comer un menú en la terraza de la cafetería de al lado. Era una pequeña terraza decorada con setos florales y pequeñas mesitas de hierro forjado que le daban un aspecto parisino que era muy especial. Hacían unas ensaladas deliciosas y tenían unos postres... que te quitaban todas las penas a cada cucharada. Incluso me sorprendí pidiendo una copa de burdeos que me encantaba para celebrar la ocasión. Y ese almuerzo un lunes sí que era un verdadero cambio.

Comiendo mi ensalada de cuscús con verduritas y saboreando mi copa de vino empecé a pensar en que debía dejar mi empleo para emplearme en otra cosa.

¿Qué haría con mi vida? ¿A qué dedicarme que me hiciera sentir realizada y feliz? ¿Qué le iba a decir a mi jefe?

Ante la falta de respuestas me sumergí en mi postre favorito. Un estanque de coulis de piña natural en el que flotaba un delicioso cocodrilo de helado de coco. Era dulce, ácido, refrescante y digestivo... era la perfección de los postres.

Saboreé mi café descafeinado de máquina y por un instante me reproché haber tirado el paquete de tabaco por la ventana. Me descubrí buscando a alguien fumando en las mesas contiguas a quien gorrearle un pitillo, pero entré en razón y el cambio estaba en marcha. No podía volver atrás. Pagué mi cuenta y volví a la oficina.

Cuando llegué el mamarracho ya estaba en su despacho y me entraron ganas de salir corriendo, aunque muy digna me dirigí a mi mesa y esperé que no se percatara de mi presencia. Era mucho pedir, al momento ya me llamó para que le llevara la documentación del cliente que había ido a visitar durante aquella mañana.

Rellenamos los papeles con los datos del cliente y las tarifas a aplicarle, y salí sin mencionarle nada sobre mi plan. Creí más conveniente tenerlo todo planeado antes de levantar la liebre.

A las siete recogí mi mesa y me fui. ¡Ya era libre por fin, qué descanso! Podía continuar con mi vida, la real. Y debía hacer muchas cosas.

Tenía que deshacerme de las cosas de Miguel para asegurarme que no volviera; ordenar mis ideas y planear el siguiente paso; comprar detergente para la lavadora y algo para cenar. Mi vida seguía sin grandes cambios, pero yo estaba en ello.

Pasé por el súper y consideré la opción de cenar una pizza para dedicarme a sacar del armario las pocas cosas que tenía Miguel.

Llevábamos un año saliendo y hacía unos cuatro meses que se había instalado en mi casa, aunque de forma sospechosa apenas había traído cuatro cosas de su piso: una muda, un neceser y un cargador, el chándal y las bambas. Mantenía su piso y sus cosas seguían ahí. Cuando yo le preguntaba por la supuesta mudanza que debía hacer siempre se excusaba con que tenía mucho trabajo, que no tenía tiempo, que para que atiborrar los armarios..., yo debí sospechar que en el fondo no quería mudarse. Le gustaba venir y jugar a la pareja feliz, cenitas junto al fuego y dormir toda la noche tras el sexo, pero no quería una relación completa, quería mantener su espacio privado y disfrutar de invadir el mío de vez en cuando; atados, aunque sin ligaduras.

Mis amigas siempre me decían que aquella situación era cuanto menos rara de narices y que Miguel era un aprovechado que me tomaba el pelo como quería, no obstante, yo no las escuchaba. No quería oírlo porque a mí ya me estaba bien esa situación. Tenía pareja, tenía un sexo normalillo pero seguro y mantenía cierta independencia cuando él tenía ganas de estar tranquilo en su espacio. Era una especie de contrato fabuloso para ambas partes. Nos lo pasábamos bien juntos, aunque manteníamos nuestra zona de confort independiente.

En fin, no debía ser tan buen trato considerando cómo habíamos acabado.

Metí sus cosas en una cajita y me abracé a su sudadera para captar su olor por última vez. Me sorprendió que en lugar de evocarme algún sentimiento de añoranza o tristeza me diera cierto repelús, aquel hedor avinagrado a sudor de corredor me tiró para atrás y solté el apestoso trapo al momento.

Me entró la risa, no podía representar ninguna de esas típicas escenas de película romántica donde la mujer abandonada se aferra a los recuerdos pasados, ya que ni teníamos tantos recuerdos ni eran demasiado románticos, había sido una relación de esas que empiezan en una fiesta y se alargan más de lo necesario. Me sentía aliviada porque sabía que había durado demasiado y durante ese tiempo no me había comportado realmente como yo era; con él no sabía cómo comportarme.

No es que fuera un tirano, ni un egoísta, ni siquiera un ególatra, simplemente era un tío indeciso y raro de narices; quería una pareja y también seguir soltero, quería pasar las noches en mi cama sin perder su piso, quería estar conmigo sin estarlo del todo... pero no era mal tío. Supongo que aún no había acabado de madurar y cuando lo hiciera se sentiría con fuerzas de entregarse del todo, todavía era pronto para él.

Y, por consiguiente, también era pronto para mí con él, ni me había enamorado locamente, ni había sentido el flechazo, ni las mariposas en la barriga..., me había ido bien una temporadita, sin embargo, ya tenía bastante, y no me arriesgaría a perderme más en ese camino; yo quería andar por el centro de la avenida de mi vida y eso era lo que tenía que conseguir.

Cambio de rumbo

Toda mi infancia había practicado artes marciales, pero al llegar a la adolescencia, con los cambios físicos y emocionales, mi maestro me introdujo en el apasionante mundo del taichí chuán. Por un lado, perfeccionaba mis habilidades para el combate y, por otro, me ayudaba a centrarme limpiando mis bloqueos y tensiones energéticas alojados en los meridianos, mejorando así mi salud emocional.

Al explorarlo fue un mundo que me apasionó. Sus movimientos, sus secuencias, el trabajo energético..., todo ello me llevó a especializarme en chi kung. Eran impresionantes las sesiones de figuras estáticas y el control de la respiración. Esa fuerza interior, esa energía bien canalizada, esa conexión con la naturaleza me convirtieron en una experta en la abstracción y era capaz de estar horas y horas en la oficina trabajando sin percatarme siquiera de la presencia del gusano de mi jefe.

Creo que la serenidad que me ofrecía el chi kung fue la razón para que aguantara durante tres años a ese villano y, por ende, el año de relación con Miguel.

De hecho, era Miguel el que decía que no podía discutir conmigo porque siempre estaba en mi mundo interior y que no le dejaba conectar conmigo.

Con el tiempo también eso lo modulé al antojo de Miguel. Él era más partidario del yoga y sus posturas, ya que desde la universidad lo había utilizado junto con el pilates como entrenamiento cruzado para sus sesiones de *running*. Era una buena forma de estirar y trabajar el *cuore*. Y tanto me lo repitió que en pocos meses me vi calzando unas zapatillas y haciendo pilates dos veces por semana para que pudiera ser un *hobby* compartido. Para pasar más tiempo juntos. Y claro, yo creyendo que así le demostraba que quería estar con él de verdad, pues accedí.

5. *Nunca más ceder* ante los deseos de otros por delante de los míos propios.

Sí, creo que el taichí o el chi kung eran disciplinas que me hacía sentir mejor por dentro y por fuera. Junto con mi adiestramiento en artes marciales y defensa personal podrían ser lo que necesitaba para establecerme y dedicarme a ello de forma lucrativa. Enseñar a otros mi manera de ver la vida a partir de disciplinas como el karate o el judo conseguiría que me sintiera útil y ayudaría a otras personas con mis conocimientos y mis propias experiencias.

Estudí la posibilidad de convertirme en profesora en un dojo o gimnasio tanto para niños como para adultos. Daría clases para mujeres con traumas a partir de la defensa personal, a niños con problemas de *bullying* en el colegio para que supieran defenderse y así dejar de ser víctimas de abusos, a empresarios o ejecutivos atacados de estrés y a punto de sufrir un infarto, a deportistas que quisieran mejorar la postura corporal, el rendimiento y la flexibilidad..., las posibilidades eran infinitas; colegios, gimnasios, clubs de personas mayores, centros de personas

con discapacidad, centros deportivos de alto rendimiento, incluso de forma altruista en esplais de barrios marginales para ayudar a adolescentes conflictivos.

¡¡¡¡¡Walaaaaa!!!! Ya lo tenía, iba a convertirme en sensei e iba a ser capaz de transformar la vida de alguien como había hecho conmigo mi maestro.

Era perfecto. Me ilusionaba el abanico de posibilidades que se había desplegado ante mí de forma automática. De golpe, empecé a sonreír y mi pulso se aceleró de la emoción. Tenía ganas de saltar y gritar. ¿Cómo no lo había pensado antes? Me había empecinado en ser una gran artista y no había contemplado esa posibilidad.

Empecé a repasar los puntos negativos o posibles problemas que podría encontrar para convertirme en sensei. La titulación no era un problema, pues mi madre se había empeñado en que me sacara el título de instructora en karate y un curso de psicología y preparador físico que impartían en Madrid cuando se lo recomendó mi sensei, pues valoraba mis dotes como alumna aventajada y mi forma de ayudar y enseñar a mis compañeros menos duchos.

Mi madre estaba convencida de que acabaría teniendo mi propio gimnasio o dirigiendo un centro deportivo, decía que mi rostro resplandecía cada vez que me ponía el kimono y pisaba el dojo. Creo que esa etapa de mi vida fue la más feliz.

En cambio, mi padre no lo tenía tan claro. Él era de la vieja escuela y creía que una señorita debía dedicarse a trabajar como secretaria de un alto ejecutivo o ser pasante de algún bufete de abogados de renombre. Que a las 19:00 estuviera en casa y le preparara una deliciosa cena a un marido ingeniero o arquitecto y, de paso, que le proporcionara un par de nietos.

Me sentía feliz pensando que si conseguía convertirme en instructora de karate mi madre se sentiría muy orgullosa de mí. Si algún día inauguraba mi propio dojo se lo dedicaría a ella. Y al final mi padre tendría que ver que era otra época y que las mujeres ya no buscábamos los mismos objetivos en la vida que en la suya. Deseaba mi independencia tanto profesional como personal y este proyecto me podía proporcionar ambas.

Con esta idea en la cabeza me desperté. Me había quedado dormida la noche anterior en el sofá tras cenarme una pizza que me sentó como un tiro y que tardé más de tres horas en digerir. La tele seguía encendida y salía una mujer horrible vendiendo aparatejos de la teletienda. Miré el reloj y eran las seis y media de la mañana. Me sentía tan despejada que me fui directamente a la ducha y me sumergí en el agua calentita, dejando que me acariciara el cuerpo y masajeara mi espalda. Me puse un chándal cómodo y preparé el desayuno.

Me senté frente a mi ventana y mientras desayunaba iba apuntando mentalmente las cosas que debía hacer ese día. Tenía que perfilar el plan, estudiar el cambio, y no tenía tiempo que perder. Cogí la libreta y el boli para marcar las cosas que no debía olvidar.

¿Cómo hacer el cambio? ¿Cómo pasar de ser una asalariada con una nómina fija pero segura a fin de mes para pasar a ser una autónoma sin ingresos fijos y con una empresa a mi cargo?

Para montar un gimnasio por modesto que fuera necesitaría un local, material y financiación para las instalaciones y obras.

El dinero no debería ser un problema, pues mi querida abuela Anita, que tenía una fortuna, me había dejado un buen pellizco en su testamento. Ella lo había conseguido por haberse casado con

el primogénito de una familia que se había enriquecido explotando una hacienda cafetera en Colombia.

El problema era que mi abuela creía que cada persona estaba obligada a ganarse el sustento con el sudor de su frente y quería que su nieta aprendiera el valor del dinero y la recompensa de recibir un salario justo por el esfuerzo realizado. Vamos, que debía ganarme las judías yo solita antes de tocar un solo céntimo de su herencia y así sentirme realizada y autónoma.

¡Qué ironía si piensas que ella ganó su sustento por un braguetazo! Cazó a mi abuelo, que era el que sudaba, y ¡cómo sudaba en los cafetales!, y ella le limpiaba la frente y de paso el bolsillo. Tía lista, aunque no demasiado justa, ya que ahora me obligaba a hacer justamente lo que ella no hizo. Quiero pensar que lo que deseaba enseñarme era que debía ser libre sin tener que aguantar a nadie a mi lado por no tener medios para sustentarme. Quería que fuera autosuficiente.

Como esa situación nunca la había acabado de entender no me importó cuando me explicó el notario las condiciones de la declaración de herederos y su posterior aceptación.

Mi queridísima abuela firmó un fideicomiso y encomendó a mi madre para que administrara la herencia según sus criterios de responsabilidad y madurez, siempre y cuando la «menda» hubiera currado de lo lindo al menos unos años.

¡Ja! Pues ya había soportado durante tres eternos años un trabajo con nómina, había cubierto los gastos del piso y me había administrado con un sueldo mileurista, sin pedirles nunca ni un duro a mis padres. Compré un Fiat Punto a plazos y había pagado sus interminables reparaciones haciendo esgrima con las facturas... Se puede decir que había cumplido con creces los deseos de mi abuela. Ahora solo me quedaba convencer a mi madre.

Bueno, de eso ya me encargaría más adelante. De todas formas, en caso de no aceptar siempre podía vender el apartamento y buscar algo más barato en otra zona.

Lo único bueno de mi trabajo, aparte del horario, es que gracias a mi dedicación me hicieron fija el primer año, así que si me iba y lo arreglaba con ellos tendría dos años de paro que me permitirían montar el gimnasio de forma más tranquila y sin presión.

Debía conseguir llegar a un acuerdo con el inepto de mi jefe y que firmara los papeles de buenas... y eso no estaba tan claro que fuera a pasar. Mi as en la manga era que le había visto cometer tantas irregularidades dentro de la empresa y le había tapado tantas meteduras de pata que si me iba de la lengua él tampoco lo iba a pasar demasiado bien.

Pero, en el fondo, tenía la esperanza de hablarlo con calma y que aceptara el trato.

Y sin darme cuenta llegó la hora de prepararse para ir al curro.

Al pasar por la cafetería cogí la sección de clasificados de un diario local para echar un vistazo a los posibles locales y orientarme sobre los precios del mercado, y así prever el dinero que me haría falta.

Entré en la oficina y esperé a que se presentara el momento idóneo para abordar a mi jefe. Los astros se alinearon a eso de las once y veinte, justo tras la pausa para el café. Juan, que era el nombre del susodicho, acababa de cerrar un trato con un cliente que iba a contratar el seguro de hogar, coche, moto, accidentes y defunción... un «pleno», como solíamos llamarlo nosotras. Estaba eufórico. Era mi oportunidad. Entré en su despacho y me senté frente a él. Le planteé la

cuestión, le expliqué que necesitaba un cambio y que quería probar otras cosas. Y tras media hora de interrogatorio a lo tercer grado, consejos que no pedía y opiniones que no me importaban lo más mínimo, llegamos al acuerdo. Debía acabar el mes y enseñar a mi sustituta los quehaceres de mi puesto. ¡¡¡Chupado!!!

Con una gran sonrisa y un alivio infinito volví a mi mesa y terminé la jornada.

Solucionado el tema laboral y bajo el amparo de los supuestos dos años de paro empecé a trazar la hoja de ruta de mi pequeña empresa. Debía localizar un local, organizar las obras, disponer los pagos y pedir los permisos pertinentes. Lo de los permisos no era problema porque mi amiga Luisa trabajaba en el ayuntamiento y se movía entre esa burocracia como pez en el agua. Cuando la llamé solo tuvo una respuesta; «déjalo en mis manos». No podéis imaginar qué alivio oír esas palabras. Con ella en el equipo me centraría en la parte más creativa; encontrar un local y transformarlo en mi sueño.

Mediante los clasificados del diario reservé el sábado para dedicarme de lleno a visitar los locales aspirantes y en cuestión de un par de horas ya lo tenía claro. Había encontrado un local en una buena zona, planta baja, luminoso, cerca de un parque y con mucho césped alrededor.

Constaría de tres salas, recepción, vestuarios con sauna y un pequeño *office*.

La sala más grande debería albergar el dojo, que sería el reclamo principal, con una tarima acolchada y todos los elementos necesarios para la enseñanza de las artes marciales que tanto me apasionaban. Una sala contigua con suelo de parqué y un gran espejo mural que se utilizaría para las clases de yoga y pilates. La sala abierta a la terraza con el suelo de césped artificial se destinaria al aula de taichí y chi kung. La recepción estaría vigilada por la atenta mirada de un buda impresionante que dominaba la estancia en posición de loto y bajo el que se oía un exquisito murmullo de agua brotando de una fuente. Ese sonido envolvería todo el ambiente y le daría al espacio una sensación mágica, parecería como estar en medio de un bosque, sería maravilloso.

Lo tenía tan claro, era perfecto, justo lo que necesitaba.

Empezaría con pequeños grupos y me montaría por horarios hasta que contara con un volumen suficiente como para subcontratar a profesores de apoyo y personal técnico. Necesitaría alguien en la recepción que también se encargara del *office* y un profesor de pilates. Del karate, del taichí y del yoga me encargaría yo por el momento hasta que aumentara la afluencia de socios.

Tenía claro que no iba a ser una sala cualquiera de barrio. El local tenía posibilidades y yo no tenía límites, así que iría a por todas.

Siempre hay que pensar a lo grande, me decía mi madre y ¿por qué no?, contaba con las ganas, los medios y la ilusión. Esto sí que sería un cambio radical de vida, este sería el renacer de una nueva María. Una María ilusionada, fuerte y con ganas... ¿qué podría salir mal?

Le pedí a la chica de la agencia que me dejara un momento y me senté en el suelo de la recepción. Me imaginé el altar rodeado de cañas de bambú y helechos, plantas exóticas por todos los rincones y estores para hacer que la luz acariciara la estancia con una intensidad media

dándole armonía al escenario. Se alquilarían toallas y enseres para las clases y taquillas a los socios.

Las salas serían serenas y sin tonos estridentes, pues no quería que decoraciones artificiales interfirieran con la sensación de equilibrio necesaria para los ejercicios de meditación. Alguna vela de aromaterapia, quizás algo de incienso sugerente y toques orientales.

La zona de vestuarios contaría con diversos equipamientos de *spa* como ducha Vichy, de chorros y un *jacuzzi*. La sauna vapor sería mixta para propiciar la interacción y comunicación entre los participantes, para promover la sensación de igualdad y de equipo. Se estimularía la cromoterapia en todo el espacio por medio de juegos de luces de diferentes intensidades y tonos.

El *office* contiguo a la recepción contaría con unos sofás que rodearían a una estufa de pellet decorativa que daría a la sala una sensación acogedora y cálida donde degustar diferentes téis frutales y reposar después de la actividad, antes de volver a seguir con el ajetreo del mundo exterior.

Y la joya de la corona sería el dojo. Estaría presidido por las imágenes de los maestros fundadores y del shihan, maestro de mi sensei que aparecería a la derecha de este. Era mi homenaje al que había sido mi guía durante los años más volubles de mi vida mostrándome la fuerza que albergaba en mi interior.

Utilizando las directrices del feng shui y mi gusto para la decoración de interiores el local se presentaría al público como un oasis de recogimiento, un lugar donde olvidar todos los problemas, encontrarse con uno mismo y sentirse bien. Sería un lugar para mimarse por dentro y mejorar por fuera.

Tenía la sensación de que hasta aquel momento les había defraudado a todos y que había llegado la hora de mostrar todo mi potencial, mi capacidad, conseguiría que se sintieran orgullosos, como yo misma iba a estarlo de mí.

El precio del inmueble era un poco elevado y sobrepasaba mi presupuesto, pero las sensaciones que despertaron en mi interior nada más cruzar el umbral eran tan fuertes que no podía ignorarlas. Ese era el lugar y yo la persona. Creí que todos los años de entrenamiento, todos los fracasos y todos los caminos me habían llevado hasta allí.

Era una prueba del destino para ver si estaba preparada para afrontar el cambio, y lo estaba, vaya si lo estaba. Era una sensación tan poderosa que no era capaz de frenarla, y sin pensarlo dos veces me vi firmando el contrato de compra de un inmueble que, si todo iba bien sería mi salvación y, si por el contrario fracasaba, se convertiría en mi ruina.

Ahora quedaba hablar con mi madre para obtener parte de mi fideicomiso y afrontar la entrada. Ella sería un hueso duro de roer y tenía que ir bien preparada para que no me pillara en un renuncio y me fastidiara la mano de póker. Tenía que sacar una escalera real si quería que accediera, y si de algo sabía mi madre era de póker y cómo pillar los faroles, en especial los míos.

La llamé por teléfono y quedamos para vernos más tarde en una cafetería del centro que mi madre adoraba por su delicioso té rojo con pastas.

Observé que los wasaps de Miguel ya eran unos cincuenta y cuatro y que llevaba varios días sin devolverle las llamadas, me pregunté si en realidad era porque no se merecía que le prestara atención después de dejarme de esa manera o por si estaba muerta de miedo de oír su voz y que no pudiera evitar suplicarle que volviera.

Ya estaba otra vez. Cada vez que pensaba, hablaba o me acercaba a Miguel me sentía débil, insegura, incapaz de hacer algo por mí misma sin su permiso... ¡arrrgg! ¿Qué demonios me pasaba?, si ya lo tenía todo claro, ¿por qué me volvía a sentir así?

Decidí que me debía demostrar que era otra persona y que no volvería a caer en sus fauces. Le devolvería su cajita de enseres. Punto final, se habría terminado para siempre.

Cogí el teléfono y marqué su número. Respiré hondo y me lancé. Mi sorpresa fue que estuvo encantando con la idea de que quisiera empezar una nueva vida sin él y que iba a cambiar de rumbo. Aluciné cuando me felicitó por la decisión y me deseó lo mejor. Quedamos para que recuperara sus cosas y se despidió tan tranquilamente.

¿Qué le pasaba? ¿Era un psicópata emocional o qué? ¿Cómo me dejaba de esa forma y hacía como si nada? ¿Acaso nunca me había querido y para él liarse, medio convivir y dejarlo era la vida útil de una relación? ¿Yo no había significado nada para él?... Con todo lo que había hecho durante un año para que funcionara, lo que había abandonado por él..., ahí debía radicar el problema, me había esforzado demasiado y él se había limitado a marcar el rumbo. Pues se acabó, borrón y cuenta nueva.

6. No volveré a cambiar mi forma de ser o de pensar por nadie, *quien me quiera tendrá que valorarme como soy.*

Me fui a casa y cogí su estúpida caja. Le envié un mensaje: «Estoy demasiado liada con mi nueva vida, te dejo tus cosas en el bar de abajo».

Caso cerrado, así puse fin definitivamente a mi relación con Miguel.

Mamá

Para el encuentro con mi madre me puse unos tejanos azules que me encantaban con una blusa atada con un nudo en la cintura, unas bailarinas y una coleta. Cogí mi bolso y me dirigí a la cafetería.

Mi madre apareció con un vestido entallado color crema adornado con un cinturón ancho de charol negro a juego con unos zapatos del mismo material con un poquito de tacón, su carterita acorde y unas gafas de sol a lo Ava Gardner preciosas. Su melena perfectamente peinada de peluquería sobre los hombros y su pequeña gargantilla de oro, regalo del último aniversario de bodas. Sin duda estaba preciosa, no era que aparentara menos edad, era que rebosaba una elegancia de esa clase que solo poseían las grandes artistas del cine de los cincuenta. Esas mujeres maravillosas que daba la sensación de que tenían el control y el poder sobre todos los que le rodeaban.

Mi madre era el timón de mi casa, ya que mi padre se dedicaba a viajar por negocios y cuando llegaba no tenía ganas de pelear por las nimiedades de la vida hogareña. Era ella la que debía encargarse de todo y de la mejor forma posible. La casa, las reuniones del cole, el sin fin de organizaciones solidarias con las que colaboraba, los médicos, los bancos, las compras..., y su familia.

Maestra de música de profesión mostraba esa elegancia en su porte propia de las institutrices de la corte. Se notaba que era una enamorada del arte y de la cultura. Siempre me había inculcado que debía mantener tanto mi cuerpo como mi mente abiertas al saber, al deporte, al arte y a la vida. Mi madre no concebía una persona que no se cultivara tanto por dentro como por fuera; estaría incompleta a sus ojos. *Mens sana in corpore sano*. Y bajo su ejemplo me crío a mí.

Cuando me despertaba de pequeña ella ya había salido a correr por el parque, decía que el aire fresco de la mañana era el mejor estimulante para una mente despierta. La veía con su chándal y sus zapatillas de correr tan llena de vida. Preparaba un buen desayuno y aprovechábamos para organizar el día y las extraescolares, que eran las artes marciales, la pintura, la fotografía y la danza. Todas las tardes tenía una actividad después del cole, pero solo me dejaban apuntarme a aquellas que realmente me gustaran, en cierto modo debían ser lúdicas. Los idiomas, las mates y la gramática eran para el cole y por las tardes debía cultivar aquellos *hobbies* que me llenaran por dentro y me hicieran crecer culturalmente. Mamá siempre se preocupó de alimentar mi cuerpo y mi espíritu.

Era una norma primordial para mi madre y no entendía a esas madres que obligaban a sus hijos a pasar horas de repaso tras el cole para subir nota o mejorar los idiomas. Para ella, las artes plásticas, el deporte, la música y la danza eran expresiones de la vida muy valiosas, y el modelo de enseñanza de los colegios las olvidaba por completo. Siempre se quejaba de que nuestros

niños debían disfrutar de las maravillas de la creación artística, pues serían los artistas y mecenas del mañana. De lo contrario, estábamos formando un regimiento de consumistas preocupados tan solo por bienes materiales.

Me acompañaba a mis recitales de *ballet*, colgaba todos los cuadros que pintaba en las paredes de mi casa y no se perdía ni una competición a la que me presentara. Sin duda, era mi mayor fan y tenía siempre la impresión de que estaba más orgullosa de mí que el resto de las madres de mis compañeros, no porque yo fuera increíble o sacara buenas notas, no, simplemente lo notaba en la forma de mirarme. Tenía una mirada dulce que me transmitía admiración, respeto y ternura. Para mi madre yo existía y así me lo hacía sentir. Por eso siempre me encantaba que me acompañara. Me daba fuerza, confianza, apoyo. Era maravillosa como madre. Hasta mis amigas deseaban venir a dormir a mi casa porque decían que tenía la madre más enrollada del mundo.

Yo sabía que, si alguna vez era madre, sería de las buenas porque había tenido el ejemplo de la mejor.

Mi padre, en cambio, al tener que encargarse de la empresa cafetera de mi abuelo debía viajar constantemente. Era ingeniero, pero al casarse con mi madre fue mi abuelo el que vio en él la posibilidad de expandir la empresa a nivel mundial. Y así lo hizo. Con mi padre al mando la empresa había crecido y había creado una red de distribución de nuestra marca en las principales capitales europeas. Por eso apenas paraba por casa.

Mi madre conseguía suplir la falta de la figura paterna siendo una súper mamá. Sin embargo, el precio que tuvo que pagar era el dejar de impartir clases de piano y canto para dedicarse por completo a mí y a su casa. Con el tiempo, al ir recuperando su espacio y su tiempo, empezó a dedicarlo a otras causas igual de importantes para ella. Era voluntaria de Cáritas ayudando a los niños necesitados de barrios marginales con las clases de refuerzo, daba clases de piano gratis a jóvenes con riesgo de fracaso escolar, colaboraba con el coro de la parroquia del barrio, era voluntaria en la residencia de los abuelos y en diversas fundaciones como la del cáncer. Era una gran mujer a la que todos respetaban y admiraban.

Ahora que soy adulta y veo el ritmo que lleva todavía me pregunto; ¿cómo lo hacía, cómo se organizaba, cómo era así? Y algo de ese altruismo me lo contagió con su ejemplo.

La relación que tenía con mi padre también era especial. Vivían un eterno noviazgo a distancia. Deseaban estar juntos y al tener que separarse tan a menudo disfrutaban de cada segundo al máximo. No había lugar para las discusiones ni los reproches. Mi madre nunca se quejaba ni por estar sola, ni por encargarse de todo, ni siquiera por tener que sacrificar su carrera por nosotros. Ella siempre decía que cada uno elige lo que hace y debe ser consciente de sus propias elecciones. Había optado por formar parte del equipo de mi padre y juntos llevar a buen puerto el barco de nuestras vidas. Para ella, lograr ese objetivo era su mayor éxito como persona, como madre, como esposa y como profesional. A todo lo que hacía le ponía el alma y los cinco sentidos. Y si se equivocaba se lo tomaba como una lección que le mostraba la vida que debía aprender para no volver a fallar.

Ante una mujer así aprendí que el esfuerzo conlleva recompensas, que rectificar es de sabios y que luchar por lo que uno piensa es primordial. Por eso, a pesar de no soportar a mi jefe, en el

trabajo siempre había intentado hacerlo todo lo mejor posible. Y ahora tendría la oportunidad de mostrarle a mi madre la mejor versión de mí misma.

Mi padre, cuando la miraba, veía el sol y la luna a la vez, nos decía al llegar de viaje. Estaba profundamente enamorado de ella y era para estarlo. Se notaba que la adoraba y era mutuo. Mi madre se desvivía por él, siempre lo tenía todo a punto y con un toque romántico «para que no se apagara la chispa», lo cuidaba y se preocupaba, le ayudaba y le escuchaba, adoraba pasar largas veladas charlando junto al fuego oyéndole explicar lo que había vivido en sus viajes de negocios.

Nunca tuve la sensación de que mi madre se sintiera mal por el papel que desempeñaba, ni que creyera que era víctima de las normas del patriarcado, simplemente eran un equipo y cada uno tenía sus obligaciones y deberes. Sin más.

Pero se amaban, eso era seguro, aquello era amor del bueno, del que dura porque vale la pena cada segundo, amor reconfortante, amor dulce y sincero, amor apasionado.

Era un privilegio poder descubrir que un sentimiento así de fuerte y profundo pudiese existir entre dos personas. Observar cómo se retroalimentaban de él para hacerse más fuertes. Observar cómo lo saboreaban entre besos y arrumacos.

Para cuando empecé a entender aquellos pequeños detalles de complicidad, juego y seducción, ya era una jovencita convencida de que el amor verdadero existía, y sabía que algún día yo también hablaría ese idioma con la pareja que tuviera al lado. El idioma del compromiso y el cariño, del respeto y de la atracción, del amor incondicional.

Supongo que por ese motivo mi relación con Miguel también había fracasado. No había calor, emoción, sentimientos profundos..., era una relación de conveniencia; yo no quería estar sola y él quería dormir con alguien, a mí me gustaba sentir a alguien en mi vida y a él le divertía jugar a las casitas conmigo, a mí me gustaba cenar con alguien para variar y a él le gustaba que alguien le hiciera la cena. Fue un error desde el principio; pero de todo se aprende.

7. Ninguna relación más sin PASIÓN desenfrenada.

Cuando vi a mi madre aparecer en la terraza me volví a sentir como cuando era pequeña y me llevaba a tomar helado tras las competiciones de karate. Era un ritual que repetíamos cada vez, hubiese ganado o no. Ya que era su forma de recompensar el esfuerzo más allá del resultado. Era genial.

Nos besamos en las mejillas y mi madre, como siempre, me dijo que estaba preciosa, cosa que no era nueva, puesto que me lo habría dicho aunque llevara un cubo en la cabeza y un saco de patatas por vestido. Nos sentamos en una mesa a la sombra y pedimos sendos té con pastas. Estuvimos charlando un rato de mi padre, de sus últimos logros en Cáritas, en el comedor social donde colaboraba y me vi obligada a ponerla al día sobre mi ruptura y mis planes.

La verdad es que para cuando empecé a soltarle el guion que le había preparado mi madre ya se esperaba lo peor. Empezó a preguntarme si estaba embarazada, si me habían despedido, si había pillado a Miguel con otra..., un montón de barbaridades que se le iban ocurriendo cada vez que yo intentaba terminar una frase. Por un momento pensé que sería fácil contarle que quería dejar

el trabajo para dedicarme en cuerpo y alma a un gimnasio, puesto que todas sus sospechas eran mucho peores, aunque no sabía cómo se lo iba a tomar.

Así que tomé un sorbito de té y se lo solté de sopetón. Le expliqué mis problemas con mi exjefe, la ilusión que me hacía el cambio y cómo necesitaba demostrarme a mí misma que era capaz de hacerlo.

Se recostó sobre el respaldo, en silencio, cogió una pasta y tras unos minutos que me parecieron horas me dio su bendición.

Lo fuerte fue cuando le dije que quería utilizar la herencia de la abuela Anita para lograr mi sueño. ¡Ahí entonces se puso en modo contable! y me hizo más preguntas que Hacienda. Tras responder a su interrogatorio y mostrarle todos los estudios, gráficos, presupuestos y cuentas de que disponía, volvió a reinar el silencio.

Su mirada era la de un inspector de policía en busca de cualquier descuido para pillar al detenido en una mentira, solo que a mí me miraba a la vez que su supercalculadora mental realizaba todas las operaciones necesarias para comprobar si se trataba de una locura o tenía posibilidades.

Tomó otro traguito de té, se limpió las comisuras de la boca con sumo cuidado y aceptó. Pero claro, era mamá, así que había condiciones:

- Debía aceptar que ella supervisara todo el proyecto y el estado de cuentas y gastos.
- Me daría el dinero por partidas para organizar los pagos.
- Solo podría utilizar lo necesario para las obras y la puesta en marcha.
- A partir del día de la inauguración se cerraría el grifo y tendría que ganarme el sustento yo misma.

Más me valía no fracasar o me lo echaría en cara el resto de mis días.

Una vez aclarados los temas monetarios se centró en mi ruptura con Miguel. Me escuchó y me apoyó como yo esperaba y me sentí mucho mejor. Y fue mi madre quien sin saberlo marcó otra norma en mi código:

8. *Nunca permitir que alguien me infravalore.* Ni mi exjefe, ni Miguel, ni nadie.

Dos horas más tarde regresaba a casa triunfadora tras conseguir ganar otra batalla. Cada vez veía más posible ganar la guerra.

Mi gente

Había llegado el momento de contarles el cambio de rumbo a mis amigas. Ya estaba preparada para sus preguntas porque todo tenía una estructura real en mi cabeza.

Cogí el teléfono y llamé a Vito. Era mi mejor amiga desde la infancia. Siempre habíamos sido algo más que amigas y tener todo este lío en mi vida sin que ella lo supiera era un infierno para mí.

Vito trabajaba en la redacción de un importante diario de tirada nacional. Siempre la había admirado por ser una de las personas más inteligentes que conocía. Tenía una capacidad para liderar a su equipo de redactores que denotaba su fuerza a la vez que sus buenas maneras y su don de gentes. Cuando ella entraba en escena todos se sentían a gusto y motivados. Era capaz de hacer que la gente se sintiera mejor consigo misma. Podías confiar en ella y era sincera cuando le pedías la opinión. Y sus críticas siempre eran constructivas y con buena fe. Por eso era importante para mí saber qué pensaba de todo este proyecto.

Quedamos para vernos, y para explicárselo con todo lujo de detalles le pedí que viniera a casa a cenar.

Era una mujer de metro ochenta y con el porte de las bailarinas de *ballet*. Sus movimientos eran elegantes y pausados. Su aspecto lejos de artificios externos denotaba la belleza propia de la naturalidad. Su rostro era alargado con las facciones bien marcadas. Unos ojos verdes de expresión felina mostraban una actitud curiosa propia de los mejores periodistas. Sus trajes eran sencillos y cómodos, de fibras naturales como el lino y el algodón. Siempre calzaba zapatos planos y deportivos debido a su altura; los tacones habrían resultado excesivos. Y su melena rubia ondulada se mostraba recogida en un moño improvisado sujeto con un lápiz.

Todo el conjunto era perfecto y ella lo sabía. Daba justamente la idea que quería ofrecer: mujer preparada, con las ideas claras y cuyo objetivo era informar. Sin arreglos ni artificios. Tal cual.

Pues a esta mujer se la conquistaba con una buena copa de vino tinto y una cena casera en la intimidad del hogar, ya que eran pequeños privilegios de los que ella no podía disfrutar asiduamente debido a las exigencias de su trabajo.

Llegó al piso y mientras yo terminaba de poner las verduras en el horno, como si se tratara de su propia casa, se quitó los zapatos, tiró la americana sobre el respaldo del sofá y abrió la botella de Marqués de Riscal reserva del 2010. La decantó para que se oxigenara y sirvió dos generosas copas.

Se sentó en la barra de la cocina y degustó un pequeño sorbo del vino que le supo a gloria y acto seguido me dijo:

—Soy toda tuya, dispara.

No sabía por dónde empezar, pero estaba claro que lo más fácil sería explicarlo siguiendo la cronología de los hechos.

Cuando le expliqué que había terminado con Miguel y que le había devuelto todas sus cosas, brindó por ello y me felicitó. Tuve que reconocerle que ella tenía razón las veinte veces que me había advertido sobre sus sospechas, aunque era tan sumamente elegante que se contuvo y no se regodeó en ello. Simplemente me recordó que yo valía mucho y que aumentaba mi valor personal librándome de un lastre como Miguel. Agradecí su gesto con un beso.

Su comprensión hizo que la exposición de mi cambio de vida y de trayectoria profesional tuviera más sentido aún, pues, según ella, lo bueno que había sacado de esa relación era la evolución personal que había conseguido.

Vito siempre decía que en esta vida todas las experiencias, ya sean buenas o malas, te fortalecen y te hacen mejor, puesto que prima el instinto de supervivencia. Si te sientes acosado te vuelves más prudente, si te amenazan aprendes a enfrentarte, si caes aprendes a levantarte, y si te dañan, sin duda, aprendes a sanarte. Es una ley natural. Todos los cambios son para mejor y hay que arriesgarse porque quien no arriesga no gana.

Y de esta manera tan relajada, sentadas en la mesa de la terraza, mirando la ciudad bajo nuestros pies, iluminadas por la luz de las velas y con música *chill out* de fondo, disfrutamos de la cena y acabamos con el vino. Una vez más mi amiga estaba a mi lado para apoyarme y ayudarme en un nuevo capítulo de mi vida. Y estaba claro que mi vida era mucho mejor cuando la compartía con ella.

Animadas por el efecto del vino y felices por estar juntas, decidimos irnos de copas y acabar como ya era tradición en el bar de Bruno, un amigo que, según se terciaba la noche, transformaba el bar en un karaoke improvisado. La mayoría de nuestras juergas acababan aullando alguna canción de The Cure abrazados los tres en lo que se suponía un escenario, estrangulando los micrófonos y muertos de la risa.

Allí quedamos con Sara y Ana. Los cinco habíamos sido amigos desde el colegio y a pesar de haber estudiado cosas diferentes y movernos en distintos círculos, siempre mantuvimos viva nuestra amistad. Quedábamos para salir, para celebrar, para llorar..., éramos como una pequeña familia de hermanos y sabíamos que solo con descolgar el teléfono los mosqueteros vendrían al rescate.

Sara era psicóloga infantil en un colegio de primaria y por las tardes colaboraba en un gabinete psicológico donde atendía en especial a víctimas de violencia de género. Aplaudió mi intención de utilizar el local para desarrollar tratamientos o terapias con personas vulnerables. Se ofreció a colaborar y me dijo que me pondría en contacto con el gerente de su gabinete psicológico.

Ana era maestra y también había tenido contacto con alumnos con fracaso escolar que habían mejorado mucho gracias al deporte o a las actividades artísticas.

Ambas le dieron el visto bueno al proyecto, sabían que siempre les había hablado de los beneficios de las artes marciales y cómo se podían mejorar muchos aspectos psicológicos y emocionales a través de ellas. Presentían que iba a ser un éxito y que era justamente lo que necesitaba para darle sentido a mi vida.

Me ayudó mucho ver que mi círculo más próximo me apoyaba y me entendían, sabía que podía contar con ellos y eso me emocionaba.

Tras un par de margaritas les conté al resto mi historia y lo celebramos por todo lo alto. Incluso hubo karaoke, que se reservaba para las noches de pelotazos importantes. Y esa noche lo era, sin lugar a duda.

A la mañana siguiente la resaca fue monumental. Me desperté en mi cama en camiseta y bragas abrazada a Vito que se había quedado a dormir en casa. El dolor de cabeza era espeluznante, como si mil elefantes tocaran la batería en mi interior, pero en mi cara había dibujada una sonrisa. Me sentía satisfecha, ahora mis amigos también compartían mis sueños. Cada vez me veía más capaz de alcanzarlos. Cada vez me sentía más fuerte y segura. Y esa sensación me estaba enganando.

Tenía muy claro que esa fuerza en parte venía por el apoyo de todas las personas que me rodeaban, mis amigos, mi madre..., me sentía muy afortunada de contar con ellos.

Me di una ducha de media hora y me tomé un par de aspirinas. Me vestí y al curro. Compré un café bien cargado en el Starbucks de la esquina. Hoy era un día importante, puesto que iba a conocer a la sustituta y debía empezar a enseñarle todo lo que sabía. Cuanto antes aprendiera antes me liberaría de la agencia y me podría centrar en las obras.

El proyecto

Mientras mi amiga Luisa tramitaba los permisos pertinentes, yo quedé con Alfredo. Era el encargado de la empresa constructora que subcontractaba la agencia de seguros para reparar los desperfectos o daños de los clientes. Era una empresa pequeña, pero que contaba con buenos albañiles, instaladores y pintores. De esa forma sería mucho más sencillo, pues Alfredo se encargaría de la obra y organizar las actuaciones a realizar. No me tendría que preocupar por si venía el fontanero o el carpintero. Lo dejaba todo en sus manos. Me fiaba de él. Era una persona que inspiraba confianza; había observado cómo trabajaba para la agencia y siempre decía que era mejor un cliente satisfecho que hacerse millonario engañando a la gente. Tenía trabajo seguro y dormía mejor por las noches.

Yo valoraba esa forma de pensar y admiraba a gente como él. La honradez era una virtud y cada vez escaseaba más. Mi jefe, en cambio, siempre se burlaba porque decía que nunca llegaría a ser rico trabajando a esos precios. Típico comentario de tiburón sin escrúpulos.

Una vez me puse de acuerdo con Alfredo me centré en enseñar los quehaceres propios de mi puesto de trabajo a la sustituta.

Bea era una chica de unos treinta y dos años. Risueña, simpática, inteligente y muy dispuesta a aprender. Enseguida me cayó genial. Su larga melena morena enmarcaba una carita preciosa de expresión dulce. Sus enormes ojos azules se escondían tímidos bajo unas gafas de pasta negras que le daban un aire de empollona encantador. Su vestimenta era correcta y denotaba buen gusto. Llevaba pantalones rectos y una blusa floreada muy mona. Me gustó al instante.

Tras las presentaciones empezamos a repasar los formularios, expedientes, el programa de gestión de clientes, cómo introducir contratos... Y cuanto más tiempo pasábamos juntas mejor nos caíamos.

Al cabo de unos pocos días ya nos llamábamos por teléfono y quedábamos tras el trabajo para tomar algo y conocernos mejor. Resultó que teníamos muchos *hobbies* en común. Y nuestros gustos en cine, música y ropa coincidían a la perfección.

Empezamos a quedar para ir al cine, para hacer deporte, ir de compras y antes de acabar el mes de prácticas ya éramos amigas íntimas.

Para cuando pasó el mes que debía darle a la empresa hasta me daba pena dejar el curro, aunque ya no había marcha atrás. La pobre Bea heredaba la mesa de trabajo y al pelmazo de mi jefe, pero yo así podía centrarme en montar el local.

Por las tardes iba al dojo para supervisar las obras y hablar con los instaladores sobre la ubicación de las luces y los enchufes, la organización de los vestuarios y del *spa*, elegir los colores de las paredes de la sala..., y sin darme cuenta, con la ayuda de Alfredo, en tres meses el local estaba a punto para la apertura.

Nada más colgar el cartel de abierto empezaron a venir grupos de madres interesadas en las clases de karate para sus hijos, gracias a que Ana había hablado de nuestro proyecto en una reunión de padres; mujeres con ganas de probar las clases de taichí, un grupo de personas mayores atraídos por las clases de yoga... Finalmente, me vi inaugurando el local a primeros de septiembre coincidiendo con el inicio del curso escolar.

Al principio me costó un poco organizar los horarios, sin embargo, dado que trabajaba con grupos tan distintos, fue fácil: a primera hora, justo después de dejar a los críos en la escuela, venían el grupo de madres interesadas en el taichí, a media mañana tenía el grupo de personas mayores de yoga y las tardes las destinaba a las clases de los críos. Había empezado con buen pie y todo me iba rodado.

El local tenía tanta vista y estaba situado tan bien al lado del parque que a veces realizábamos las clases de yoga y taichí en el exterior, sobre la hierba del parque. Era un lujo y llamaba mucho la atención a la gente del barrio que pasaba por allí.

El *spa* tenía una afluencia de gente importante. Parece mentira, pero lo de los espacios mixtos había sido un acierto, pues muchos matrimonios venían a entrenar y luego se relajaba en el *jacuzzi* y en la sauna juntos, aquello era un puntazo.

En cuestión de unos meses ya tenía problemas para organizar las clases y me vi obligada a contratar a personal técnico, yo sola no daba abasto.

La empresa funcionaba bien, los socios cada día aumentaban y los ingresos me permitían contratar a más personal. Mi madre me ayudaba en la recepción y preparando el *office* mientras yo daba las clases. Estaba feliz cuando veía los números y se sentía muy orgullosa de verme prosperar. Había montado su propio grupo de amigas y venían todas a mis clases de yoga. Mi padre, al principio, tenía sus dudas, no obstante, cuando vio que era feliz y que funcionaba empezó a venir de vez en cuando para verme en acción. Le encantaba llegarse por la tarde a ver las clases de los niños de karate, decía que era como recuperar un poco todas las competiciones que se había perdido cuando era niña por el trabajo.

Todo iba viento en popa. Así que colgué un par de carteles solicitando técnicos para las clases. Y conocí a Manuel.

Manuel era un policía nacional que era primer dan de judo. Me propuso ayudarme con las clases de la tarde de los niños y entrenar a su propio grupo de alumnos, que eran todos compañeros de trabajo. Y así, sin percatarme, empezaron a venir al local policías jóvenes de la comisaría del barrio. Manuel organizaba las clases y los entrenamientos por las tardes; ya que por las mañanas debía trabajar en la comisaría.

Él se encargaba de las clases y entrenamientos, y cobraba un sobresueldo que le venía muy bien. Yo conseguí más socios y ayuda con las clases. De esa forma podía dedicarme a las clases de la mañana con los grupos de yoga, taichí y meditación, y por la tarde organizaba mejor las clases de los críos, ya que al estar los dos separaríamos a los alumnos por niveles y edades.

Al aumentar la afluencia de socios también me vi obligada a coger a alguien para la recepción; una cosa era que mi madre me echara un cable de vez en cuando y otra muy distinta atender la recepción de un gimnasio a pleno rendimiento con horario completo.

Recordé que a mi amiga Ali no le iba muy bien en la tienda de ropas donde estaba contratada, así que en cuanto se lo comenté se vino sin pensárselo dos veces. Y también le ofrecí trabajo a una señora de unos cincuenta y cinco años que vivía en el primer piso de mi edificio.

Carmen, que así se llamaba, tenía tres hijos y un marido que trabajaba de vigilante nocturno en unos grandes almacenes. Ella siempre había trabajado en un supermercado, pero al llegar a los cincuenta la política de la empresa prescindió de ella y la sustituyó por una cría de veinte que no sabía ni vender agua en un desierto.

Carmen era una mujer trabajadora, honrada, inteligente que siempre había llevado varias secciones en el súper, aunque se quedó sin trabajo justo cuando dos de sus tres hijos debían empezar a estudiar la carrera. Había pasado varios años en casa sin encontrar un trabajo. Yo nunca había entendido cómo una empresa despedía a una buena empleada con experiencia por gente joven sin la mitad de seriedad y dedicación. Tenía un gusto exquisito para decorar los escaparates y siempre se fijaba en todos los detalles por ínfimos que fueran. Era creativa y una maestra con las manualidades y reciclando muebles. Necesitaba un empleo para ayudar en casa con los gastos y especialmente para sentirse bien consigo misma, pues siempre decía que tenía mucho que ofrecerle al mundo. Quería sentirse útil. Así que en cuanto le ofrecí el puesto me abrazó y lo aceptó encantada.

Ali era una soltera empedernida. Tenía una agenda social parecida a la de un ministro de Cultura. Donde hubiera una exposición, un coloquio, la presentación de un libro o un cine fórum allí estaba ella en primera fila. Le encantaba el deporte y salir a caminar por la montaña. Era activa, inteligente y ocurrente. Tenía un don de gentes que siempre hacía que fuera el centro de atención en las reuniones de amigos. Le encantaba estar de cara al público, era muy parlanchina y atenta. Daba gusto estar con ella y congeniaba con todos sus compañeros de trabajo. Era la persona ideal para mi proyecto. Y con sus contactos engrosó de una manera espectacular el número de socios; hizo que se apuntaran todos sus amigos.

Con Ali a cargo de los pagos y cobros de las cuotas, atendiendo a los clientes y con Carmen en la limpieza del local y organizándolo todo, contaba con la profesionalidad y seriedad que requería un proyecto de tal magnitud. Ellas se entendían a las mil maravillas y el ambiente era distendido y grato. Justo el lugar de trabajo con el que había soñado siempre.

Manuel solo iba por las tardes, pero también se encontró muy a gusto entre nosotras.

Era un chico de cuarenta y dos años, simpático, educado y sumamente atento. Contaba con una presencia fornida. Media casi metro noventa y era fuerte, moreno de pelo y ojos verdes. No era guapo, aunque tenía algo en su forma de ser y de moverse que resultaba muy atractivo. Quizá era esa dulzura al trato que chocaba en un tiarrón de esa envergadura. Era del norte, de Asturias, y tenía ese deje al hablar tan característico.

A la que nos fuimos conociendo vimos que era mutua nuestra pasión por las artes marciales y el interés por las clases a los críos. El proyecto nos unió en una relación de colegas que era genial. Rápidamente nos hicimos amigos y nos gustaba cada vez más compartir las horas de entreno y de clases juntos. Me encantaba observarle cuando daba clases a sus alumnos, y al parecer, también agradaba al resto de las féminas del gimnasio. A la hora de la clase de los polis

el *office* se llenaba de mujeres tomando té alrededor de la estufita, ya que desde unas grandes cristalerías se podían ver las diferentes clases que se impartían en ese momento. Era como ver a un grupo de gladiadores preparándose para el combate. La testosterona, el sudor, los músculos..., era un regalo para la vista y aquellas mujeres gozaban disfrutando de esas maravillosas vistas dos tardes por semana.

Cada vez más el gimnasio se parecía al que había soñado tantas veces. Todos vestíamos amplios kimonos. Desde la recepción hasta los instructores llevábamos una imagen corporativa que era nuestro sello. Todos los uniformes para la práctica de las diferentes categorías eran de seda o de algodón, dando una imagen de naturalidad y confort que se transmitía en todas las estancias.

Gracias a una iniciativa de Manuel le propusimos unos cursos de defensa personal al grupo de apoyo a la mujer. Tuvo mucho éxito y contamos con un grupo de mujeres maltratadas o que habían sufrido abusos. Era estupendo poder utilizar mis conocimientos para ayudar a esas personas; necesitaban sentirse fuertes de nuevo y nosotros las ayudaríamos a lograrlo. Junto con las terapias dirigidas por Sara empoderábamos a las mujeres y les devolvíamos algo de la confianza en sí mismas que habían perdido y que tanto necesitaban.

La cultura del cuidado del cuerpo y de la mente eran la columna vertebral del proyecto, de ahí surgió la idea de las jornadas dedicadas a la contemplación que hacíamos con Manuel.

Ofrecíamos a los participantes batidos multivitamínicos de frutas y tés refrescantes recién hechos para luego salir al césped a escuchar nuestro silencio interior obviando el mundanal ruido de la ciudad. Era una preparación para la contemplación. Se trataba de hacer una pausa en nuestras ajetreadas vidas para cuidarnos con un poquito más de cariño. Y tuvo muchísima aceptación. Fuimos capaces de motivar a la mayor parte de nuestros socios e, incluso, empezaron a apuntarse personar interesadas en esta actividad de forma continua. Así que nos vimos obligados a instaurarla todos los sábados por la mañana.

Sin darnos cuenta, Manuel y yo cada vez pasábamos más tiempo juntos y realizábamos más clases compartidas. Nos comunicábamos con miradas, nos compenetrábamos de una forma tan natural cuando hacíamos los ejercicios juntos que parecía un baile. A veces realizábamos katas ante los alumnos y parecíamos dos imágenes reflejadas en un espejo. Participaba en alguna de mis clases de taichí y me encantaba guiar sus movimientos y mostrarle el camino.

Empezamos a compartir una complicidad propia de esas amistades que ya cuentan con muchos años en la mochila. Y esa cotidianidad me encantaba. Empecé a llamarle Nel, porque me dijo que en su pueblo era así como conocían a su padre.

Las chicas me habían insinuado en varias ocasiones que Manuel sentía algo diferente por mí, pero yo no quería hacerles caso. Eran los chismes de dos celestinas románticonas que veían cosas donde no las había.

Nel era un buen compañero y un profesional como la copa de un pino. Me gustaba estar con él porque era amable y cariñoso conmigo, su amistad me hacía mucha falta tras haber pasado página con Miguel; aunque no sentía ningún tipo de atracción física hacia él y, por lo tanto, no se me pasaba por la cabeza que nuestra amistad fuera a ir más allá.

Y entre unas cosas y otras llegó nuevamente la primavera. Mi vida era estupenda. Mi trabajo me llenaba por completo, ayudaba a mucha gente, era todo lo que había soñado. Tenía amigos y me sentía bien. Mi familia me apoyaba al doscientos por cien. ¿Qué más podía pedir?

La declaración

Los domingos eran mis días libres y los destinaba a desconectar y quedar con Bea para hacer nuestra salida de amigas. Su chico, Rafa, aprovechaba ese día para practicar deporte, le gustaba correr y entrenaba con sus amigos todos los domingos. Era genial porque así dedicaba el día de descanso a sus actividades favoritas y mantener un poquito de su espacio personal.

Quedábamos por la mañana e íbamos a desayunar a la cafetería de la plaza donde hacían unos cruasanes deliciosos estilo francés para chuparse los dedos. Zumo de naranja natural y café recién molido. Y allí nos poníamos al día sobre los acontecimientos de la semana. Era nuestro momento.

Fue en uno de esos desayunos cuando Bea me habló de Marc. Un amigo suyo que estaba pasando por un mal momento. Tenía unos treinta y cinco años. Aficionado a las medias maratones y empleado de banca. Se habían conocido a través de Rafa, pues entrenaban juntos.

En su última carrera se había sentido mal y los médicos le habían diagnosticado un soplo cardiaco funcional debido al esfuerzo de la carrera. Así que le habían recomendado reposo y actividades físicas relajantes que eliminaran el estrés de su dieta diaria. De ahí que Bea le hubiese propuesto una visita al dojo-escuela y una entrevista conmigo para que le explicara las diferentes actividades que podían ayudarle en este momento tan difícil.

Me pareció muy buena idea y quedamos en vernos el miércoles tras la clase de yoga.

Continuamos parlotando sobre las cosas de la semana y fuimos a dar un paseo por las calles comerciales. Eran las rebajas y todo estaba abierto a pesar de ser domingo.

Compramos una colección de modelitos y varios conjuntos de zapatos y bolsos que enamoraban solo de verlos. Me encantaban las rebajas y disfrutarlas con una loca de las compras como yo era la guinda del pastel.

Para almorzar nos tomamos un sándwich vegetal con una cerveza y nos fuimos a casa a descansar.

Mientras me probaba la ropa y la recogía sonó el teléfono. Era Manuel que me preguntaba que si quería ir a tomar algo luego para explicarme unas nuevas ideas que tenía para la clase de defensa personal y acepté.

Quedamos en el bar donde solíamos tomar algo al salir del curro los días que habían sido muy intensos. Estaba cerca y cerraban la cocina pasadas las once. Muchas noches al salir nos íbamos los cuatro a comer un bocata antes de ir a casa. Esas noches hacían que nuestra relación laboral fuera mejor, ya que el ambiente era el de un grupo de amigos motivados por hacer funcionar el negocio. Y fue allí donde les dije que, tras haber pagado todos los gastos, seguros y sueldos, repartiríamos los beneficios entre los cuatro a modo de gratificación por el esfuerzo y empeño que le ponían todos ellos al proyecto.

Recuerdo que esa noche se quedaron tiesos con la sorpresa. En especial Carmen, que andaba algo justa de dinero desde que los gemelos habían empezado a estudiar. Y yo me sentía feliz de compartir con ellos la ilusión por la empresa y ver que de esa manera me aseguraba que la motivación aumentara en lugar de convertirse en rutina. Siempre estaban ideando cómo conseguir que los socios se sintieran más cómodos, ofreciendo actividades más atractivas, dando un mejor servicio. La verdad es que los tres se dejaban la piel y era un lujo trabajar con gente así al lado.

Con ellos en el equipo había podido ofrecer una imagen y un servicio dignos de cualquier gimnasio de alto *standing* sin tener que sangrar a los clientes. Me aseguraba que los socios disfrutaran de unas instalaciones y unas clases de calidad, pero adecuadas a su poder adquisitivo. Incluso estábamos colaborando a través de los servicios sociales con un gabinete de psicólogos para ayudar en el tratamiento de ciertos pacientes, en especial niños, en situaciones de vulnerabilidad. Y ese tipo de clases junto con el grupo de Sara eran las que mejor me hacían sentir; ofrecer ayuda a los demás era mi mayor motivación. Y me llenaba de orgullo.

Quedamos a las ocho y me vestí de forma informal con un tejero y una camisa verde que me favorecía mucho. Me dejé el pelo suelto y me maquillé muy natural.

Cuando entré en el local vi que Manuel se había sentado en la mesa del rincón que daba a la cristalera por donde se veía nuestro local. Se había pedido una cerveza y estaba ojeando un diario. Nos saludamos y me senté. Me pedí una copa de chardonnay bien fresquito y empezamos a hablar.

Tenía muchas ideas para el grupo de defensa personal, quería probar una serie de terapias que había leído que funcionaban muy bien en víctimas de agresión. Me pareció muy interesante, y para profundizar en el tema pedimos algo para picar.

Pasaron las horas como de costumbre sin darnos cuenta y de pronto ya estaban cerrando el bar. Siempre que estábamos juntos era como si el tiempo se detuviera. Nos encantaba enrollarnos hablando sobre posibles proyectos, cine, recuerdos de la infancia..., la verdad era que, para entonces, Nel se había convertido en mi mejor amigo y me gustaba mucho estar con él.

Me acompañó a casa y cuando llegamos a la altura de las escaleras me giré para despedirme y me sorprendió con un beso que no esperaba.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunté.

—¿Y por qué no? —me respondió.

Y antes de que volviera a preguntarle nada al respecto me sujetó la cara de nuevo y me besó una vez más, con la misma dulzura con la que se besan esas parejas que llevan mucho tiempo juntas, con respeto, con mimo..., era un beso tan dulce que no pude negarme y se lo devolví.

Nos quedamos unos segundos mirándonos fijamente a los ojos sin pronunciar ninguna palabra y, de pronto, me giré y entré en casa, dejándolo ahí plantado, con su dulzura y su ternura, sin saber qué demonios había pasado.

Una vez dentro de casa me senté en el sofá y empecé a pensar en el dichoso beso, qué había pasado, en qué momento le había dado pie, en sí ese beso significaría el fin de nuestra amistad.

¿Estaba Manuel enamorado de mí o había sido un beso de qué feliz soy con una amiga tan maja?, ¿podríamos volver a comportarnos de la misma forma o a partir de ese momento todo iba a cambiar? Yo no quería que cambiara, me gustaba como era nuestra relación, sin líos, sincera...

Y lo peor era pensar que si él estaba enamorado de mí, ¿por qué yo no había sentido nada más que ternura con ese beso? Quizás Manuel no era un hombre apasionado, o tendría miedo de asustarme si me hubiera besado de otra forma. Para mí el primer beso en una relación ha de ser apasionado, excitante, sensual... pero tierno, no me cuadraba mucho.

Puede ser que ese tipo de beso se lo des a la persona con la que quieres tener una relación duradera y estable, como si construyeras una casa por los cimientos poco a poco, primero amistad, luego cariño y al fin pasión. Aunque era extraño.

Cuando te lanzas a la piscina lo haces hasta el fondo y Manuel daba la sensación de querer bajar al agua por las escaleras para evitar un *shock* térmico. Era demasiado precavido y eso no resultaba muy *sexy*, la verdad.

De todas formas, tampoco había sentido mariposas en la barriga ni nada que se le pareciera. No había saltado la chispa. Ni siquiera me había sonrojado. Era más bien como una sorpresa que no debería haberse producido porque ahora nos dejaba en una situación muy incómoda. ¡Con lo tranquila que yo estaba!

La chispa

Llegó el miércoles y la clase de yoga con el grupo de mayores, un grupo de mujeres que rondaban todas entre los sesenta y cinco y los ochenta años, que tenían una vitalidad y un interés digno de alabanza. Mientras realizábamos los estiramientos y las posturas siempre se oían pequeños suspiros y risitas que le daban al grupo una complicidad maravillosa. La mayoría eran viudas que, cansadas de estar solas en casa, habían buscado refugio y compañía en ese improvisado grupo de amigas que se había formado en la clase.

A través del ejercicio encontraban la motivación para salir a la calle con ganas de hacer cosas para mejorar física y, sobre todo, anímicamente. Eran divertidas, alegres, ingeniosas y tras unos meses de trabajo en la sala y cuidándose en el *spa* se veían hasta más *sexys*.

Se sentían tan bien interiormente que exteriormente habían cambiado su aspecto. Eran más coquetas, se compraban conjuntos deportivos más monos para verse bellas en el espejo al realizar la actividad, quedaban para merendar o cenar..., volvían a vivir y de qué manera.

Era genial verlas juntas riendo y disfrutando. Y lo mejor era cuando tras la clase me abrazaban y me daban las gracias por ayudarlas a dar el paso. Ese momento para mí era glorioso y sumamente emotivo. Era la recompensa al esfuerzo. Era lo que me llenaba.

Mientras recogía las esterillas y el material, entró Bea acompañada por Marc para presentarnos.

Levanté la vista y me encontré ante la mirada más profunda que había visto en mi vida. Mi cuerpo reaccionó de una forma extraña y sentí una descarga eléctrica en mi estómago que de forma automática me hizo ruborizarme. Avergonzada por la situación y convencida de que Bea lo había notado intenté parecer lo más serena posible, cosa que era evidente que estaba haciendo de pena, pues no podía apartar la vista de esos ojos. Estaba hipnotizada, y para cuando quise hablar la cosa solo pudo empeorar. Me tembló la voz y sentí que la tierra se me tragaba. Fue la sensación más horrible de toda mi vida. ¿Qué demonios me pasaba?

Marc se acercó y me besó para presentarse. El contacto con su barba de tres días y su olor me acabaron de desmontar, y sin saber cómo reaccionar, me disculpé, salí corriendo y me encerré en el baño.

Cerré la puerta y me miré al espejo muerta de vergüenza. Tenía el pulso acelerado y me costaba respirar. Me lavé la cara con agua fría y respiré hondo. Debía salir del baño y recuperar la poca dignidad que me quedaba, aunque fuera humillante. No podía quedarme encerrada en el baño para siempre.

Me arreglé el pelo y soltando todo el aire de mi interior abrí la puerta y me dirigí a la sala donde aguardaban atónitos mi regreso.

Me disculpé de nuevo y volví a empezar. Me presenté y le ofrecí mi mano para parecer más profesional, pero cuando le volví a mirar a los ojos me ruboricé de nuevo. Luché contra el

fogonazo; al menos no hui.

Eran esos ojos los que me desarmaban. Unos ojos rasgados color miel, enmarcados por unas frondosas pestañas negras que parecían que veían a través de mí como si tuviesen rayos X. Era una mirada profunda como el fondo de un pozo, donde te da miedo asomarte, aunque no puedes evitar intentar buscarlo.

Su pelo era oscuro y un poco largo, desenfadado. Y la barba a modo informal enmarcaba unos gruesos labios que parecían de caramelo.

Era de estatura media y no demasiado fuerte, aunque se notaba que corría por su porte atlético. Bajo la manga corta se intuía unos brazos fuertes, pero no demasiado desarrollados. Era un tío fibrado, justo como me gustaba a mí el cuerpo de un hombre. Sano, fuerte y proporcionado.

Era el hombre más *sexy* y atractivo que había visto en mi vida.

Lo único que no me gustaba era cómo reaccionaba mi cuerpo ante su presencia. Me sentía como una cría, una colegiala a la que invita al baile un alumno del último curso. Tuvo que ser Bea la que saliera a mi rescate y empezara a hablar, si no, creo que jamás habría podido articular palabra.

Un poco más tranquila le pregunté en qué trabajaba y que me explicara qué esperaba de nosotros.

Al comprobar que había recuperado el control, Bea salió de la escena para darnos más intimidad y que él pudiera hablar libremente.

Me comentó que trabajaba para la banca, era el director de la sucursal del banco de la plaza y ese trabajo conllevaba un gran nivel de estrés, ya que debía cumplir ciertos objetivos cada ejercicio y eso era muy exigente. Aparte de eso se veía obligado a viajar constantemente por la zona y pasaba muchas horas sentado en el coche y en el AVE.

Me explicó que había empezado a correr para liberar ese estrés y contrarrestar el sedentarismo. Se había enganchado a la moda del *running*. Le encantaba prepararse y probarse a sí mismo compitiendo en las medias maratones que organizaban en la ciudad, pero que su ritmo de vida y el sobreesfuerzo habían provocado en su corazón una dolencia importante. Le habían diagnosticado un soplo y tenía miedo de las posibles secuelas que le podía acarrear.

Los médicos le habían recomendado realizar actividades físicas que ayudaran a su corazón a recuperarse y le habían prohibido los esfuerzos físicos a los que estaba acostumbrado. Aunque tenía miedo de no canalizar el estrés y recaer en problemas de ansiedad.

Le invité al *office* y le preparé un té de rooibos con canela. Nos sentamos en el sofá ante la estufa y le estuve explicando los beneficios del taichí, en especial del chi kung para el control del estrés. Mientras le explicaba en qué consistían las actividades no podía evitar mirar esos gruesos labios, la comisura de su boca, sus dientes..., era tan apetecible como una fruta prohibida. También le invité a que probara los sábados la actividad de meditación para aprender a calmar su mente. Le enseñé la zona de *spa* y la zona exterior. Le ofrecí hacerle un seguimiento personalizado e ir probando las diferentes disciplinas hasta que encontrara la ideal para él.

No hace falta decir que quedó prendado de las instalaciones y aceptó de inmediato. Estaba asustado por lo que le habían dicho los médicos y Bea le había hablado tan bien de las terapias

que realizábamos que quería empezar cuanto antes. Estaba abierto a probar las diferentes actividades para encontrar la que más le ayudara, y a mí me parecía genial que se pasara varios días, las primeras sesiones siempre eran personalizadas y eso supondría que estaríamos solos en la sala. Sería solo para mí.

Montamos un horario y quedamos en que trabajaríamos en principio todas las mañanas a primera hora para que pudiera enfrentarse al trabajo más relajado, y en los días más estresantes disfrutaría por la tarde del *spa*.

Cuando nos despedimos deseé que volviera a darme dos besos para volver a sentir su olor y el roce de su piel, pero prudentemente se marchó con una sonrisa y se dirigió a la recepción para rellenar el formulario de socio que había preparado Ali.

Bea me sorprendió observando a Marc desde el *office*. Era como si estuviera estudiando un cuadro en una galería. Quería recordar su cuerpo, sus movimientos, su voz, su olor, esa mezcla de perfume y testosterona que me había abatido en un momento.

Bea, que para aquel entonces ya me conocía muy bien, se había dado cuenta de la reacción de mi cuerpo tras el primer contacto visual entre Marc y yo, y no pudo reprimir una risita pícaro cuando estuvimos a solas.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —me preguntó en tono burlesco.

—No sé a qué te refieres —mentí.

—Ya, claro, te has sonrojado y has salido corriendo porque no ha sido nada, ¡ja! Es verdad, ahora reaccionas así ante todos los clientes —dijo con ironía—. Te estoy hablando de la chispa que se ha encendido entre vosotros, por un momento creí que iba a arder el local en llamas.

—Está bien —tuve que reconocer—. No sé qué ha sido, pero al verle mi cuerpo ha reaccionado y no he podido controlarme. No entiendo qué ha pasado —dije preocupada y un poco avergonzada por mi falta de profesionalidad ante ella y, sobre todo, ante Marc.

—Pues está bien claro —me contestó—, ha sido un flechazo, y por cómo te sonreía Marc diría que a él también le has gustado.

—¿Tú crees? ¿Es que no tiene pareja un bombón así? —interrogué mientras colocaba los cojines del sofá haciéndome la distraída.

—No, lo dejó hace ya un tiempo con la chica que salía porque ella se fue a trabajar al extranjero y no quería mantener una relación a distancia. Él se quedó bastante tocado y por eso lleva más de un año sin salir con nadie.

Y acto seguido, de forma espontánea, sentí un alivio y una emoción que me recorrió todo el cuerpo. Tenía el campo libre, y si Bea, que le conocía, decía que yo también le había gustado... ¿por qué no?

Por la reacción de mi cuerpo podría decirse que había sentido un flechazo. Había sentido hormigueo en el estómago, como si me faltara el aire, sudores y me había ruborizado. Era exactamente la sensación que siempre creí que debía sentir alguien al conocer a su media naranja y por primera vez en mi vida lo había sentido.

Sonriendo abracé a Bea y me despedí. Y sin darme cuenta le di las gracias. Ella me miró y entendiéndome perfectamente sin necesidad de más explicaciones me respondió.

—Un placer. —Me dio un beso y se marchó con Marc.

Salí escopeteada hacia la recepción y disimuladamente ojeé su formulario y anoté su teléfono en mis contactos del móvil. Solo por si acaso.

Por la tarde, mientras recogía la clase de los pequeños, vi que Nel continuaba entrenando en el dojo con su grupo de polis, practicaban las katas. Era precioso observar esa serie de movimientos acompasados y enlazados de manera tan fluida en ese grupo de hombres jóvenes y apuestos vestidos con sus flamantes kimonos. Eran como un equipo de natación sincronizada, pero con la fuerza y el ímpetu de expertos ninjas luchadores. Sus movimientos eran el baile y los kiais eran la música. Y con esa preciosa imagen decidí relajarme en el *spa*, ya que tenía una hora libre antes de cerrar.

Estando en el *jacuzzi* no podía para de pensar en Marc y en cómo me había sentido. ¿Surgiría algo entre nosotros?, según Bea, a él también le había gustado. Tenía tantas ganas de que llegara el día siguiente para volverle a ver. Estaba emocionada.

Me metí en la sauna para relajarme con el calor y el vapor. Me encantaba la sensación de sentir mi piel húmeda e imaginar cómo se iban limpiando todos los poros de mi piel. Me masajeeé el cuerpo con una loción exfoliante y me tumbé para dejar que hiciera efecto el producto. Cerré los ojos y me relajé.

Al cabo de unos minutos oí que se abría la puerta de la sauna y vi que entraba una figura. Me di cuenta de que era un hombre al ver que llevaba la toalla alrededor de la cintura. Me incorporé y oí una voz que me decía:

—Tranquila, disfruta de tu momento de relax. —Era Manuel, que había terminado su clase.

Seguí tumbada y empezamos a charlar. Repasamos las clases del día, me explicó algún que otro chisme que le había contado Ali sobre un par de clientes y me invitó a tomar algo al salir.

Rechacé la invitación porque estaba muy cansada y al día siguiente debía madrugar. Le tuve que explicar lo de Marc y su problema de salud. Que durante algunas semanas para que pudiera probar las diferentes actividades abriría media hora antes el gimnasio y así le haría durante unos días las clases individualizadas. Le pareció bien, pues sabía que yo era muy concienzuda y que no era la primera vez que hacía esto por algún cliente, en especial si había traumas o problemas de salud de por medio.

Nos incorporamos para salir de la sauna y Nel me abrió la puerta para que saliese yo primera. Al pasar por delante me buscó la mirada con intención de provocar un roce o incluso un beso, pero yo, disimuladamente, me aparté el pelo de la cara y salí ignorando sus señales.

Él sin decir nada salió tras de mí y nos fuimos a nuestras respectivas duchas. El silencio que se produjo tras ese momento era insoportable y molesto, así que me vestí y salí sin ni tan siquiera secarme el pelo para no perder más tiempo. Aunque él estaba en la recepción. Me había esperado para acompañarme a casa y que no fuera sola.

Era una manía que tenía. Supongo que la profesión de policía la tenía instaurada en el ADN y necesitaba a toda costa protegerme. Lo hacía siempre que cerraba por las noches, y yo siempre me reía y le decía que una profesora de artes marciales no necesita protección, pero me gustaba

que se preocupara por mí y que me acompañara. Lo encontraba sumamente tierno y no me importaba dejarme cuidar de vez en cuando.

Subimos la calle y todavía estaba abierta la pequeña cava de la esquina. Me propuso tomar unos pinchos y una copa de vino para no tener que pensar en la cena. Y puso esa carita de perrillo abandonado que ponía cuando quería conseguir algo y que era adorablemente irresistible. No me pude negar y, además, después de la sauna siempre me entraba un hambre voraz.

Nos sentamos en una mesa alta con unos taburetes y pedimos un par de riojas. Manuel se levantó y cogió una selección de pinchitos de la barra para compartir. Eran deliciosos y el vino entraba de maravilla. Empezamos a hablar de nuestra infancia y de lo distinta que había sido para nosotros, siendo él de un pequeño pueblecito minero asturiano y la mía encerrada en una gran ciudad.

Me contaba las chiquilladas y gamberradas que había vivido con sus amigos corriendo libremente por el pueblo y en el campo, mientras yo lo comparaba con mis tardes en el parque bajo la atenta vigilancia de mis padres o los de alguna amiga. Habían sido totalmente distintas, y a mí me parecía que por cómo relataba sus historias la suya había sido muchísimo más feliz que la mía. Se había criado como un espíritu libre aprendiendo las cosas a base de ensayo/error, desde ir en bici hasta las técnicas para ligar. Junto con su grupo de amigos había vivido historias maravillosas llenas de emoción propias de críos curiosos y pillos.

Los recuerdos más felices que yo tenía casi siempre eran en las competiciones de karate y en los viajes que hacíamos para acudir a las competiciones territoriales o nacionales. De vez en cuando, para que tuviera una infancia más normal, mi madre preparaba fiestas de pijama en casa para mis amigas o sesiones de cine con palomitas, de forma que pudiera jugar y relacionarme con ellas. Pero siempre en lugares controlados porque en una ciudad no podíamos disfrutar de la libertad de un pueblo, siempre debían estar atentos a mil posibles peligros o amenazas.

Supongo que por eso sus padres también habían vivido la infancia de su hijo de una forma más relajada que los míos.

Habían sido totalmente opuestas y eso se notaba en la forma que teníamos de comportarnos como adultos. Él era más lanzado y decidido a probar cosas nuevas, mientras que yo siempre tenía que estudiar un paso antes de darlo, era más precavida. Pero de alguna forma nos complementábamos y eso hacía que formáramos un gran equipo.

Tras un par de vinos pedimos la cuenta, aunque yo intuía que pretendía sacar un tema de conversación que aún no se había atrevido a tocar.

Tras dar varios rodeos al final me miró a los ojos y me preguntó muy seriamente si no pensaba comentar nada sobre el beso. Me atraganté al oír que sacaba el tema. ¿Por qué lo sacaba ahora a relucir con lo bien que lo estábamos pasando?

—Mira, María, quizás tú no sientas lo mismo que yo; no puedo esconderlo más y mucho menos después de todo lo que sentí el otro día al besarte —me soltó el tío.

—Nel, no es que no sienta nada, aunque creo que no siento lo mismo que tú. Me caes bien y estoy muy a gusto trabajando contigo. Tu amistad es muy importante para mí, pero...

—Claro, tenía que haber un pero —dijo con un tonillo un tanto airado.

—Pues sí, hay un pero —le contesté ignorando su claro enfado interior—. ¡No quiero que mezclemos las cosas y que todo se vaya al traste!

—Si aún no hemos empezado nada, ¿por qué piensas que se va a ir al traste? —me preguntó con cierto tono burlón.

—Porque siempre que he empezado las relaciones sin pensármelo dos veces han fracasado y me he quedado hecha polvo. La última me dejó muy tocada y no quiero repetir los mismos errores —le expliqué ya elevando un poco el tono de mi voz.

Me había prometido a mí misma que no volvería a tener una relación en la que no sintiera la pasión desde el primer momento. Lo había anotado en el código de mi nueva vida porque debía ser una norma primordial para mí. No podía boicotearme a la primera de cambio, de ese modo volvería a mis viejos vicios y no lo permitiría.

—Manuel, yo te aprecio mucho y eres importante en mi vida, pero no me siento atraída por ti de esa forma. No quiero lastimarte, sin embargo, no quiero que me fuerces a iniciar una relación que no quiero solo por cariño o por no herirte. He antepuesto los sentimientos de otros demasiadas veces por delante de los míos, eso quiero cambiarlo. Sabes que me ha costado mucho cambiar esa vida en la que no era feliz y por fin, ahora, me siento bien con lo que hago y en cómo lo hago. No me obligues a desviarme del rumbo que estoy llevando, por favor.

—¡Pero yo no quiero obligarte a nada!

—Te has convertido en mi mejor amigo y te quiero mucho, no lo estropeemos. ¿No podemos dejar las cosas como están y seguir como hasta ahora?

—¡No! Yo estoy enamorado de ti y quiero más, quiero avanzar y demostrarte que puedo hacerte feliz, ¿por qué íbamos a fracasar?

—Si no funciona no solo nos perderemos esta maravillosa amistad, perderemos nuestro proyecto, la escuela, todo por lo que estamos luchando.

—Y si funciona podemos ser felices compartiéndolo todo juntos.

—Ahora no te puedo contestar. Tengo que pensar las cosas con calma. Nos vemos mañana en la escuela.

Y sin darle la opción a réplica, me levanté, le di un beso en la mejilla y me fui a casa.

Al salir de la cava y tomar la calle miré de reojo y le vi cabizbajo mirando la mesa totalmente derrotado, daba la impresión de que le hubiese pasado un tráiler por encima y me sentí mal por él, porque era verdad que lo apreciaba, sin embargo, sabía que no me atraía ni física ni químicamente. Al besarle no sentí un cosquilleo o algo especial que despertara en mi interior. Mi cuerpo no había reaccionado de la misma forma que con Marc y quería averiguar si podía tener algo con él...

Quizás me arrepentiría por no elegir a Nel como compañero de viaje, pero debía, al menos, intentar descifrar por qué mi cuerpo deseaba de forma tan intensa y descarada encontrarse de nuevo con Marc.

Por primera vez sentía que había sido fiel a mis deseos y estaba orgullosa por ello. Había sido la primera vez que había hecho lo que me había propuesto. Y digo la primera porque lo de dejar de fumar aún no lo tenía del todo claro, y en ese instante me entraron unas ganas de comprar un

paquete de tabaco bestiales. Por si no era bastante con la pena por Manuel, ahora debía luchar con mi cabeza que me repetía que era una buena excusa para fumarme un pitillo, total, por uno... Así que, para no caer en la tentación, eché a correr y llegué al apartamento sin aliento.

Toda la situación de aquella noche me había removido algo por dentro y sentía que debía canalizar todas esas emociones y plasmarlas en un cuadro.

Coloqué el caballete y cogí un lienzo nuevo. Preparé varios pinceles de diferentes tamaños y mi paleta para poner diferentes tonos de óleos. Su olor despertó en mi interior un impulso irrefrenable y sin pensarlo ni marcar ningún boceto empecé a trazar lo que unas horas más tarde vendría a ser una de mis mejores obras.

Excitada por la sensación de volver a sentir la necesidad de expresarme a través de un lienzo, me alejé de la obra y quedé perpleja cuando descubrí que el conjunto de trazadas, la mezcla de luces y sombras, la combinación de colores..., habían dado forma a un par de ojos. Eran unos ojos perturbadores, con una mirada penetrante, llena de misterio y de lujuria, eran apasionados y fríos a la vez, era una mirada hipnótica que yo conocía... Y de golpe un escalofrío recorrió todo mi cuerpo al descubrir que esa mirada y esos ojos pertenecían a alguien concreto, a alguien conocido para mí. Eran los ojos de Marc mirándome fijamente. Te pusieras donde te pusieras daba la sensación de que esa mirada te seguía. Te observaba. Te acechaba.

Asustada, conmovida y sin aliento me tiré derrotada en el sofá e intenté averiguar por qué mi subconsciente me jugaba esa mala pasada. ¿Qué quería decirme? ¿Acaso quería advertirme de algo? Algo que había pasado por alto.

Estaba claro que la atracción por Marc era más que evidente por cómo me comporté al verle, y que deseaba verle una vez más tampoco era un misterio, pero ¿por qué había dibujado esos ojos sin proponérmelo siquiera? ¿Qué había captado mi subconsciente que mi mente consciente ignoraba por completo?

Normalmente no solía dibujar retratos, de hecho, mi especialidad era lo abstracto, las mezclas de texturas, la investigación con diferentes materiales..., no había tocado la figura humana desde la facultad y ahora esa mirada.

Abrumada y cansada por tantas emociones vividas durante ese interminable día me dejé abrazar por Morfeo y caí rendida en el sofá. Sonreí al pensar que sin apenas esfuerzo me había mantenido fiel a mi nuevo decálogo de normas rigurosamente. Desde mi conversación con Manuel hasta el volver a disfrutar de mi arte, únicamente por placer.

A la mañana siguiente me despertó el sonido del teléfono que seguía en mi bolso desde la noche anterior agonizando por la falta de batería. Con más problemas de los deseados me desperté y rebusqué hasta dar con él. Era Carmen que, preocupada, llamaba para averiguar si me había pasado algo o si estaba enferma. Sin saber ni siquiera qué hora era le pregunté si pasaba algo y tuvo que ser ella la que me dijera que era la primera vez que no iba al gimnasio a primera hora y que había dejado colgadas a las mamis de taichí.

¡Dios, me había dormido! y con el trajín del cuadro se me había olvidado poner la alarma en el teléfono.

—¡Lo siento, Carmen! ¿Me has disculpado ante las socias por no haber ido? —pregunté

preocupada a la vez que avergonzada.

—No te preocupes, Manuel les ha dado una clase de estiramientos porque hoy no tenía turno en la comisaria y se había pasado por aquí para darte algo.

—Me ducho y voy para allá en diez minutos —le dije.

Al colgar el teléfono me quedó una duda, ¿Qué querría darme Manuel? ¿A qué se refería Carmen? ¿Estaría enfadado por cómo había salido todo la noche anterior? Recé para que no fuera una carta de renuncia al puesto de profe porque eso sí que me partiría por la mitad, profesional y también personalmente. No quería perderlo ni como compañero ni como amigo.

Y con todas estas elucubraciones me metí en la ducha de un salto y encendí el agua fría para despejarme.

Al salir del cuarto para coger las llaves y el bolso me encontré de cara con el cuadro y esos ojos me volvieron a desmontar. Sentía por dentro una sensación rara entre atracción y miedo. Me acerqué para observarlos más de cerca y por puro instinto de supervivencia me vi obligada a darle la vuelta al lienzo y ponerlo del revés. Al ver el armazón de madera suspiré aliviada y salí del apartamento.

Durante el trayecto en bus era incapaz de cambiar de pensamiento, ya que la emoción de volver a sentir la necesidad de pintar se había visto empañada por el mar de dudas que despertaba en mí esa obra. Algo estaba claro, si Miguel había sido capaz de callar mis ganas de pintar, Marc, un completo desconocido, había despertado en mí un ansia desconocida por plasmar algo que no llegaba a controlar. ¿Qué demonios era? Y lo más importante, si hasta ahora me había centrado en un estilo pictórico ¿por qué de pronto necesitaba pintarle a él?, ¿me estaría obsesionando con un completo desconocido, súper atractivo, sí, pero del que no sabía nada en absoluto?

Recuperando el control

Al entrar en el local vi a Ali en la recepción hablando con una clienta y la saludé con un guiño. Busqué desesperadamente con la mirada a Manuel para disculparme y agradecerle que me hubiera cubierto en la clase y de paso averiguar la intensidad de la catástrofe que había provocado al rechazarle.

El dojo estaba vacío y en la sala de pilates un grupo terminaba los estiramientos. Manuel estaba recogiendo el material y esperé a que salieran los alumnos. Él me dijo que se alegraba de que me hubiera dormido, porque al ver el nerviosismo de Carmen había temido que me hubiera pasado algo. Estoy segura de que si me hubiera pasado algo la noche anterior no se lo habría perdonado en la vida. Se habría sentido responsable por dejar que me marchara sola y se habría autoflagelado hasta la eternidad.

—¡Me muero de vergüenza, Manuel! —le dije mirando al suelo—. Te prometo que no volveré a pasar, y gracias por encargarte del grupo.

—No ha sido nada, mujer —me dijo con su característica calma y profesionalidad—, no te preocupes, otro día igual soy yo el que se duerme y tienes que darle la clase de judo a mis compañeros —dijo sonriendo dulcemente.

¿Qué pasaba? ¿Por qué no estaba enfadado? ¿Por qué hacía como si nada?

—De lo de anoche... —intenté decir, pero me cortó en seco.

—No puedo obligarte a sentir lo que no sientes y tampoco puedes pedirme que no sienta por ti lo que siento, aunque sé que al final me encontrarás tan irresistible que serás tú quien me suplique que salga contigo.

—¡Eres increíble! —suspiré con una sonrisa en los labios.

—Tengo que confesarte que he ideado un plan. Pienso enamorarte poco a poco y conseguiré que me desees hasta tal punto que me pidas matrimonio.

Y con una carcajada y un guiño salió de la sala como si nada se hubiese roto entre nosotros. Por el contrario, era como si se hubiesen establecido las normas del juego de la seducción y él llevara las riendas. Escondía un as en la manga y eso a mí me desconcertaba.

¿Cómo podía ser tan genial conmigo después de decirle que su amor no era correspondido? Y había hablado de matrimonio.

Era la primera vez en mi vida que alguien se planteaba esa opción conmigo, y pensar en que estuviera enamorado de mí como para casarse me conmovió sobremanera.

Estaba segura de que sería un marido y un padre entregado y cariñoso. Sin lugar a duda, sería una pareja fiel que se desviviría por hacerme feliz, pero ¿era eso suficiente razón para atarte sentimentalmente a alguien para siempre?

Anteriormente, en mi vida me había atado a alguien por algo más ridículo, solo por evitar estar sola, por sentir la proximidad de otro ser humano. Él me ofrecía amor incondicional, seguridad económica y emocional, complicidad en el trabajo y disposición para combinar unos buenos genes con los míos para realizar el sueño de formar una familia. Era hasta absurdo desaprovechar la ocasión y que a mí no me pusiera no quitaba que era un tío alto, fuerte y *sexy* que cualquier mujer hubiese deseado en su cama.

Pero si todo era tan perfecto, ¿el único problema que tenía yo para aceptar su invitación era la falta de pasión? Pues todo indicaba que sí. Era exactamente ese el problema. Necesitaba sentir que mi cuerpo enloquecería con el roce de su piel, que sus besos acelerarían mi pulso y que su presencia despertaría en mí un apetito sexual irrefrenable. Necesitaba que mi cuerpo reaccionara de la forma en que lo hizo cuando vi a Marc la primera vez.

Mis padres siempre me habían inculcado que el secreto de un matrimonio feliz era el mantener la llama viva, la pasión del enamoramiento, el deseo de los nuevos amantes..., aunque si mi relación con él se basaba en el cariño y la amistad, ¿qué llama iba a mantener viva?, ¿cuándo surgiría la pasión desenfadada?

No podía evitar introducir en la ecuación el factor «Marc» y pensar que era a él a quien deseaba y que por eso no me conformaba con Manuel.

Necesitaba averiguar qué sentía por él, «¿volveré a sentirme igual al verle de nuevo?», me preguntaba. ¿Quería decir eso que me había enamorado de un completo desconocido? Y si era así, ¿el amor era tan solo la respuesta a una reacción química y fisiológica del cuerpo al reaccionar ante las hormonas de otra persona o se trataba de algo más meditado y calculado?

—María, María —oí decir a Ali a mi espalda.

—Perdona, Ali, estaba distraída.

—Te ha llamado un tal Marc que dice que hoy se le ha complicado el día y que empezará mañana. Que le disculpes.

—Vale, gracias —dije intentando no mostrar mi disgusto y mis repentinas ganas de llorar.

«¡Pero bueno María! —pensé—, que solo tienes que esperar un día y así podrás prepararte la clase mejor para impresionarle». Ni con esas pude consolarme ante la idea de no verle ese día. Necesitaba saber si iba a reaccionar igual, si iba a sentir ese arroyo de emociones, si iba a volver a caer prendada por esos ojos. Esos ojos que me perseguían a todas horas y que no me dejaban pensar en otra cosa. ¿Quién era Marc y por qué me afectaba así?

Necesitaba respuestas y sin pensármelo dos veces llamé a Bea. Quedamos para comer en la cafetería de siempre con la excusa de tener que contarle algo importante. Ella muerta de curiosidad no pudo rechazar la oferta y quedamos en vernos.

Por fin pude centrarme en la clase que me quedaba de yoga para mayores y al terminar me fui en busca de más pistas.

Llegué a la terraza y me senté en nuestra mesa. Bea aún no había llegado, así que mientras la esperaba me tomé un rioja para calmar los nervios. Al rato llegó, ajetreada y algo tensa. Le pregunté si todo iba bien y ella me miró con ironía y me preguntó:

—No te imaginas lo que me acaba de hacer el lagarto de Juan.

Temiéndome lo peor dejé que se desahogara conmigo.

Era más de lo mismo, insinuaciones y salidas de tono, aunque ahora ya no se lo hacía a una tontita que se callaba. Ahora se había topado con una mujer fuerte que tenía las cosas muy claras. Y sin andarse con contemplaciones le había amenazado con denunciarle a recursos humanos por acoso laboral.

No pude más que abrir los ojos como dos ventanas y empezar a aplaudir a Bea. Acababa de pasar al pódium de honor de las tías a las que admiraba. Había hecho lo que yo nunca me atreví a hacer. Estaba alucinada y llena de orgullo. Sabía que era inteligente y valiente, pero ahora la admiraba porque ella había conseguido iniciar una lucha por ella y por todas las mujeres que habían sufrido los abusos de ese sinvergüenza, además y de las que podrían llegar después de ella.

Yo me sentía como una cobarde porque no había hecho nada para pararle los pies. Había dejado que me humillara, y lo que es peor; había permitido que él se saliera con la suya haciéndole lo mismo a las demás, y en especial le había servido a Bea en bandeja.

Me sentía fatal y le pedí perdón a Bea por no haberlo hecho yo antes. Por haber permitido que mi historia se hubiese repetido.

Ella, comprensiva, me dijo que no era culpa mía. Que el único culpable era él por su forma de actuar. Que yo ya le había advertido cómo era y que por eso había tenido tiempo para preparar su estrategia en caso de producirse la situación. Había recreado ese momento en su mente y lo había ensayado como si fuese un protocolo de actuación. Lo había grabado en su cerebro para no equivocarse en caso de emergencia, y la emergencia se había activado justo ese día.

Todo había salido a la perfección y Juan se había quedado noqueado ante la amenaza de Bea.

—Me habría encantado verle la cara. Habría pagado por verlo en directo —le manifesté.

Así que para celebrarlo también se pidió un vino y brindamos por ella y por su valor.

Al llegar al postre ya no podía aguantar más y le pregunté directamente quién era realmente Marc y cómo lo había conocido. Esperaba que me diera algún dato que aclarara mis dudas y resolviera el misterio de mi obsesión con su mirada.

Bea me explicó que conoció a Marc el año pasado tras la media maratón de San Sebastián. Había acompañado a Rafa ese fin de semana y fue allí donde los presentó. Ellos se habían conocido en el grupo de corredores del gimnasio que practican dos veces por semana y se llevaban muy bien. A ella le había parecido muy simpático y a partir de entonces Rafa y él habían ido juntos a varias carreras, en Valencia, en Madrid..., y se divertían mucho juntos.

Alguna noche le habían invitado a casa a cenar tras el entreno para ver el fútbol y que le parecía muy atento. Siempre le ayudaba a recoger la mesa porque, en el fondo, el fútbol no le apasionaba, pero estaba encantado de que le invitaran a cenar y traer el vino o el postre. Incluso para su cumpleaños se presentó con un ramo de flores frescas preciosas.

Se notaba que la había encandilado. Y por lo que decía parecía de lo más correcto y normal.

—Si no fuera porque el amor de mi vida es Rafa, le habría tirado la caña hace tiempo —dijo Bea bromeando—. Porque no me negarás que está como un queso.

—Desde luego —le respondí, y sonreí para camuflar mis dudas.

Si era tan majo, si a Bea le caía tan bien, ¿por qué sentía que ocultaba algo? ¿Me estaría fallando el instinto? ¿Por qué me parecía tan abrumadora su presencia?

Estaba dispuesta a descartar el amor sincero de Manuel por un flechazo con Marc, a quien no conocía de nada, únicamente por una sensación de enamoramiento, por una calentura.

No lograba descifrar ninguna de las señales de alarma que recibía mi cerebro. Estaba segura de que no lo conocía porque a un hombre como ese no se le olvida tan fácilmente. Pero esa sensación, esos ojos, algo en mi interior me decía que algo no cuadraba y me lo estaba diciendo a gritos.

Le pregunté a Bea sobre lo que me había contado de su novia y volvió a explicarme la historia. Al parecer, habían vivido juntos varios años y al ascender a Marc y obligarle a trasladarse ella rompió con él. A Megan, como se llamaba la chica, le habían ofrecido un buen empleo en Inglaterra, su país de origen, y había decidido volver a casa. No le apetecía mantener una relación a distancia y antes de que Marc pudiera plantear alguna alternativa ella cortó por lo sano y se fue.

—¡Pobre! —exclamé.

—Justo cuando las cosas habían empezado a irle bien —prosiguió Bea.

—¿Por qué dices eso? —pregunté curiosa para que Bea continuase con su relato.

—Parece ser que cuando era muy pequeño sus padres murieron en un accidente de coche y lo criaron sus abuelos. Eran buena gente, aunque al no tener hermanos siempre se ha sentido bastante solo. Por eso le dolió tanto su ruptura con Megan. Se aferra con fuerza a la gente que le ofrece su amistad. Está falto de familia y de cariño.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo conoces la historia? ¿Te la contó Marc? —quise indagar más.

—No, a mí no. Se la contó una noche a Rafa el pobre chaval —aclaró Bea con un suspiro.

—Qué triste que le pase eso a un niño. ¿Y sus abuelos siguen vivos?

—Hace unos años falleció su abuelo, y a su abuela la tuvo que ingresar en una residencia porque tiene alzhéimer y no recuerda nada. Ni siquiera le reconoce cuando va a visitarla. Si no fuera por ellos no sé qué habría sido de él; ahora es como si estuviera solo en el mundo.

Ante tal revelación nos quedamos las dos en silencio y acabamos el vino que quedaba en nuestras copas incapaces de proseguir hablando del tema.

Pagamos la cuenta y nos despedimos.

De camino al gimnasio no podía quitarme la historia de la cabeza. Sentía una pena inmensa por Marc. Incluso me reprendí por haber pensado cosas raras de él. Quizá me había parecido que ocultaba algo y con razón. La soledad en el alma puede marcar a una persona. Tenía que reconocer que mi instinto me había avisado que había algo oculto y así era. Aunque no fuera exactamente lo que yo me esperaba.

Al llegar al gimnasio vi que Nel estaba en el dojo con los niños practicando unos ejercicios. Me uní a la clase y la dividimos en dos grupos para hacer combates por equipos. A los críos les encantaban este tipo de clases y nosotros disfrutábamos de lo lindo. Fue la manera de dejar de pensar en Marc por un momento y mi cerebro lo agradeció.

De vuelta en casa me di una ducha y me puse el blusón que utilizaba para pintar, ya que la noche anterior había arruinado la camiseta que llevaba por no cambiarme antes de empezar el cuadro.

Preparé otro lienzo y me puse delante. ¡Nada! Tras diez minutos mirando la tela blanca dejé la paleta y el pincel sobre la mesa. Descalza sobre el parqué fui paseando hasta la cocina y me serví una generosa copa de vino blanco, para ver si su efecto me ayudaba a soltar el bloqueo que sentía.

Me apoyé en la ventana y empecé a recordar las sensaciones en mi barriga cuando le vi entrar, y cómo me estremecí al sentir su barba en mi mejilla. De pronto, allí estaba, mi inspiración. Marc era mi musa, mi inspiración renovada.

Dejé la copa y cogí el pincel. Tracé dos líneas y con un carboncillo empecé a jugar con las sombras. Un par de horas después, al sepárame del lienzo para examinarlo, vi que la imagen que se descubría ante mí era de unos succulentos, gruesos y aterciopelados labios. Una boca sugerente que apetecía besar. Unos labios que había mirado atentamente. Sí. Los había grabado en mi memoria mientras los miraba cuando Marc me explicaba lo de su problema médico. Era su boca, no había ninguna duda.

Me senté en el sofá y observé atentamente el cuadro. Era precioso y la técnica estaba muy bien para llevar tanto tiempo sin trabajar el hiperrealismo, y mucho menos sin una foto que me guiara. La contemplé durante un buen rato y al final tuve que levantarme y girar el cuadro de la mirada. Lo coloqué al lado de la boca y seguí contemplándolos largo rato. Eran buenos, los dos eran buenísimos; pero seguía sintiendo un escalofrío al contemplarlos que no controlaba. Era una sensación entre deseo y temor, era como ver algo desconocido, aunque, en lo más hondo, sabes que llevabas toda la vida esperando. No entendía nada, no obstante, no podía dejar de pensar en él y en su terrible historia.

Llené la bañera y me sumergí en su cálida agua. La espuma del gel relajante me hacía cosquillas en la cara. Su perfume a lavanda me reconfortaba. De fondo se oía una selección de Dido, Sade y Adele que iban sonando de forma aleatoria creando un ambiente mágico donde mi mente solo se centraba en un montón de ideas inconexas que siempre me llevaban a lo mismo, ¿quién era Marc y qué extraño poder ejercía sobre mí?

La puerta del baño estaba entreabierta y desde la bañera podía ver perfectamente los cuadros reflejados en el espejo del recibidor. Esos ojos, esa boca... y sin controlarlo, me masturbé imaginando que los besaba y que al abrir los ojos me fundía en su mirada, imaginé cómo debía ser sentir su aliento cálido en mi boca y no pude más que estremecerme de placer.

¡Dios mío, me había masturbado mirando un cuadro! ¿Qué demonios me pasaba? Avergonzada salí de la bañera y me acosté.

A la mañana siguiente me levanté de un salto al oír el despertador. Tenía que llegar puntual porque sería la primera clase de Marc y estaba emocionada a la vez que muerta de miedo.

Tenía que parecer profesional y no la pardilla del primer día. Debía conseguir que le gustara la clase para que quisiera volver, demostrarme que podía controlar mis impulsos y mis emociones

como la mujer adulta que era. No me dejaría llevar ni permitiría que un hombre me desmontara de esa manera, por muy *sexy* que fuera.

Llegué al gimnasio y me cambié para preparar la clase. Encendí las velas y el incienso, coloqué las dos esterillas y puse la música ambiente propia de la clase de Chi kung. Daba la sensación de estar preparando una cita, o esa era la ilusión que me hacía a mí.

Cuando estuvo todo a punto oí las campanillas de la puerta principal. Era Marc con la puntualidad propia de un *lord* inglés, cosa que agradecí y me encantó, pues la impuntualidad era algo que me sacaba de quicio.

Salí a recibirle y le indiqué dónde podía dejar sus cosas dándole la llave de una de las taquillas del vestuario.

Empecé a estirar mientras esperaba a que llegara, y al ver su reflejo en el espejo sentí que se me aceleraba el pulso. «¡Ya estamos otra vez!», pensé resignada.

Apareció con un kimono de algodón en color negro precioso y le quedaba como un guante. Se dio cuenta de que le miraba, y de forma avergonzada se colocó el pantalón en la cintura y me dijo que en la tienda de deportes le habían explicado que para hacer taichí era lo mejor. Le sonreí, noté que estaba incómodo.

—Es perfecto, Marc, con estas prendas los movimientos son más fluidos y te sentirás más cómodo cuando tengas que estirar. No sentirás tanto calor y te moverás cómodamente.

—Estoy un poco nervioso, nunca he practicado yoga ni nada parecido.

—No te preocupes, yo te guiaré en todo momento —le dije amablemente y le tendí mi mano.

Fue justo en ese instante en el que volví a recuperar el control de la situación y conecté con la *sensei* que llevaba dentro. Le guie dulcemente hasta la esterilla y le expliqué los principios básicos del taichí y en qué consistían los chakras y los meridianos, la importancia de la cintura como eje, la importancia de la relación entre los movimientos externos desde la fuerza de lo interno, el Qi, la energía y cómo utilizarla para sanarnos.

Descubrí un alumno con una sed de aprender que me entusiasmaba. Estaba atento y se mostraba muy participativo, preguntando y observando cómo realizaba yo las figuras para intentar realizarlas lo mejor posible.

Trabajamos durante una hora y al terminar nos acercamos al *office* para tomar un té estimulante y cargar pilas. Sentados en el sofá siguió preguntándome sobre el taichí y su historia, sus beneficios. Le expliqué que yo me había enamorado de esa disciplina cuando tras varios años de practicarlo mis padres me habían dejado acompañar a mi maestro a China. Que allí el taichí es una filosofía que les muestra cómo es la vida y el universo. Es su cultura. Y eso lo entiendes cuando participas por primera vez en una sesión de taichí en un parque público rodeado de treinta o cuarenta personas realizando los mismos movimientos que en una kata de kung fu, pero de forma más pausada y atenta. Imitando a los animales o concentrándose más en las habilidades de la lucha.

Cuando terminé mi exposición me di cuenta de que me miraba fijamente a los ojos mientras me sonreía. Automáticamente me ruboricé. Me dijo que le encantaba oírme hablar con tanta pasión sobre las artes marciales y que quería que le enseñara a sentir ese tipo de amor por ellas.

—Ahora que no puedo correr tengo que cambiar de pasión —declaró sonriendo y mirándome fijamente a los ojos.

Yo creí entender que estaba hablando entre líneas y que quizás a lo que se refería era a algo más carnal, y deseé que se echara sobre mí y me besara como en una telenovela de sobremesa.

Por un instante me olvidé de su trágica historia y de mis temores infundados y me recreé en ese momento en el que sentados uno frente al otro habíamos perdido el mundo de vista, como si a nuestro alrededor no existiera nada más. Como si fuéramos los únicos actores de una obra teatral que empezaba a representarse.

Justo en ese momento oímos llegar a Ali y a Carmen que venían para abrir el local y nos levantamos del sofá cual adolescentes pillados infraganti por sus padres.

Las chicas nos miraron y saludaron bastante sorprendidas. Tuve que explicarles que durante unos días abriría yo el gimnasio un poco antes para que Marc probara las diferentes disciplinas antes de ir a trabajar. Ellas disimularon y se fueron a cambiar, pero yo sabía que se iban a partirse de risa en el vestuario a mi costa. Eran tremendas y estaban deseosas de que pasara algo interesante en mi vida para variar, en especial Carmen, que siempre me recordaba que si no encontraba a alguien pronto se me iba a olvidar ir en bici, irónicamente hablando.

Marc fue a cambiarse para ir a trabajar y yo volví a la sala para recoger y preparar la siguiente clase.

Me sentía muy bien y me había encantado compartir con Marc ese rato. Había sido muy agradable estar sentados en el sofá el uno frente al otro hablando relajadamente con una taza de té. Y, sobre todo, me había encantado acariciar su cuerpo con la excusa de guiar sus movimientos. Había recorrido sus fuertes brazos y había recolocado la postura de su espalda pudiendo acercarme a él lo suficiente para percibir su intenso perfume masculino. Había recolocado sus caderas en algunas posturas...

¡Qué cuerpo! Era el tipo de hombre con el que sueñan todas las mujeres, fuerte aunque en su justa medida, estatura media pero la ideal para mí, una dulzura en su forma de hablar y una voz penetrante digna de un locutor de radio. Era tan atractivo que parecía de anuncio, aunque sin ser el típico guaperas y con un toque de timidez que resultaba encantador.

Estaba claro. Si tenía que enamorarme de alguien era de él, y tanto mi mente como mi cuerpo lo sabían. Todo mi ser era consciente y quería arriesgarme por una vez en lugar de esperar a que vinieran a por mí. En esta ocasión, sería yo la que tomaría la iniciativa y lo haría a mi manera. Primero nos conoceríamos poco a poco y luego haría que se enamorara de mí. Las sensaciones eran buenas. ¿Qué podía salir mal?

Vito

Demasiadas emociones para un par de días. Cuando me sentía así necesitaba la fuerza de los «Mosqueteros». Les llamé y quedamos en el bar de Bruno. Necesitaba volcar en el grupo ese embrollo de acontecimientos y dudas que me habían asaltado por sorpresa en los últimos días. Sabía que si se lo explicaba a ellos lo racionalizarían y me ayudaría a verlo más claro.

Me fui a casa y me preparé para salir. Me puse unos *leggings* negros y una blusa de gasa azul eléctrico, mi cazadora de cuero y mis botines. La melena suelta y lisa. Cogí el bolso y pillé el bus. El aspecto de la ciudad al anochecer era totalmente distinto al ajetreo de la mañana. Apenas paseaba gente por las calles, algunos hacían deporte, otros tomaban copas en las terrazas y la mayoría regresaban a sus casas después de una larga jornada en el trabajo. Y yo observando distraída desde el bus parecía como si viera un documental de antropología sobre las costumbres propias de los urbanitas.

En la entrada del bar me esperaba Vito fumando un cigarrillo mentolado. Era especial hasta para fumar. Decía que así solo le gorreaban tabaco al final de la fiesta porque ese no le gustaba a casi nadie. Me ofreció uno y dudé un instante. Me había propuesto dejarlo en mi nueva vida y llevaba varios meses controlándome, pero los nuevos acontecimientos parecían una razón más que justificada para calmar los nervios con un poco de nicotina. Sin saber cómo mi cerebro se puso en modo automático y me oí rechazando la invitación mientras todavía me debatía internamente sobre si aceptarlo o no. Así que, por otro lado, me felicité internamente porque hasta ese momento no me había dado cuenta de lo interiorizadas que tenía mis propias reglas. Y respondí hinchada de orgullo: «No gracias, lo he dejado».

Aprovechando la intimidad de ese momento Vito me preguntó si todo iba bien y yo le conté por encima que había conocido a un alumno que me tenía muy desconcertada. Le expliqué que era un tío muy majo y que me gustaba mucho.

—Le estoy dando clases de chi kung porque tiene que trabajar la ansiedad y el estrés.

—¿Y dónde está el problema? —me preguntó algo confusa.

—Creo que podría sentir algo especial hacia él.

—¡Si solo os habéis visto un par de veces y habéis hablado un poco! ¿No será como con Miguel? —cuestionó alarmada.

—No tiene que ver nada con Miguel —me puse a la defensiva.

—Entonces ¿qué ocurre, María?

—Pues lo que pasa es que solo con verle el estómago se me revuelve y tengo ganas de vomitar, me sudan las manos y se me acelera el corazón... Creo que me enamoró de un completo desconocido y no sé qué hacer.

Vito me vio realmente alterada y quiso quitarle hierro al asunto soltando una risilla. Me abrazó y sentenció:

—Caramba, que se nos ha enamorado María. —Echándose a reír.

Le expliqué a grandes rasgos cómo era y que le había abandonado su novia. Que me pasaba el día mirando a la puerta esperando a que la cruzara y que cuando lo hacía quería salir corriendo. Estaba echa un lío y no sabía qué hacer.

Vito, con la serenidad que la caracterizaba, concluyó que no debía hacer nada, que me dejara llevar por una vez y que ya se vería hacia dónde nos llevaría el río. Que me comportara como una profesional en el tatami, como una amiga en el sofá y que si se daba el caso y acabábamos en la cama que lo gozara con todo mi ser.

Y tras esta profunda reflexión no pudimos hacer otra cosa que reírnos a carcajadas y entrar abrazadas al bar para reunirnos con los otros.

Bruno servía copas en la barra y nos saludó mostrándonos unas cervezas preparadas para darnos la bienvenida. En una mesa del fondo estaban Ana y Sara charlando animadamente frente a unas pintas de cerveza negra y comiendo frutos secos. Los saludé con un beso y empezamos a hablar de nuestras vidas.

Les conté que el gimnasio marchaba de maravilla y que el equipo era estupendo. Que con los socios que habíamos conseguido podía vivir cómodamente y pagar todas las facturas.

No tuve más remedio que hablarles de la proposición de Nel y que le había rechazado. Que no quería comprometer nuestra relación laboral y que quería mantener su amistad, pues era muy bueno conmigo y me hacía mucha falta un amigo como él en mi vida, pero que no quería comprometerme porque había conocido a otra persona.

Fue en ese momento cuando Vito casi se atraganta al entender realmente cuál era el problema y por qué me mostraba tan ansiosa.

Tanto Sara como Ana se quedaron de piedra, sus caras se convirtieron en una representación de *El grito* de Munch. No daban crédito a lo que oían. ¡Un triángulo amoroso en menos de seis meses! A esto sí que se le podía llamar un cambio de vida y de qué manera había cambiado.

—A ver si lo entiendo, ¿Manuel se te ha declarado justo cuando conoces al tío de tus sueños? —me interrogó Sara alucinando.

—Exactamente ese es el problema —señalé.

—¿Y qué vas a hacer? —esta vez fue Ana quien realizó la pregunta.

—No tengo ni idea, por eso os necesito.

—Creo que deberías averiguar primero realmente qué sientes por Marc. Si rechazas a Manuel y luego con Marc no es lo que esperabas los perderás a los dos —razonó Vito.

—Lo sé, y eso es lo que me asusta. Necesito a Manuel porque le quiero mucho, pero Marc ¡me pone tanto!

—¡Vaya lío! Por lo menos vuelves a estar en el mercado y de qué manera —dijo Sara riendo a carcajadas.

Todas empezaron a cachondearse de la situación y a bromear sobre el tema para quitarle hierro a la situación, cosa que me molestó. Quería que vieran mi preocupación ante la falta de control

que mostraba cada vez que estaba ante Marc. Y cuanto más me esforzaba por explicarme más se reían. Al final hasta yo encontré la situación cómica y no tuve más remedio que empezar a reír con ellas.

Concluyeron que debía conocerle un poco más y que se lo tenía que presentar para que ellas pudieran darme su bendición. Si había algo sospechoso entre las cuatro lo descubriríamos.

Me pareció muy buena idea, pues las dotes investigadoras de Vito y el escrutinio que pasaría con Sara seguro que nos darían alguna pista. Si ocultaba algo nuestro filtro lo delataría. Y si se trataban de un diamante en bruto lo confirmarían.

Seguimos hablando de nuestras vidas y Sara nos contó que estaba tratando a una mujer cuyo marido la había estado maltratando físicamente durante años, pero que por proteger a sus hijas pequeñas había dado el paso y lo había abandonado. Estaba en un piso de la asociación de violencia de género y necesitaba sentirse más segura porque vivía con un constante miedo a que él volviera a encontrarla.

—María, le he hablado de ti y de tu programa de defensa personal. Creo que sería una buena candidata y que le ayudaría mucho sentirse más fuerte y capaz de proteger a sus hijitas. ¿Querías ayudarla?

—Por supuesto, claro que quiero —contesté inmediatamente—, creo que le puede ayudar mucho y me encantaría echar una mano. Quedaremos en el local y le presentaré a Manuel, que está especializado en este tipo de situaciones. Entre los dos intentaremos que se sienta mejor, no te preocupes.

—Gracias, María, sabía que podía contar contigo. —Sonrió Sara aliviada e ilusionada por ofrecer ayuda a una mujer tan indefensa.

Era uno de los objetivos que nos habíamos marcado cuando nos propusimos crear el grupo de defensa personal. Con las técnicas de bloqueo y las llaves de judo ayudaríamos, al menos, a que ante un ataque la víctima fuera capaz de reaccionar o escapar. Y esa capacidad les daba la confianza que habían perdido y mejoraba su autoestima. ¡Qué malo debe ser vivir con miedo!

Ana me comentó que los padres de uno de los niños que nos había enviado ella le habían comentado el enorme cambio que habían visto en su hijo tras las primeras clases con Manuel. Era un crío que sentía miedo de ir a clase porque había un grupo de abusones que se metían a diario con él. Tras unas clases y muchas conversaciones su actitud se había ido transformando y se sentía capaz de enfrentarse a sus rivales con valentía. Había vuelto a tener ganas de ir al colegio y ya no se escondía.

Sabía que esta clase de entrenamiento era la mejor arma para este tipo de personas, puesto que podían volver a recuperar la confianza en sí mismas y se enfrentaban al mundo desde otra posición. Ya no se trataba de víctimas asustadas e indefensas. Ahora, con unos pocos meses de trabajo constante y con la ayuda psicológica que les brindaba Sara, se mostraban al mundo llenos de confianza y seguros de sí mismos. Aprendían que podían enfrentarse a los problemas y a defenderse de los ataques contraatacando y no escondiéndose por miedo.

Manuel sabía mucho del tema y se había preparado como policía para ayudar a las víctimas de agresiones de manera que les brindaba apoyo y comprensión. Los críos veían en él un referente fuerte y seguro que creía en ellos y las mujeres se empoderaban con sus clases y encontraban en él un amigo en el que confiar.

Esa faceta también la adoraba yo. Me encantaba que quisiera proteger a todo el mundo, que sintiera que debía llevar las riendas en las situaciones complicadas, que actuara como un líder o un cabeza de familia. Te daba la sensación de que estando con él todos los problemas tenían solución. Era como un frondoso árbol esperando cobijar a todos los que tenía a su alrededor. Supongo que se convirtió en el héroe de la escuela y a todos nos gustaba contar con él.

Con un hombre así cualquier persona en su sano juicio habría querido formar una familia, pero yo no. Yo quería que estuviera en mi vida, aunque no despertaba en mí más que sentimientos de cariño y de una amistad maravillosa. Si hubiese estimulado las sensaciones que despertaba Marc habría sido el hombre perfecto. Si no hubiese aparecido Marc en mi vida todo habría sido mucho más fácil para todos.

Cuanto más lo pensaba más me atraía la idea de descubrir qué pasaría si me lanzaba con Marc, si me dejaba llevar y me arriesgaba por una vez. Quería estar con él aunque solo fuera una vez para saber cómo era. Debía hacerlo cuanto antes porque cuanto más tardara más difícil me lo pondría Manuel, y no quería hacerle daño.

El despertar del arte

De vuelta al apartamento volví a situarme frente a un lienzo en blanco para continuar con lo que se había convertido en una obsesión por pintar zonas del cuerpo de Marc. Había grabado en mi mente los detalles de su cuerpo mientras realizábamos los ejercicios y quise plasmarlos fielmente en un cuadro.

Soñaba con que era como el conjuro de una bruja. Debía conseguir dibujar su cuerpo al completo para que al terminarlo cayera hechizado a mis pies, como en los cuentos de hadas.

Cogí el carboncillo y tracé dos arcos que formarían el eje de una silueta realizando la postura del guerrero. Los brazos estirados y las piernas soportando el peso del cuerpo. Era una figura que adoraba realizar en las clases porque te permitía tomar conciencia de tu fuerza y de tus puntos de anclaje a la tierra.

El detalle de la musculatura de sus brazos y de sus muslos era proporcionado, equilibrado. La musculatura abdominal adquiría toda su fuerza cuando llegaba a la altura de las caderas, marcando una pelvis digna de un bailarín del *ballet* ruso.

Cuando terminé lo observé con sumo detenimiento y me sentí orgullosa de la destreza que estaba volviendo a coger al trabajar con el carboncillo y con las sombras. Era como dibujar un *David*.

Marc había conseguido que despertara en mi interior una técnica que hasta ese momento no me había interesado. Había dejado atrás la explosión de emociones y la fuerza de los trazos desordenados de mis murales para dar paso al estudio del detalle y el ansia por obtener una fotografía lo más real posible del modelo.

Al contemplar el resultado me sentía satisfecha conmigo misma. Era una sensación vibrante el tener una musa que me despertara esa faceta que había dejado olvidada. Me volvía a sentir artista de nuevo, con su locura, su excitación y su pasión. Al terminar un cuadro experimentaba algo parecido a un orgasmo de sensaciones que pasaban por la alegría, la euforia, el orgullo y un subidón de autoestima maravilloso.

Liberada y relajada me acosté y disfruté de un sueño profundo y reparador. Había estado muchos días dándole vueltas al coco y mi cerebro debía hacer una pausa para ordenar mis ideas de forma más coherente.

La conversación con las chicas había puesto un poco las cosas en su sitio y me sentía mejor después de haberlo compartido con ellas. En especial con Vito. Me encantaba saber que siempre era capaz de producir ese efecto en mí. Cuando yo no encontraba la salida del laberinto llegaba ella para mostrarme el camino. Era genial contar con alguien tan especial en mi vida.

A la mañana siguiente, con las pilas totalmente cargadas, me dirigí al local y empecé la clase de los sábados de muy buen humor.

Me encantaba el grupo de los sábados, y la clase en el parque un día soleado era lo más. Al fin de semana apenas se oía el ruido cotidiano de la ciudad, ni el rugido atronador del tráfico y las ambulancias. Los críos no tenían colegio y la plaza a primera hora estaba desierta. Daba la sensación de haberse puesto en pausa en ritmo vertiginoso de la urbe y habernos teletransportado a un lugar totalmente distinto. El claro de un bosque o el parque de un pequeño pueblo de montaña.

Nos situábamos en el centro del parque alrededor de una pequeña fuente donde brotaba una cascada. El murmullo del agua al chocar con las rocas emulaba el sonido de un arroyo pirenaico. Era el escenario perfecto para trabajar la meditación y disfrutar de un momento de paz interior. Los alumnos participaban de buen grado y se dejaban guiar paso a paso, ya que sabían que la recompensa a su atención sería alejar el estrés de toda la semana para dar paso a un estado de serenidad que los acompañaría el resto de la jornada.

Y creí que era el mejor momento para que se conocieran Manuel y Marc, aprovechando ese estado de bienestar interior y de serenidad.

Los alumnos se situaron en semicírculo y a mi derecha se colocó Manuel como de costumbre. Marc se sentó a mi izquierda, pues era el alumno novel y tenía que guiarle con mayor atención.

Realizamos varios saludos al sol para calentar y estirar. Seguimos con la forma de los dieciséis movimientos del estilo Yang del taichí chuán y el automasaje que inducía al cuerpo un estado de calma previo a la meditación en sí.

Tras la meditación dimos por finalizada la sesión. Presenté a los chicos y los dejé hablando mientras despedía al resto del grupo.

Me giré hacia donde estaban ellos y los observé curiosa por saber qué tal les iba. Me sorprendió observar que estaban hablando animadamente sobre el taichí y sobre la forma de realizar correctamente los movimientos. Manuel le explicaba que había aprendido conmigo y que eran los movimientos de lucha del judo, pero de forma más pausada y tomando más conciencia sobre ellos mismos y sobre la postura del cuerpo. Que él llevaba pocos meses practicándolo, aunque yo era una maestra extraordinaria y que había conseguido que se enamorara del taichí.

Al oír a Manuel hablar así de mí me sonrojé y me uní a la conversación aclarándole las dudas a Marc de manera constructiva, intentando parecer profesional para disimular mi atracción hacia él delante de Manuel.

Me sorprendió ver lo a gusto que se sentían ambos hablando y bromeando sobre las dotes para la enseñanza de una servidora, pero, por otro lado, me alegré de ver que se habían caído tan bien. Me daba miedo imaginar que Manuel se sintiera celoso y que eso provocara una situación incómoda entre nosotros. Sin embargo, fue todo lo contrario.

De hecho, al llegar al gimnasio propusieron continuar la conversación en la sauna y no tuve más remedio que aceptar.

Cuando entré en la sauna ellos ya se habían duchado y estaban sentados frente a frente. Llevaban la toalla enrollada en la cintura y su piel brillaba por el agua. El pelo húmedo les goteaba por la espalda. Era una imagen excitante. Dos cuerpos fuertes y tonificados, desnudos

ante mí. Creí que me iba a desmayar del gusto, así que sin armar demasiado revuelo me senté discretamente en el centro para recrearme mirándolos a los dos.

Entre el vapor, el calor y la escena que se representaba ante mis ojos creí estar muerta y en el paraíso de las mujeres promiscuas. Necesité ir refrescándome de vez en cuando para no sufrir una lipotimia. Intentaba entablar conversación o participar en la suya, aunque mi mente estaba noqueada y no podía parar de imaginar escenas de películas eróticas poseyendo y siendo poseída por esos dos deliciosos cuerpos.

De pronto, Manuel dijo tener una idea y salió de la sauna dejándonos solos un momento.

—Manuel es un tío genial, me cae de maravilla y tenemos mucho en común. Gracias por presentármelo y por todo lo que estáis haciendo por mí. Me encantan todas las actividades que me proponéis y hacía mucho tiempo que no me encontraba tan a gusto con nadie —confesó tímidamente.

—La verdad es que te has integrado la mar de bien en las clases y no hace falta decir que nos encanta que te encuentres tan a gusto aquí; el sentimiento es mutuo —contesté sintiendo cómo me iba ruborizando e intentando que no lo notara en el tono de mi voz.

Hacía tiempo que solo se relacionaba con el grupo de corredores con el que entrenaba y desde que se había lesionado había cortado el contacto con todos sus amigos.

—Gracias por acogerme en vuestra peculiar familia.

Yo estaba encantada de oírle decir eso, y Manuel debió pensar lo mismo porque regresó con tres copas y una botella helada de cava.

—Esto hay que celebrarlo —dijo sonriendo—, no todos los días se conoce a un amigo con quien compartir tantas aficiones comunes.

Brindamos, y al hacerlo, Marc y yo nos miramos a los ojos con una mirada cómplice que le decía todo. Me vi obligada a apartar la mirada para disimular ante Nel. Tomamos un sorbo y estaba delicioso. Era una situación idílica. Allí sentados los tres, sudando, bebiendo, riendo y planeando un sinfín de actividades para disfrutar juntos. Tenía muy buena pinta.

Justo en ese momento un pensamiento bloqueó mi atención: ¿era aquel el momento más feliz de mi vida? ¿Podría mantener mi amistad con Nel a pesar de mis sentimientos hacia Marc? ¿Sería capaz de controlar la situación?

Era una nueva vida y no me había marcado más que ocho normas; por el momento las había respetado todas. Había llegado el momento de redactar la siguiente:

9. Permitirme ser feliz disfrutando de la vida como si no hubiera un mañana.

Ya había desperdiciado muchos años y no quería desaprovechar los que me quedaran. Mi vida estaba en pleno proceso de creación. Me estaba reencontrando como artista y reinventando como profesional, había ampliado mis amistades y había encontrado el amor. No perdería el tiempo, tenía que aprovecharlo al máximo ahora que estaba en racha. Me lanzaría a la piscina de cabeza.

El beso

Sin darme cuenta había llegado el verano, y mis cuadros sobre Marc ya se podían considerar una serie digna de exponerse en una galería.

Las tardes de *jacuzzi* y sauna me habían brindado la posibilidad de estudiar su cuerpo al detalle y lo había plasmado en mis lienzos hasta la saciedad. Su espalda, sus brazos, su perfil, sus piernas, abdomen y, en especial, sus ojos. Esa mirada profunda, intensa, tímida, desafiante, que me perseguía desde el primer día en que nos vimos y que protagonizaba la mayor parte de mis sueños.

Soñaba con sumergirme en ella para intentar descubrir qué escondía en su interior. Deseaba besarle y mordisquear esos carnosos labios. Temblaba al imaginarme rodeada por sus brazos y entrelazada a sus piernas. Imaginaba cómo debía sentirme al estar conectada a él en el momento más íntimo; su calor, su presión, sus manos..., mi éxtasis.

Cuando empezaba a imaginar que aquellos cuadros cobraban vida era el momento de darse una ducha fría para entrar en razón o, por el contrario, un baño caliente para dejar a mi imaginación disfrutar del placer de soñar con una pasión que se revolvía en mi interior. Seguía esperando el mejor momento para declararme o provocar un paso más en nuestra relación, no obstante, nunca encontraba el momento apropiado.

En el dojo o en la sala siempre había miradas furtivas y roces entre nosotros. Me encantaba ese juego inocente, pero quería pasar ya a otro nivel. Llevábamos varios meses compartiendo tiempo juntos y con mi gente. Habíamos quedado a cenar y a tomar tapas varias veces con Vito y los chicos. Marc se los había llevado a todos al huerto con su forma de ser.

Vito decía que era perfecto para mí; Sara me confirmaba que estaba cuerdo y que no parecía un psicópata a simple vista; Ana soñaba con que tuviera un hermano gemelo, y a Bruno le encantaba que odiara el fútbol y adorara el karaoke.

En las cenas semanales del equipo técnico de la escuela ya se había convertido en un habitual. Al entrenar con Nel a última hora me esperaban juntos hasta que cerrábamos. Se explicaban todo como si fueran amigos de toda la vida y quedaban para compartir el *jacuzzi* y la sauna tras los entrenos. Habían descubierto que tenían muchas cosas en común. Se llevaban muy bien y, en cierto modo, yo me sentía un poco desplazada cuando ellos se enzarzaban en sus discusiones interminables sobre cualquier tema que saliera a la luz.

En cambio, Ali y Carmen veían cómo me relacionaba con ellos a diario en el dojo y no pensaban lo mismo que los demás.

Carmen pensaba que era un encanto; educado, soltero y brillante. No entendía por qué aún no le había saltado encima. Y que si tardaba tanto era porque realmente quería a Manuel.

—A las mujeres nos atraen los chicos malos, pero, en el fondo, para unirnos y formar una familia buscamos la seguridad y el confort de alguien sensato que se preocupe por nosotras y nos cuide a diario —solía decir.

Yo le respondía que estaba chapada a la antigua y que ahora las mujeres ya no buscábamos ese tipo de relación, aunque siempre me preguntaba si no tendría algo de razón y que por ese motivo nunca encontraba el momento adecuado para decidirme a dar el paso con Marc.

Tenía claro que quería tener una historia con Marc, aunque sin dañar a Nel.

Ali me aconsejaba que me quedara con Manuel. Decía que Marc estaba muy bien, pero que veía cómo nos comportábamos con Nel en el dojo y que se notaba que había algo especial entre nosotros. Que si con Marc solo había atracción física un día me arrepentiría de no haber elegido al hombre que me complementaba, el hombre que se desvivía por mí.

Incluso Bea y Rafa habían empezado a quedar con nosotros para cenar a petición de Marc. Rafa era el único amigo que le quedaba pues, desde que se dejó con su ex, no había vuelto a quedar con las antiguas amistades que compartían. Había cambiado de ciudad y no había estado mucho por la labor de socializar con nadie de fuera del trabajo, aparte del grupo de *running*. Sus compañeros de trabajo eran unos muermos o muy mayores. Y al viajar tanto y ausentarse continuamente de la oficina no sentía la necesidad de relacionarse demasiado con ellos.

Se pasaba el día esperando a terminar de trabajar para venir a cobijarse en nuestro pequeño club. En alguna ocasión me había comentado que se sentía como en casa cuando llegaba a la escuela. La calidez con que le recibían las chicas y lo mucho que le ayudaba Manuel eran muy importante para él.

Reconocía que había estado muy preocupado por su salud y que ahora se sentía mucho mejor y diferente, ese peso que llevaba en el corazón después de la ruptura con Megan estaba empezando a ser más ligero. Que todo se lo debía a Bea por habernos presentado.

Varias veces me había agradecido todo lo que estaba haciendo por él y me aseguraba que nunca se había sentido tan bien con otra mujer. Nuestra amistad le estaba ayudando a cambiar la forma de ver el mundo y que cuando estaba a mi lado tenía más ganas de vivir.

Yo en esos momentos en que me revelaba sus sentimientos más profundos me volvía loca de ganas de abrazarle y besarle, pero no sabía por qué su lenguaje corporal me decía que no era el momento.

Bea creía que Marc estaba enamorándose de mí, él siempre le hablaba maravillas sobre nuestras clases en el local y que se lo pasaba muy bien con mis amigos. Que desde que era un asiduo en nuestro selecto círculo de amistades había dejado de hablar del pasado y que solo quería vivir el presente a tope. Que había cambiado tanto que a veces le costaba ver al antiguo Marc en esa persona que tenía delante ilusionado por la vida y con tantas ganas de volver a ser feliz.

—No te puedes hacer una idea de lo que habéis conseguido Manuel y tú con Marc, no es el mismo desde que está con vosotros —nos repetía sin cesar.

Salíamos juntos y disfrutábamos los tres de nuestra compañía, a nuestro modo todos aportábamos algo imprescindible a nuestra relación.

Manuel intentaba por todos los medios involucrarme en sus planes para que fuéramos los tres juntos a todas partes, cines, cenas, salidas..., con la intención de estar más unido a mí y que me fuera enamorando poco a poco más de él. Y yo, sin embargo, invitaba a Marc con la excusa de que estaba solo para estar con él y hacer que se fuera enamorando un poco más de mí.

Nel, en lugar de sentir celos de Marc, disfrutaba mucho en nuestras reuniones y siempre era muy atento con él. Y conmigo lo cierto es que era un encanto. Cuando salíamos a cenar pasaba a buscarme por casa y me traía algún detallito en plan flores, vino...

El día de mi cumpleaños, los chicos me habían preparado una fiesta sorpresa precuarenta.

Vito me regaló una entrada para ir al concierto de Sabina aquella misma noche, mientras Sara, Ana y Bea organizaban la fiesta sorpresa en el bar de Bruno.

Habían llenado todo el local de globos de colores y preparado un sinfín de tapas para picar. Bruno recopiló mi música preferida y la lista del karaoke que más nos gustaba cantar cuando estábamos pedos. Carmen me hizo una tarta deliciosa con un pequeño dojo y una karateka de azúcar decorándola que hasta se me parecía.

Ali se encargó de la logística e hizo que vinieran mis padres el momento de la tarta, las tarjetas de felicitación y el regalo conjunto que me hicieron; un precioso kimono de seda natural de color blanco con unas gruyas azules pintadas a mano.

Cuando llegamos con Vito y encendieron las luces corrieron todos a felicitarme y abrazarme. Estaba encantada con la sorpresa y me hizo muy feliz ver que toda la gente que me había ayudado estaba conmigo para felicitarme los treinta y nueve.

De forma instintiva lo primero que hice fue buscar desesperadamente a Marc entre la gente, y cuando le vi detrás de la barra ayudando a Bruno a llenar las copas de cava para el brindis me asaltó una ola de felicidad interior. Estábamos todos.

Manuel se acercó a mí y pasando de todo el mundo y del regalo conjunto, me regaló una gargantilla muy fina de oro blanco con el símbolo del *yin* y el *yang* con dos pequeños brillantitos.

—No me he podido resistir cuando la he visto, estaba esperando llegar a tu cuello —dijo sonriendo.

—Es preciosa, Nel, ¡me encanta! —contesté emocionada por el detalle.

Nadie me había regalado algo con tanto significado para mí y no pude resistirme a aceptarlo. Había sido un gesto precioso y esa vez no me molestó besarle. Al acercarme a sus labios comprobé que tenía una pequeña herida y le besé con dulzura por el otro lado. Él se sorprendió en un principio y agradeció que no le besara la herida, pero no desperdició la oportunidad y, sin dudarle, me abrazó y me devolvió un beso triunfal que le debió saber a gloria porque se quedó mudo por primera vez desde que lo conocía. Al igual que el resto, que se quedaron atónitos ante nuestra revelación.

Y de pronto pensé; «¿Qué has hecho, María?», y volví a recorrer el bar en busca de Marc para comprobar si había visto mi metedura de pata y, efectivamente, ahí estaba él con la botella de cava en la mano y su mirada fija en nosotros.

Sin saber cómo reaccionar me separé de Manuel y disimuladamente busqué la ayuda de Vito porque no sabía dónde meterme. Vito, que me conocía mejor que yo misma, salió a mi auxilio y me llevó a la barra con la excusa de ir a repartir las copas entre los asistentes para realizar el brindis. Una vez en la barra Marc salió de detrás y se acercó a mí. Me felicitó y me besó en la mejilla dulcemente.

Sabía que no debía comentar nada porque a esas alturas ya me conocía lo suficiente como para saber cuándo necesitaba un pequeño respiro. Y ahora me urgía respirar mucho para asimilar la gravedad de la situación.

Opté por hacer como si nada hubiera pasado, ya que no podía estropear la increíble fiesta que todos me habían preparado solo por un beso, por un acto reflejo sin importancia, o ¿tenía más importancia de la que yo quería darle?

Aquella noche fue la primera vez que se percibió algo extraño en el ambiente. Nuestra relación se había enrarecido, sobre todo para mí, que no sabía dónde esconderme.

Bea me ayudó a repartir las copas y me acercaron la tarta para que soplara la vela. Había llegado el momento de pedir un deseo. Tenía a Marc a mi derecha y a Manuel a la izquierda. En frente veía a Vito y a Bea mirándome sorprendidas. Creo que ellas en ese momento sabían exactamente en la encrucijada en la que me encontraba, ¿con quién compartiría mi deseo de cumpleaños?

Y allí estaba yo rodeada de amigos y de mis padres, con mi pretendiente y mi pretendido, sin saber qué pedir de deseo precuarenta. Así que antes de jugármela más hice lo que me pareció la elección más sensata y menos peligrosa. Cerré los ojos, inspiré hondo y mientras soplabo lentamente el treinta y nueve deseé TENER MUCHA SALUD.

Durante la fiesta comimos, bebimos y bailamos. Manuel estaba algo descolocado, pues tras el beso público me había pasado la noche esquivándole. Y Marc estaba raro, forzaba las conversaciones intentando que ninguna le llevara a comentar la nueva situación en la que se encontraba nuestra relación tras aquel beso.

Yo estaba hecha un lío. Mi intención había sido agradecer un detalle precioso de un amigo y mi beso no había escondido segundas intenciones. Pero sabía que a ojos de Nel aquel beso era el principio de nuestra relación, ya no como amigos especiales, sino como algo más intenso, el principio de nuestro amor.

No quería herirle de nuevo y no sabía cómo aclarar el malentendido sin humillarle otra vez y sin destrozarnos nuestra amistad para siempre.

No quería que Marc se separara de nosotros pensando que nos habíamos declarado o algo así. En realidad, lo que más me asustaba era perderle. No tenerle antes de tenerle de verdad. Aquella noche era a él a quien quería besar. ¿Por qué lo había hecho al revés? ¿Había sido mi subconsciente de nuevo?

Lo había estropeado todo la noche en la que habría sido perfecto intentar dar el primer paso para tener a Marc en mis brazos y ahora no sabía dar marcha atrás.

Solo me quedaba intentar sobrevivir y centrarme en disfrutar de la fiesta con las chicas para no comerme el tarro el resto de la velada.

Bruno preparó una ronda de chupitos en la barra a petición de Sara que se había percatado de todo y fue el capote que me permitió darle un giro a la situación.

Empezamos a brindar y a celebrar de verdad nuestra amistad, y tras varias rondas de chupitos y bastantes copas de cava el karaoke me hizo olvidar la poca dignidad que me quedaba y empezamos a aullar nuestra selección musical favorita.

Marc se había marchado antes de acabar la fiesta y a Nel le pedí que no me esperara porque se notaba que le pasaba algo y que no estaba muy a gusto en la fiesta. Preferí volver con Vito a casa y poner algo de tierra de por medio para reflexionar y aclarar mis ideas antes de enfrentarme a su escrutinio.

Al ser domingo el día siguiente me daba cierto margen para repasar los acontecimientos y buscar posibles alternativas para actuar con la cabeza más fría.

Nos despertamos con Vito acompañadas de nuestras respectivas resacas, y sin mediar palabra me fui a dar una ducha de agua bien fría para calmar el dolor de cabeza. Al salir del baño me sorprendió el delicioso aroma a café recién hecho.

En la mesa había un zumo de naranja y limón, una tostada con aceite y sal para asentar el estómago, un paracetamol y mi deliciosa taza de café. Ese tipo de detalles tenía Vito y por eso la adoraba tanto. Sabía que tras una noche de juerga mi cuerpo se descomponía y me encontraba mucho peor que el resto de los mortales. «¡Nunca aprenderás a beber!», solía decir, mientras ingería su zumo recién exprimido. Y yo cual niña avergonzada me tomaba la pastilla y asentía con resignación.

Preferí no tocar el tema, pero ella insistía y al final no hubo más remedio que analizarlo bajo otro prisma.

—¿Te gusta Manuel? —preguntó confusa—. Si decías que querías enrollarte con Marc, ¿por qué besaste a Manuel delante de todo el mundo?

—Eso mismo me estoy preguntando yo desde el mismo momento en que solté sus labios —respondí a la defensiva.

—Creo que estás hecha un lío y confundes lo bien que te sientes con Manuel con algo más, y lo peor es que le das falsas esperanzas al pobre —finalizó Vito.

—¿Te crees que no lo sé y que no me arrepiento? A veces creo que me encantaría estar toda la vida con Nel porque me gusta mucho cuando estamos juntos, en el trabajo es genial, como amigo lo da todo y está por mí, me cuida, se preocupa... pero...

—¿Pero qué? Cualquiera mujer estaría encantada de encontrar a alguien así y compartirlo todo con él.

—Que cuando veo, oigo o siento que Marc está cerca mi cuerpo reacciona y solo puedo pensar en acostarme con él. No puedo parar de pensar en él y me paso las noches dibujando su cuerpo...

—Para, para, para... —me interrumpió en seco—, ¿qué es eso de que le dibujas?

Sin poder decir nada más me levanté del sofá y me dirigí a la galería donde solía pintar. Abrí la puerta y allí estaba Marc en todas sus posibilidades; sentado, de pie, entero, a partes, de frente, de espaldas..., y en el centro de todos los lienzos emergía su mirada.

Vito se sobresaltó cuando descubrió mi tesoro privado y sin articular palabra alguna se paseó entre los cuadros estudiándolos detenidamente, hasta que llegó ante sus ojos y esa penetrante mirada.

Se sentó en el diván del estudio y me miró con un gesto que se debatía entre la admiración por mi creación pictórica y el miedo al pensar que podía estar volviéndome loca.

—¿Te has obsesionado con él o has encontrado tu inspiración? —dudó preocupada.

—Creo que ambas cosas. Cuando estoy con él siento cosas tan intensas que luego a solas necesito pintarlas para volver a sentirlas. Sé que parece una locura; cuando llego a casa y cojo el pincel es como si acariciara su cuerpo y le hiciera el amor, y al terminar descubro que he acabado otro cuadro. No puedo parar. Creo que no pararé hasta que sienta realmente su cuerpo en mí. Solo entonces descansaré.

—¿Pero tú te estás oyendo? Estás desvariando —elevó el tono de su voz alarmada ante mi revelación.

La verdad es que al oírlo en alto no me parecía tan buena idea compartirlo con los demás. Igual sí que estaba algo majara. Si Vito reaccionaba así, ¿cómo iba a reaccionar Marc cuando se lo confesara? Sin darme cuenta empecé a llorar desconsolada. Se había roto algo en mi interior y me daba miedo dejar de sentir lo que me había hecho vibrar durante tantos meses.

—¿Le has enseñado esto a alguien más?

—No.

—Vale, pues pensemos qué hacer para que no te encierren en un psiquiátrico y a ver cómo se lo cuentas a Marc.

—¿A Marc por qué? —pregunté angustiada.

—Porque si ve esto y no le has avisado va a pensar que le estás acosando, que estás pirada, en plan *Atracción fatal*.

—¿Y cómo le voy a explicar que le he dibujado todas las noches desde que nos conocimos? Va a pensar que soy peligrosa y pedirá una orden de alejamiento contra mí —sollocé.

—Ya lo pensaremos, por ahora no se te ocurra traerlo aquí y no le enseñes esto a nadie. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —confirmé sin rechistar.

Nos abrazamos y salimos del estudio cerrando las puertas en silencio.

El amor

El lunes trabajé la jornada continua, pues Manuel tenía un tema policial que solucionar y no podía encargarse de los entrenos de la tarde. Durante la mañana entre clase y clase no dejaba de pensar en mis chicos y el jaleo que se había formado tras el dichoso beso. Pero la tarde pasó volando, el ritmo de las clases de los niños no me dio ni un respiro y pude desconectar y centrarme en disfrutar de su compañía, sus juegos y sus risas. Las clases de karate eran terapéuticas para mí, en ellas me sentía como una cría de nuevo y mis alumnos eran un grupo de monstruitos encantadores y cariñosos.

Al salir me esperaban Carmen y Ali con ganas de husmear en mi vida y saber si por fin mi relación como pareja con Manuel era ya oficial. Logré esquivarlas mintiendo e inventándome una supuesta cita con mis padres para cenar.

En casa, lejos de relajarme en mi refugio, volvieron los nervios y la ansiedad. Abrí las puertas de la galería y ahí estaba él, Marc. Me senté en el sofá para admirar sus retratos y me quedé dormida mirándolos.

Por la mañana me dediqué a limpiar la casa a fondo y me fui de compras para intentar relajarme. No tenía clases esa mañana y por la tarde se encargaría Manuel de todo. Había llamado a Vito para desahogarme, pero tenía mucho trabajo y no podía quedar. Lo intenté con Bea, aunque tampoco pudo para comer porque estaba de viaje. No me quedó más remedio que irme sola al parque para intentar aclarar mis ideas.

Hecha un completo lío y enfadada conmigo misma decidí afrontar la situación con la mayor madurez posible. Me dirigí a la escuela a pesar de la hora, esperaba encontrar a Manuel entrenando y aclararlo todo con la mayor delicadeza posible.

Tenía que intentar salvar nuestra amistad a cualquier precio porque no quería imaginarme mi vida sin él, sin su apoyo, sin su ayuda y comprensión.

Empecé a practicar mil veces mi discurso en la cabeza intentando tener preparadas todas las posibles variables y disponer de diferentes soluciones o respuestas ante cualquier reacción que Nel pudiera tener.

Todas me parecían frías e interesadas, egoístas e hirientes. No se merecía que le tratase de esa forma y me odiaba por ello. Estaba tan afectada que incluso se me pasó por la mente olvidarme de Marc y conformarme con Manuel. Pero sabía que si volvía a «conformarme» con la situación me fallaría a mí misma una vez más y contradeciría mis nuevas normas. Eso tampoco era justo para Nel.

No quería volver a ser la María de antes, a los viejos vicios y a mi antigua vida, sin pasión, sin ilusión, sin lucha.

Estaba segura de que Manuel me quería y que, a pesar de no sentirse correspondido, al menos escucharía lo que tenía que decirle. Tenía que escucharme.

Entré en la escuela, todo estaba en silencio y ya se habían ido las chicas. Se veía una silueta a través del cristal del dojo y reflejado en el espejo vi a Manuel practicando una kata.

Llevaba el pantalón del kimono y una camiseta de tirantes de algodón que solía usar cuando hacíamos taichí juntos en el parque. Estaba sudado por el ejercicio y tenía el pelo húmedo.

Concentrado, en silencio, iluminado por una tenue luz parecía un ninja preparándose para el combate. Sus movimientos secos y precisos denotaban la maestría propia de los expertos en kung fu.

Sus músculos estaban tensos y sus pies descalzos se arrastraban sobre el tatami sigilosos. Sus fuertes manos se desplazaban acariciando el vacío con la dulzura de un bailarín y la precisión de una flecha.

Me quedé tras la puerta observando la belleza de la escena conteniendo el aliento para no ser descubierta. Era precioso ver su cuerpo moviéndose con semejante elegancia. Sentí el deseo de unirme a su baile y compartir ese momento mágico con él, pero tenía miedo de dejarme llevar y acabar haciendo lo contrario de lo que pretendía.

De pronto, en uno de los giros vio mi reflejo en el espejo y descubrió mi silueta tras la puerta. Paró en seco y colocado frente a mí realizó el saludo Oss. Se arrodilló e hizo una reverencia. Sabía perfectamente que yo entendería su significado. Me estaba dando a entender que resistiría y seguiría sufriendo por mí. Ya no era solo una muestra de respeto hacia mi persona como sempai, era la promesa de seguir luchando por mí hasta las últimas consecuencias. Me estaba declarando nuevamente su amor.

Me conocía tanto el hombre que se postraba ante mí que no necesitaba decir nada para declarármelo todo. Habíamos llegado a un punto de confianza y complicidad digno de almas gemelas. Éramos uno en dos cuerpos, dos piezas de un mismo puzle, un engranaje perfecto..., ¿por qué no me bastaba con eso? ¿Por qué tenía que desear más? ¿Por qué había aparecido Marc en la ecuación?

No tuve más remedio que entrar y situarme frente a él para devolverle el saludo. Me arrodillé inclinando mi vientre hacia abajo y apoyé los puños sobre el suelo. Al agachar la cabeza sentí por Manuel el mismo respeto que él me demostraba. Y al levantar la cabeza nos quedamos los dos sentados en seiza, mirándonos a los ojos fijamente, sonriendo, relajados, compartiendo unos minutos de calma total ajenos a todo a nuestro alrededor.

Estábamos solos, tranquilos y, sin darnos cuenta, volvíamos a estar besándonos de la forma más dulce con la que se puede besar a otra persona. Con tacto, con delicadeza, con mimo. Era un beso que expresaba el profundo amor que sentíamos el uno por el otro. El cariño que nos profesábamos. La ternura que despertábamos en el otro. Era un beso de amor verdadero. No surgía de las entrañas ni de las reacciones químicas, surgía del corazón.

Al separar nuestros labios su mano acarició con ternura mi mejilla y colocó un mechón de pelo tras mi oreja. Sus dedos siguieron por instinto recorriendo la piel de mi cuello y con sumo

cuidado empezaron a desabrochar los botones de mi blusa. Un suspiro salió de mi boca y se topó con su mirada cálida que, hipnotizada, no quería perderse detalle de aquel anhelado momento.

Acaricié mis pechos con el dorso de la mano y me quitó la blusa con la misma ceremonia con la que le habría quitado la capa a una reina.

Sin poder pensar en lo que estaba sucediendo mi cuerpo empezó a reaccionar a su libre albedrío como si mi cerebro se hubiese puesto en pausa. Seguíamos bailando y nuestros cuerpos reaccionaban a los movimientos del otro con plena naturalidad.

Mis manos subieron su camiseta y se la quitaron como quien ayuda a desnudar a un niño dejando al descubierto un torso fuerte y unos abdominales dignos de un dios griego.

Mis dedos acariciaron la obra maestra que tenía ante mí y fundidos en un abrazo seguimos besándonos, acariciándonos, lamiéndonos y saboreando cada centímetro de nuestro cuerpo.

Hicimos el amor. Nos procuramos amor el uno al otro con el cariño que se prodigan los enamorados y llegamos al éxtasis fundidos en un abrazo.

Y con la misma atención con la que me había desnudado me tapó con la blusa y se tumbó a mi lado para cobijarme de nuevo. En silencio, sin palabras, sin preguntas..., y besándome el cuello nuevamente suspiró el «TE QUIERO» más sentido del mundo. Con todo lo que abarcaba, sin límites ni condiciones, sin rodeos, sin tapujos.

—Gracias, Nel, por quererme tanto —le respondí sintiendo mi corazón estremecerse de felicidad.

Y era cierto que le amaba. Quizás no sentía mariposas cuando entraba por la puerta, pero sí que se me dibujaba una sonrisa de oreja a oreja al verle aparecer. Quizás no se me aceleraba el corazón al tocarle, pero sí que calmaba mi corazón con su cariño. Quizás no le deseaba salvajemente, pero me había estremecido de placer con sus caricias.

Solo sé que el hecho de pensar en volver a hacerle daño me revolvía las tripas y el pensar en perderle me destrozaba el alma. Lo necesitaba en mi vida, me llenaba y me complementaba. Necesitaba sentirle cerca y le quería. Claro que le quería. Me importaba demasiado como para perderle. Tenía que mantenerle cerca, en mi vida, en mi corazón.

Puede que Carmen tuviera razón y en el fondo Marc fuera un capricho alimentado por mi obsesión al pintarlo. Igual le había idealizado y solo era una emoción hueca sin fundamento. Un encochamiento que casi provoca que perdiera a mi amor verdadero, a mi media naranja.

Tenía que descubrirlo. Debía asegurarme de no volver a equivocarme. Necesitaba aclarar mis sentimientos para no dañar a ninguno de los dos. Era el momento de hablar claro con Marc.

Nos vestimos y me acompañó a casa como de costumbre. Hacía frío esa noche y Nel se quitó la sudadera y me la puso sobre los hombros. Recorrimos la calle abrazados como las parejas normales y me gustó esa sensación, aunque Nel estaba extrañamente callado. Todo se había precipitado de forma vertiginosa y creo que necesitaba asimilarlo, aunque era tan natural sentirnos así de bien que disfrutamos de ese momento.

Al llegar ante la puerta de mi casa me preguntó si estaba bien y si nos veríamos al día siguiente en la escuela. Le contesté que estaba muy bien y que me había gustado mucho estar con él, pero que tenía que arreglar cierto asunto antes de empezar nuestra relación como pareja.

—¿Es por Marc? —quiso saber preocupado.

—Sí —tuve que contestar para no mentirle—, no hay nada entre nosotros, sin embargo, quiero dejar las cosas claras antes de empezar algo contigo, me cae muy bien y no quiero que se compliquen más las cosas.

—¿Le has vuelto a ver desde la fiesta?

—No, ¿y tú?

—He estado muy liado y tampoco le he visto.

—¿Ha pasado algo? —Ahora era yo la preocupada.

—Llámale tú y cuando sepas algo me dices.

—Nel, sabes que Marc me gusta mucho y pensaba que estaba enamorada de él, pero ahora que estoy contigo tan bien no sé qué hacer. Los dos sois muy importantes para mí, aunque creo que si nosotros empezamos algo más serio Marc se distanciará de nosotros y no quiero que vuelva a sufrir.

—No podemos depender de él para seguir adelante con lo nuestro.

—Ya, pero haremos las cosas bien y así nadie sale herido. Debo hablar con él primero. Piensa en cómo te sentirías si hubiese sido al revés.

—Lo entiendo —indicó, y con un beso en los labios se despidió hasta el día siguiente.

Así que nada más llegar al piso llamé a Marc y le dije que le esperaba para cenar al día siguiente en mi casa. Él aceptó de buen grado.

Para prepararlo todo con calma le pedí a Ali que anulara mis clases de la mañana y por la tarde fue Manuel quien me cubrió con los chicos, convencido de que necesitaba algo de espacio para asimilar lo que había pasado entre nosotros.

Arreglé la casa, y en especial la galería donde estaban los cuadros de Marc esperando a ser descubiertos por el modelo que tantas veces había imaginado desnudo en esa habitación. Tenía que verse ordenada si quería que pensara que tan solo lo había utilizado como modelo, no quería parecer una acosadora.

Él ya sabía que había estudiado bellas artes y que había pintado los murales de la escuela y de mi apartamento. Incluso me había dicho en varias ocasiones que admiraba que fuera tan polifacética y creativa. Ahora tendría la oportunidad de ver si realmente me admiraba como artista o si, por el contrario, saldría huyendo de mí.

Me había propuesto llegar hasta el final. Tenía que saber a dónde me llevarían todas esas reacciones impulsivas de mi cuerpo al estar ante Marc. Si ese deseo desenfadado era lo que estaba buscando o tan solo un capricho. Si mi instinto podría más que mi cordura.

Preparé una cena fría para no tener que estar pendiente del horno, una botella de vino para relajar el ambiente y música de fondo para crear un escenario confortable. La suave luz de las velas iluminaba de forma cálida la estancia. A falta de un buen fuego de tierra que caldeara el ambiente tendrían que valer unas velas aromáticas.

Me puse un vestido de seda negro de corte oriental que marcaba las curvas de mi silueta, con unas sandalias de tacón que alargaban mi figura y me obligaban a contonearme al andar para mantener el equilibrio. Me recogí el pelo con una trenza y me maquillé en tonos suaves.

Rodeando mi cuello, la gargantilla que me había regalado Manuel, y unos pequeños pendientes de brillantes decorando mis orejas.

¿A quién quería engañar? Estaba preparando una cita en toda regla y pretendía autoconvencerme de que iba a explicarle a Marc mi nueva situación con Nel. Pero en mi interior sabía que, aunque no fuera lícito, quería darme la oportunidad de explorar la posibilidad de sentir a Marc aunque fuera tan solo una noche y descubrir de una vez por todas si esa obsesión era real o una fantasía. No me arriesgaría a pasar el resto de mi vida preguntándome qué habría pasado sin haberlo intentado al menos una sola vez.

Sonó el timbre puntual como de costumbre. Al abrir la puerta me encontré con esa mirada capaz de desarmarme. Mi estómago dio un vuelco y mi corazón se disparó sin control. Pude contenerme, y sin hablar para que no me temblara la voz le invité a pasar.

Se había puesto unos tejanos desgastados y un polo negro entallado. Llevaba el pelo mojado de la ducha y peinado hacia atrás, lo que hacía que sus ojos parecieran más penetrantes todavía. Era la viva imagen de un amante de película francesa. Estaba muy atractivo y mi forma de mirarle se lo estaba confirmando.

A él también le gustó lo que tenía delante porque tras recorrerme de arriba abajo con la mirada tan solo pudo exclamar un «estás preciosa» que me llegó al alma.

—Creo que te debo una disculpa por desaparecer de tu fiesta de esa manera —dijo sin apenas saludar.

Me ofreció una botella de champán francés y un ramo de seis rosas negras espectaculares.

—¡Te has acordado! —exclamé profundamente sorprendida—. ¿Dónde las has encontrado? Me imagino que no viajando hasta Turquía para conseguirlas.

—La chica de la floristería me ha prometido que vienen directamente de Halfeti, como me explicaste. Me dijiste que era una especie muy difícil de encontrar y al verlas tenía que traértelas.

—Son preciosas, nunca las había visto al natural, solo en fotos o cuadros en la academia de arte —expliqué mientras las observaba con sumo detenimiento.

—En el lenguaje de las rosas son el símbolo de la pasión y el misterio. Sentimientos que has despertado en mí desde el primer día en que nos vimos en la escuela.

—Gracias, pero creo que debemos aclarar qué pasó en la fiesta —corté ruborizada por la vergüenza.

—Creo que lo dejaste bastante claro, lo que no entiendo es ¿qué hago yo aquí hoy?

—Quiero explicarte con calma qué ha pasado y en qué punto estamos ahora. No quiero perderte y no quiero que nadie salga mal parado de esta situación.

Sentí que me sonrojaba y sin saber cómo continuar llevé la botella de champán a la cocina y preparé una cubitera.

Regresé al salón y le ofrecí una copa de burdeos. Él la cogió y se la llevó a los labios. Se mojó los labios en el vino y mirándonos fijamente me besó. Pude saborear el vino en su boca. Y sin previo aviso nos encontramos arrancándonos la ropa y desnudándonos el uno al otro. El deseo era tan fuerte que no podía parar. Nuestros suspiros parecían gemidos. En mi interior un mar de

fluidos vaginales empezó a secretarse lubricando mi zona íntima y esa sensación de estar preparada para él me excitó aún mucho más.

Él estaba firme y duro, parecía que iba a reventar el pantalón a cada roce contra mi cuerpo. Me subió el vestido y me sentó sobre la mesa de cristal del salón. Separó mis piernas y me arrancó el tanga de encaje de un tirón. En ese momento mi excitación aumentó y creí que si no me penetraba en ese mismo momento me iba a volver loca.

Se desabrochó el pantalón y sin bajárselo del todo empezó a penetrarme con fuerza, una y otra vez, sin parar, sin aflojar, como si nos hubiésemos estado conteniendo toda nuestra vida hasta ese momento.

Sin parar de penetrarme me quitó la parte de arriba del vestido y me arrancó el sujetador, dejando mis pechos al descubierto. Empezó a lamerme los pezones y a mordisquearlos. Me sujetaba de las caderas y me movía a su antojo. Acarició mi cuello y sus dedos se toparon con la gargantilla. De pronto paró en seco y me giró haciendo que apoyara el vientre en la mesa. Volvió a separarme las piernas y me penetró por detrás. Yo me quedé en *shock* porque nunca me había atrevido a realizar sexo anal y las primeras acometidas fueron bastante dolorosas, pero a medida que se dilataba mi cuerpo el placer que me produjo no hizo más que aumentar. Me cogió con una mano el pelo y tiró de él hacia atrás a modo de riendas. Y así de indefensa y sumisa llegué a un orgasmo tan intenso que me temblaron hasta las piernas, justo en el momento en que él se corría dentro de mí.

Al terminar, jadeantes, exhaustos y algo conmocionados nos tumbamos en el sofá abrazados en silencio, intentando encajar lo que acababa de ocurrir.

No entendía el giro que habían dado los acontecimientos. Marc había visto lo que sucedió en la fiesta y venía dispuesto a todo. Me descolocó que él intentara dominar la situación, ya que en todos los posibles escenarios que había imaginado siempre era yo quien se declaraba y él se sorprendía. Había cambiado las reglas del juego y me tocaba jugar a ciegas.

Cuando Marc me miraba me sentía *sexy*, irresistible, poderosa..., como una leona antes de cazar a su presa. Mi cuerpo de forma natural se movía insinuándose, era un cortejo de apareamiento en un documental de animales salvajes. Era una pantera movida por un instinto sexual primario.

Nunca había tenido un sexo de ese tipo con nadie, nunca había permitido el sexo anal, nunca me habían destrozado la ropa ni me habían tirado del pelo. Todo aquello que me parecía humillante me había producido el mayor placer de mi vida. Era la primera vez que había tenido «Sexo». No habíamos hecho el amor, ni nos habíamos amado. No. Esto había sido diferente. Esto había sido visceral, primitivo, rabioso.

Cuando nuestros corazones recuperaron el compás y nuestra respiración se calmó, Marc sintió la necesidad de explicarse:

- Perdóname, María, no sé qué me ha pasado. No me podía controlar. Me has vuelto loco.
- Para mí también ha sido algo nuevo.
- ¿Te ha gustado? ¿Te he hecho daño?
- Un poco, aunque he disfrutado mucho.

—Eres increíble. Nunca había conocido a una mujer como tú.

Me levanté y fui a coger el kimono de seda que tenía tras la puerta del cuarto, y llené dos copas con el champán que había traído Marc.

Al ofrecerle una copa quiso hacer un brindis.

—¡Por las sorpresas de la vida!

Pero yo no pude brindar. Llevaba meses deseando que esto pasara y ahora que lo había experimentado no me sacaba a Nel de la cabeza.

—Te había pedido que vinieras para contarte que me había acostado con Nel e intentar salvar nuestra amistad, aunque ahora estoy hecha un lío —sollocé arrepentida.

Marc se quedó pensativo ante mi confesión, y visiblemente afectado empezó a vestirse de nuevo.

—¡No te vayas, por favor! —supliqué aterrada al pensar que todo podía perderse entre nosotros—. Antes de irte hay algo que debo enseñarte.

Justo en ese momento supe que debía confesarle lo de los cuadros antes de que se fuera. No tendría otra oportunidad. Me levanté y le llevé hasta la puerta de la galería de la mano. Una vez allí, sin mediar palabra, abrí las puertas y le mostré los cuadros que había hecho de él durante todos esos meses. Entró y los fue observando con mucho detenimiento, hasta que llegó al central, su mirada. Fue entonces cuando se giró y con una leve sonrisa concluyó:

—¿Qué significa esto, María?

—No he podido parar de dibujarte desde que entraste en la escuela por primera vez —revelé algo preocupada—, creo que me enamoré de ti en cuanto te vi.

—¿Y lo de los cuadros? —Era imposible dejar de mirarlos.

—Nunca he sabido gestionar mis emociones y el arte me ayuda a entender lo que siento en mi interior. Es mi forma de expresar mis sentimientos —confesé—. Cuando te conocí no pude evitar sentirme atraída por ti y cada día al llegar a casa necesitaba dibujarte según lo que había sentido aquel día al estar contigo.

—Pues me siento halagado. Pero si dices que estás enamorada de mí, ¿por qué te estás liando con Manuel? ¿Por qué no has hablado primero conmigo?

—Lo he intentado muchas veces; no sabía cómo hacerlo. Deseaba con todo mi ser que pasara lo que acaba de ocurrir, sin embargo, estos últimos días con Nel lo han complicado todo.

—¡No te haces una idea! —suspiró mirando al suelo.

No sabía a qué se refería, ahora que había cogido carrerilla tenía que soltarlo todo.

—Mira, hace tiempo que Nel me declaró sus intenciones y yo le rechacé porque ya me había enamorado de ti, pero la verdad es que le quiero mucho y quiero que siga en mi vida, me ayuda mucho y no quiero herirle. Fue ese cariño el que me impulsó a besarle el otro día y cuando fui al dojo para aclararlo con él no sé cómo acabamos acostándonos juntos y liándolo todo todavía más.

—Y hoy, ¿qué esperabas que pasara?

—La excusa era hablar contigo y contártelo todo, sé que, en el fondo, quería que ocurriera esto y sentirte al menos una vez. Sigo estando enamorada de ti y todavía te deseo más. No quiero

hacerle daño. ¿Te parezco una mala persona?

—Todo es muy complicado; el amor y el deseo son así, irrefrenables. Sé perfectamente que con Nel tenéis algo muy grande y no quiero meterme en medio de vuestra amistad, pero esta relación que tenemos los tres se está complicando tanto que creo que deberíamos hablarlo juntos y decidir qué hacemos a partir de ahora.

—Sabes perfectamente que eso significa que por lo menos uno de nosotros saldrá perdiendo, y yo no quiero perderos a ninguno de los dos, quiero que sigamos como hasta ahora. —Sin poder evitarlo empecé a llorar.

—Sabes que eso no puede ser. Es inevitable, las cosas han cambiado. Pero no llores.

Dejó la copa en la mesa junto a la paleta de pintura y los pinceles. Se acercó para consolarme y sin previo aviso desabrochó el lazo de mi cintura que ataba la bata.

—¿Qué haces? —cuestioné muerta de gusto.

—Disfrutemos de esta noche por lo que pueda pasar —murmuró ciego de deseo.

Acaricié mis pechos y mi abdomen. Y dejó que el kimono cayera al suelo descubriendo mi cuerpo desnudo.

Ahora era él quien observaba y se guardaba mi imagen en la cabeza para poder disfrutar de ella en la intimidad, como yo había hecho miles de veces. Y fue en ese momento en el que el sexo desenfadado dio paso a los besos y las caricias que nos habíamos saltado en los preliminares.

Se sacó los pantalones y completamente desnudos nos abrazamos y sentimos nuestra piel y nuestro calor. Empezó a besarme dulcemente y a acariciarme con suma ternura. Acabamos tumbados en el suelo de la galería, rodeados por todos sus retratos, sobre el kimono de seda haciendo el amor. Pero esta vez con calma, sin brusquedad, deleitándonos a cada beso, caricia y susurro. Saboreando cada roce y gozando nuevamente del cuerpo del otro.

Nos despertamos a la mañana siguiente en la cama abrazados. Eran las siete y teníamos un hambre voraz. Al levantarme sentí mi cuerpo y en especial mis genitales algo doloridos por el sobreesfuerzo el día anterior. Llevaba casi un año sin tener relaciones con nadie y en dos días había disfrutado de dos amantes excepcionales y de un sexo delicioso.

Sin ser capaz de disimular sonreí al pensarlo y me felicité interiormente por haber cambiado el rumbo de mi vida en todos los aspectos, incluido el sexual. Había experimentado cosas impensables para mí en mi antigua vida. Estaba orgullosa de haber conseguido cumplir con la séptima norma de mi decálogo personal y vivir la pasión en ambas relaciones. El único problema era que eran dos relaciones en un intervalo de tiempo de dos días con las dos personas que más quería en el mundo.

Nos sentamos a la mesa y nos comimos lo que debía haber sido la cena para desayunar. Tomamos café y al terminar decidimos llamar al trabajo y tomarnos un día sabático. Habíamos abierto la puerta a algo muy grande y desconocido. No podíamos seguir con nuestras vidas sin explorarlo todo. Así que volvimos a la cama y continuamos haciendo el amor durante horas. Fue una experiencia inolvidable.

Un pensamiento me asaltaba insistentemente, ¿qué pasaba con Nel? Me preguntaba una y mil veces.

Cuando al fin se marchó Marc de casa dejándome extasiada, llené la bañera y me sumergí en el agua caliente para dejar que el calor y las sales ayudaran a mi cuerpo a recuperarse. Había sido una verdadera maratón sexual y mi zona íntima estaba fuera de combate.

Ahora llegaba el momento de reflexionar sobre todo lo que había pasado y hacia dónde debía dirigir mis pasos.

No había sido muy ético mi comportamiento, ya que me había acostado con las dos personas que me gustaban y a las que quería, como en una especie de concurso para elegir al pretendiente adecuado.

Me repetía a mí misma que no les había engañado, en ningún momento les había prometido amor eterno, pero no podía evitar pensar que había traicionado a Nel al acostarme después con Marc con alevosía y plena consciencia.

Me había prometido que elegiría la pasión desenfrenada, y a su modo ambos me la habían proporcionado. Marc de una forma salvaje y primitiva, mientras que Nel había despertado en mí la pasión del amor puro y sincero.

¿Les había engañado a los dos o a ninguno? Éramos tres adultos disfrutando de unas relaciones consentidas y sin compromisos previos firmados. Era extraño, aunque no creía que debiera tacharlo de traición. Con Marc había ido de cara, aunque con Nel...

No quería sentirme culpable por amar y amar mucho a dos personas diferentes. Adoraba sus diferencias porque justamente eso los hacía únicos. Adoraba estar con ellos y disfrutar de su compañía porque cada uno a su modo completaba mi existencia y me hacía más feliz.

Necesitaba de cada uno cosas diferentes. De Marc su pasión y su fuerza, sus desafíos y provocaciones, que me hiciera sentir como una gata en celo, sentirme poderosa, sensual, sexual, lo prohibido, lo excitante, despertarme mojada soñando con mil fantasías sexuales desconocidas hasta ese momento, juegos y rituales excitantes fuera de control y de normas establecidas, lujuria, locura.

Y de Nel su comprensión, su cariño, su confianza. Necesitaba la seguridad que me proporcionaba estar a su lado, y con él podía ser cariñosa y dulce, tierna y romántica. Sabía que siempre podría contar con él, con su paciencia, su alegría, su magia..., formar con él un hogar, una familia, incluso tener unos hijos que despertaran mi instinto maternal. Nel sería mi vida y su corazón mi hogar.

Si Marc era mi presente, sin duda, Nel era mi futuro. Marc era la frescura de la juventud y Nel la serenidad de la madurez. Marc era la locura y Nel la sensatez.

¿Por qué tenía que elegir? ¿Por qué tenía que prescindir de uno de ellos? Era como tener que decidir qué parte de tu vida quieres mantener y cuál quieres dejar olvidada para siempre. Sería la elección más difícil de mi vida. Ambos me llenaban y los necesitaba por igual.

Para una mujer es igual de importante cuidar que ser cuidada, amar que ser amada, proteger y ser protegida, desear y ser deseada. Y ellos habían asumido cada uno un rol diferente y necesario para completarme. Fuego y agua, hambre y sed, amor y lujuria...

Me gustaba cómo me hacían sentir ambos y cómo era yo con ellos. De hecho, adoraba nuestra relación, la de los tres. Cuando estábamos juntos éramos mejores porque nos hacíamos más fuertes, más listos, más preparados. Cada uno aportaba a los demás y al grupo sus virtudes y dejaba que los otros le ayudaran con sus carencias. Nos habíamos convertido en un equipo y no sería nada fácil prescindir de uno de los miembros; ese vacío no se llenaría nunca.

Yo no quería elegir, prescindir de ninguno de los dos; perderlos ni perder lo que teníamos cuando estábamos juntos.

Sin encontrar una solución decidí que dejaría que fueran ellos quienes lo decidieran. Había estado con los dos y había disfrutado de ambos. Cualquier elección habría sido buena y ninguna era la ideal. Era un problema que nos atañía a los tres y debíamos resolverlo juntos. Aun a riesgo de perderlo todo. Eso sería lo más justo.

Manuel

Desde que había llegado a la ciudad desde Asturias ese fue el momento más feliz de toda mi vida.

Profesionalmente con el traslado había ganado puntos y el ascenso a subinspector del grupo de seguridad ciudadana me brindaba la oportunidad de coordinar y supervisar mi propio grupo de agentes. Trabajábamos sobre el terreno e investigábamos las denuncias de violencia de género, la vigilancia de las víctimas de malos tratos por orden judicial, casos de *bullying* escolar o acoso, incluso alguna denuncia sobre robos en la zona.

Por la mañana ejercía como policía en la comisaria y por la tarde como agente de campo, ya que conociendo a las víctimas podíamos profundizar mucho más en la investigación del caso o de otros asuntos policiales. Era perfecto. Además, trabajando como instructor de judo en la escuela podía adiestrar a mis hombres e investigar los casos que iban surgiendo en el barrio de primera mano.

Encontrar un dojo donde practicar el judo y dar clases a mis compañeros me reconfortaba. Entrenaría y enseñaría a otros una de mis grandes pasiones. Me sentía especialmente útil cuando ayudaba en mis clases al grupo de defensa personal, al tratarse de víctimas de malos tratos o mujeres vulnerables sabía que esa terapia las ayudaría a seguir adelante y sentirse fuertes. Me había estado formando para ello y así llevar a cabo de forma práctica y real las terapias a las víctimas.

Al dar las clases a los críos volvería a sentirme como uno de ellos y disfrutar de sus juegos y de la emoción de los primeros combates y competiciones. Veía que era un ejemplo para ellos y era un buen ejemplo. Quizás podría guiarles para que se convirtieran en buenas personas, seguros de sí mismos, alejarlos de las calles y de las drogas a través del deporte, ayudarlos a enfrentarse a sus problemas de cara, como en los casos de *bullying* o acoso escolar.

Y todo eso se lo debía a ella. María. La mujer que me había cautivado desde el primer momento en que la vi. En cuanto entré en la escuela para ofrecerme como instructor y la vi entrar con su kimono y su sonrisa supe que había caído hechizado. Me enamoré nada más verla. Creí que se me iba a parar el corazón cuando se acercó para darme dos besos al presentarnos y me quedé enganchado a ella.

Pero al conocerla mejor y compartir las clases fue cuando caí rendido a sus pies. Sus ideas, su forma de ver el mundo, su empatía con la gente, cómo trataba a los críos y a los alumnos, les brindaba su amistad y les daba confianza. Muchos de los chicos del barrio recurrían a ella cuando tenían problemas en casa o en el cole y ella siempre les aconsejaba e intentaba ayudar. En pocos meses el dojo-escuela se había convertido en su refugio. Allí se respiraba cordialidad,

seguridad y cariño. No era un gimnasio corriente era un refugio para todos y todos nos sentíamos parte de él. Como en una familia.

Los grupos se relacionaban en el *office* alrededor de la estufa para compartir su día a día tomando una infusión o un refresco. Se mezclaban las madres con los abuelos de yoga, los policías con los críos, los deportistas con los chavales del barrio, y eso provocaba que los lazos se estrecharan y todos formaran parte del proyecto.

María, con su forma de ser, nos había unido a todos y hacía que sintiéramos que todos y cada uno de nosotros éramos imprescindibles para que su pequeño sueño se hiciera realidad. Era suyo, pero consiguió hacer que el barrio también lo compartiera. Todos participábamos y nos sentíamos parte de él.

Esa capacidad de transmitir y su generosidad fue lo que me volvió loco de amor por ella. Necesitaba estar a su lado y ayudarla a dar forma a ese proyecto tan necesario para la gente del barrio.

Era la primera vez que conocía a una mujer que le apasionaran las artes marciales incluso más que a mí. Cuando la oía hablar de las tradiciones chinas, del taichí, del karate, del yoga, con esa pasión, se le iluminaba la mirada y yo me rendía a sus pies. Era maravilloso escucharla y ver cómo disfrutaba compartiendo sus conocimientos y sus experiencias. Teníamos tanto en común.

Cuando practicábamos juntos sentía que bailábamos una danza que se había escrito solo para nosotros. Sentía que se paraba el tiempo y que en el mundo solamente estábamos los dos.

Cada día intentaba mostrarle algo de mi ser que pudiera ir enamorándola, aunque ella solo veía amistad donde yo sentía el ardor de la pasión. Quería que se sintiera segura y protegida conmigo a pesar de ser una gran luchadora, era mi forma de expresarle mi amor. Quería que sintiera que podía confiar en mí y por eso siempre procuraba que habláramos sin tapujos de todo, con sinceridad, honestidad y respeto.

Habíamos empezado nuestra relación como colegas y al poco ya éramos grandes amigos. Nunca negué mis verdaderas intenciones y fui honesto con ella cuando me declaré. Me dolió muchísimo cuando me rechazó la primera vez que nos besamos; no la dejaría escapar. Era demasiado perfecta para no luchar por ella. La quería y sabía que si me daba una oportunidad haría que ella también me amara.

No me iba a dar por vencido.

Pero con lo que no contaba yo era con que apareciera Marc un buen día y lo cambiara todo.

Me lo presentó María y supe que íbamos a ser grandes amigos. Es esa sensación al conocer a alguien nuevo y te das cuenta de que te cae bien desde el primer momento. Cuando me explicó sus problemas supe de inmediato que podríamos ayudarla porque entre líneas también entendí que estaba pasando por la misma situación que yo había vivido al llegar a la ciudad.

Estaba solo, sin amigos ni familia. Su novia le había dejado y justo cuando encuentra al grupo de *running* y a Rafa, aparece el problema cardiaco y se acabó el correr. Volvía a estar como al principio.

Cuando nos conocimos y empezó a asistir asiduamente a las clases con María y a mis entrenos me dio la sensación de que se cogía a la escuela y a nosotros con la desesperación de quien lo ha

perdido todo. Fuimos su salvavidas en un océano de soledad.

En ese momento éramos todo cuanto tenía en su vida. Su trabajo ya no le apasionaba y su salud no estaba en su mejor momento. Su corazón estaba roto y su vida social era nula.

Le acogimos entre nosotros como quien recoge a un animalillo abandonado y se lo lleva a casa para darle una segunda oportunidad, y así había reaccionado él al ofrecimiento.

Se integró en nuestro grupo enseguida y pasó a ser una pieza clave en la vida de la escuela. Nuestra relación se fue intensificando a medida que nos conocíamos y compartíamos con María nuestro tiempo, el amor por la escuela y también nuestro ocio.

Era un tío majo, divertido, educado, generoso, ese tipo de persona que parece cerrado, pero al conocerlo le gusta a todo el mundo. Con María se llevaban muy bien, y cuando estábamos los tres juntos el ambiente era cálido, afectuoso. Había una complicidad entre nosotros que nunca había compartido con nadie y disfrutábamos mucho cuando estábamos juntos.

En ningún momento sentí celos de Marc porque daba la impresión de que trataba a María como un hermano, como un amigo íntimo, sin ningún indicio de interés sexual por ella. Ella era encantadora con él, aunque de la misma forma que era encantadora con todo el mundo. Y no sentí la necesidad nunca de confesarle mis sentimientos hacia ella porque creía que eran evidentes.

A medida que pasaba el tiempo y nuestra relación se iba haciendo cada vez más sólida empezaron a surgir deseos más fuertes y un gran cariño. Nos lo contábamos todo y lo compartíamos todo. Sabíamos que nuestra relación no la entendían mucho nuestros conocidos del dojo o los amigos de María, incluso mis compañeros hacían algunas bromas, pero nos daba igual.

Era genial cuando se iba todo el mundo del local y nos quedábamos los tres practicando y disfrutando del *jacuzzi* y de la sauna. Hablando, tomando algo, riendo, de la forma más íntima y también de la más natural.

Era una amistad que estaba por encima de las normas del convencionalismo y nos gustaba que fuera así. Era importante para cada uno sentir a los otros dos en su vida. Era importante para los tres la pequeña familia que habíamos creado.

Aunque como pasa normalmente en la vida, nada dura eternamente y el día del cumpleaños de María algo cambió entre nosotros.

Yo había decidido que esa noche tan especial iba a declararle mi amor a María delante de todos nuestros amigos. Quería precipitar algo de las cosas para que se decidiera de una vez. No quería pasarme la vida esperando a que se decidiera. Y nuestra relación como pareja tenía que avanzar o se convertiría en una amistad perpetua. Yo la quería y ella también me quería a mí. Así que lo planeé todo para que no pudiera rechazarme de nuevo.

Había encargado a un joyero del barrio un colgante para que fuera único, igual que mi amor por ella. Quería que representara el *yin* y el *yang*, pues sabía que María entendería que nos simbolizaba a nosotros, como dos fuerzas opuestas y complementarias a la vez que esenciales en nuestro pequeño universo. Así me sentía yo cuando estaba con ella, completo, equilibrado.

Le compré la gargantilla y me propuse regalársela aquella noche. Lleno de esperanza e ilusión

quise contárselo a Marc antes de ir a la fiesta. Tras el entreno, cuando estábamos en el vestuario le conté mi plan y le enseñé la gargantilla. Su reacción me sorprendió; se molestó con la confesión y se mostró enfadado conmigo. Yo no entendía nada.

—¿Qué te pasa? Sabes que quiero a María y creo que hoy es un buen momento para declararme. No le pido que se case conmigo, aunque quiero que me acepte y empezar algo más serio con ella.

—Pero cambiaré todo, perderemos esto tan bueno que compartimos —dijo visiblemente afectado—, y ¿qué pasa con nosotros?

—Con nosotros no pasa nada, seguiremos siendo amigos. No entiendo por qué te pones así.

—¿Cómo va a seguir todo igual? ¿Si vosotros sois pareja yo qué seré, la vela? Nada volverá a ser lo mismo. Todo se irá a la mierda.

Entendí rápidamente a qué se refería. Si hubiese sido a la inversa yo también me habría puesto celoso al pensar en perderlos. Estaba claro que si nosotros nos convertíamos en pareja eso provocaría inevitablemente que él se alejara de nuestra vida para darnos espacio e intimidad. Nuestra relación tal como era en ese momento se rompería para pasar a ser otra cosa y, por supuesto, en esa nueva realidad Marc saldría perdiendo.

Y de pronto vi que se le llenaban los ojos de lágrimas. Descolocado y sin saber muy bien cómo arreglarlo, intenté calmarlo y al ir a cogerlo para consolarlo se abalanzó contra mí y empujándome contra las taquillas me besó con la intensidad propia del que teme perderlo todo, con miedo, aunque también con rabia. Tal fue la rabia que me mordió el labio inferior haciéndome sangrar.

Me quedé atónito, y para cuando reaccioné y me di cuenta de lo que estaba pasando me separé de él dándole un empujón.

—¿Qué haces? —grité fuera de control—. ¡Te acabo de decir que quiero a María y haces esto! No entiendo nada. ¿Pero tú tenías novia? ¿Eres gay? ¿De qué vas? —Y me limpié la sangre que brotaba de mi labio con el puño.

—Soy la persona que lleva varios meses enamorado locamente de ti. Y tú sin enterarte de nada. ¿Cómo se puede estar tan ciego?

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Por qué no me habías dicho nada? —Alucinaba con su respuesta.

—Lo he intentado miles de veces. ¿No notabas cómo perseguía tu mirada? ¿No te parecía raro que siempre intentara quedar contigo a solas?

—Creía que era normal, que eras afectuoso, pero nunca se me pasó por la mente esto. ¡Yo no soy homosexual! —grité como si de esa forma pudiera demostrar la veracidad de mis palabras.

—No te dije nada porque no quería que me miraras como me estás mirando. Quería que vieras quien soy yo y no que me juzgaras como estás haciendo en este mismo momento. Estoy enamorado de ti y te quiero, no sabía cómo decírtelo. No has tardado ni cinco minutos en etiquetarme de marica y olvidarte de quién soy en realidad, tu mejor amigo.

—¿Amigo, amigo? Hemos intimado mucho, ¿no creías que debía saber tu condición sexual? ¿Pero qué te pasa? No puedes jugar así con la gente.

—No he jugado contigo. Hemos sido buenos amigos y uno no elige de quién se enamora. Te quiero y me gustas. Y eso no puedo cambiarlo así como así.

—¿No te das cuenta de que yo estoy enamorado de María y que no soy maricón? —vociferé descontrolado—. Esto lo cambia todo, no quiero volver a verte y no te acerques a nosotros —aullé enfadado al sentirme traicionado.

Por dentro sentí que algo me estrujaba el corazón y me impedía respirar. No quería perderle, pero yo no era gay. Nunca había tenido pensamientos hacia otro hombre, siempre había estado con mujeres y ahora más que nunca quería estar con María.

No paraba de preguntarme cómo no me había dado cuenta, y si le había dado falsas expectativas al compartir la sauna o el *jacuzzi*, si en alguna conversación podría haberle confundido, no sabía qué pensar, no obstante, una cosa era segura: me había traicionado, a mí, mi confianza y nuestra amistad.

Me sentía fatal, tenía ganas de vomitar, de llorar, de gritar..., pero ¿por qué? Porque sentía que se me había roto el corazón, no quería vivir sin Marc a mi lado, era mi mejor amigo, era mi confidente, era mi compañero..., le quería como a un hermano. Y en ese momento me asaltaron todas las dudas; ¿estaba enamorado de Marc también, podía estar enamorado de Marc y de María a la vez? ¿Qué locura!, nunca había pensado en él de esa forma y ahora ya no sabía qué pensar.

Empecé a meter mis cosas en la bolsa de deporte cuando volvió a aparecer Marc en escena.

—No sabes lo que estás haciendo. Puede que no quieras volver a verme, pero no pienso irme sin que me escuches. Por nuestra amistad me debes al menos eso —dijo visiblemente afectado y con las manos apretadas como si fuera un niño con una rabieta a punto de explotar.

—Me has traicionado —le espeté con todas mis fuerzas.

—Te quiero, sí. Te quiero de una forma que nadie más lo hará jamás. Te quiero por cómo eres, por quién eres y por cómo me siento cuando estoy contigo. Te estoy hablando de sentimientos, de amor, no de una atracción homosexual, sucia y fría como te imaginas. Te amo con todo mi ser y eso no cambiará porque tú estés inseguro con tu sexualidad, porque seas un policía corto de miras o la persona más estrecha de mente que conozco.

—¿Estrecho de mente? ¿Yo? Perdona, creo que soy muy comprensivo, tolerante y abierto de mente. Eso no significa que tenga que ser lo que no soy. ¡Y no soy gay! Me gustan las mujeres, siempre me han gustado y eso no va a cambiar.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has estado alguna vez con otro hombre para saberlo?

—No me ha hecho falta. —Y de un portazo cerré la taquilla.

El estruendo resonó en toda la sala y Marc se sobresaltó por el ruido. Yo no sabía cómo huir de esa situación, me sentía violento, angustiado, me resultaba irreal que algo así estuviera sucediendo.

—¿Me quieres? —indagó Marc con un suspiro de desesperación que me heló el alma.

—Claro que te quiero, pero no como tú esperas. Eres como un hermano para mí, aunque eso no quiere decir que quiera acostarme contigo.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó con cierta ironía contenida.

Y, sin tiempo a reaccionar, me volvía a besar, pero esta vez sin violencia, sin rabia, y sin saber

por qué no lo rechazé, mi mente se detuvo y mi cuerpo actuó por cuenta propia abrazándolo y besándolo como nunca había besado a otra persona antes. Y antes de que pudiera darme cuenta me había desabrochado los pantalones del kimono y estaba de rodillas ante mí.

Cuando empezó a hacerme la felación me sentí sorprendido, asustado y extrañamente excitado. Me descubrí permitiéndoselo y sin poder evitarlo gocé de aquel momento acompañando sus movimientos con mi cuerpo y guiando su cabeza con mis manos. No me resistí. Sentir el calor de su boca, la suavidad de su lengua y sus caricias me volvieron loco, y llevado por el frenesí del momento y por la excitación lo empujé contra el armario de las toallas y le desabroché el pantalón para penetrarlo hasta el fondo, con tal pasión que sus gemidos resonaban en toda la estancia.

Nunca había sentido algo así, fue una explosión de placer, de gozo, de sensaciones nuevas; al llegar al orgasmo creí morir.

Exhaustos, jadeantes, sudorosos, acabamos abrazados y no pude hacer otra cosa que echarme a llorar como un crío. Avergonzado por haber cedido, contradicho por la situación y culpable por no haberme podido controlar pensaba en toda una vida de creencias, enseñanzas y valores que me habían inculcado para dirigir mis pasos hacia una heterosexualidad y cierta homofobia que en un instante se habían desmoronado en mi mente.

En el instante en que sentí verdadero placer al estar en contacto con el cuerpo de otro hombre y sintiendo verdadero amor hacia él, todas mis convicciones se volvieron dudas y me sentí perdido, desorientado.

Allí, en el vestuario donde tantas veces habíamos estado juntos como amigos íntimos, compartiendo confidencias, risas, anécdotas..., en el mismo lugar donde nuestra amistad había calado en nuestras almas, nos encontrábamos ahora abrazados, llorando en el suelo y sin saber cómo gestionar ese torrente de emociones que estábamos sintiendo.

Me zafé de sus brazos y me levanté del suelo.

—No te vayas, por favor, Manuel, hablemos de esto con calma —suplicó llorando desde el frío suelo del vestuario.

—¿Qué has hecho conmigo? —fue lo único que pude articular.

—Abrierte los ojos de una vez.

Me sequé las lágrimas y sin pronunciar una sola palabra me subí los pantalones, me puse la camiseta y recogí mis cosas, para salir en completo silencio sin dirigirle ni tan siquiera una mirada a Marc, que seguía en el suelo con los pantalones por las rodillas mirándome y esperando que le diera una señal de que ese momento no era el final de nuestra relación.

Tenía mucho en que pensar y tenía que hacerlo a solas. No reconocía la imagen que reflejaban los escaparates de los locales de la calle. No me reconocía y no sabía cómo sentirme. Me daba asco pensar en lo que había hecho y más asco todavía pensar en que me había gustado. Y lo peor era pensar en María. Cómo afectaría todo esto a nuestra relación, a mi plan, a mi amor.

Me fui a casa y me arreglé para la fiesta. Quizá podría hacer como si todo eso no hubiera pasado, seguir con el plan de conquistarla y volver a ponerlo todo en su sitio. Fingir que eso no

había ocurrido nunca. Olvidarlo todo y seguir justo en el momento en que le enseñé la gargantilla a Marc. Rebobinarlo todo. Dar marcha atrás.

Llegué a la fiesta y ayudé a las chicas con los preparativos. Mientras lo organizábamos todo llegó Marc. Saludó y le echó una mano a Bruno con las bebidas detrás de barra. Intenté esquivarlo al máximo, pero sentía su mirada clavada en mí.

Llegó María con Vito y le dimos su sorpresa. Se le veía feliz y radiante. No quería estropearle ese momento. Le felicitamos y antes incluso de apagar las velas, nervioso y algo acelerado, le entregué mi regalo.

La sorpresa me la dio ella a mí cuando al ver la gargantilla de pronto me besó delante de todo el mundo. No me esperaba esa reacción por su parte y la abracé y le devolví el beso, intentando mostrarle todo mi afecto con él, pero en realidad me aferré a ella por pura desesperación. Intenté no pensar en Marc en ese momento, sin embargo, fue imposible y al soltar sus labios no pude sino que buscar disimuladamente su mirada entre la gente. Y allí estaba él, en la barra, mirando toda la escena profundamente afectado.

Nuestras miradas se cruzaron un instante y sentí que se me rompía el corazón en mil pedazos y un nudo en la garganta me impedía respirar.

Disimulando me acerqué a la barra en busca de una copa de cava para brindar y así controlar la reacción de Marc, pero me sorprendió cuando se acercó a María para felicitarla y la besó dulcemente en las mejillas, como si nada hubiese ocurrido.

Respirando algo mejor, el resto de la noche transcurrió entre incómoda y violenta a partes iguales. Hasta el punto de alegrarme de no tener que acompañar a María a casa ya que había decidido pasar la noche con su amiga. Era un alivio no tener que hablar con nadie esa noche tras semejante tarde cubista y mucho menos con María.

Necesitaba estar solo. Habían sido demasiadas emociones para una sola tarde y necesitaba acostarme e intentar no pensar. Me dolía tanto la cabeza como el corazón y necesitaba un respiro. Me pasé el domingo analizando todo lo que había ocurrido.

Al día siguiente me inventé una excusa para no ir a la escuela. Llamé a María y le pedí que me cubriera por la tarde explicándole que tenía un caso que requería de mi atención de forma urgente. Ella, que sabía que en mi trabajo a veces necesitaba ese tipo de licencias para centrarme en algún asunto policial, no puso ninguna objeción y no preguntó nada. Me confesó que le había encantado la gargantilla y que se lo había pasado muy bien en la fiesta. Me dio las gracias e hizo alusión a la tremenda resaca que tenía. Se despidió encantadora como de costumbre.

Me dolía tanto engañarla. Desde que nos conocíamos nunca nos habíamos mentido y era un peso demasiado grande para mí. Tendría que hablar con ella más tarde o más temprano, pero necesitaba algo más de tiempo para aclarar mis ideas y, sobre todo, mis sentimientos.

No habíamos coincidido con María desde la fiesta y eso me tenía preocupado. Me besó delante de todos y luego se había comportado como si nada hubiese cambiado entre nosotros. Tenía que darle tiempo a ella y así también me iba aclarando yo mismo.

Pero sin saber ni cómo apareció en el dojo cuando estaba entrenando y sin ser capaz de evitarlo me sumergí en su cuerpo por pura necesidad. Necesitaba saber que todavía la deseaba, que

sentiría de nuevo placer al estar con una mujer, mejor dicho, con la mujer que amaba con total naturalidad, sin que al hacerlo me asaltaran dudas, sin que pensara en mi experiencia con Marc. Necesitaba saber que seguía siendo el mismo hombre y que no había cambiado solo por una experiencia que no había sido capaz de controlar y que no era capaz de asimilar.

Fue maravilloso amarla, la deseaba con todo mi ser y ese habría sido el momento más feliz de toda mi vida de no haber estado con Marc un par de días antes.

Había vuelto mi mundo del revés, me había agitado como a un refresco y ahora no era capaz de controlar mis emociones, no era capaz de sentir lo mismo, todo eran preguntas y más preguntas bombardeando mi cabeza.

Amaba a María, era maravillosa, era la mujer de mis sueños. ¿Por qué me sentía tan mal, tan perdido? No quería hacerle daño, no podía hacerle daño. La quería demasiado.

Cuando la acompañé a casa me confesó que quería hablar con Marc porque sentía algo por él y no quería herirle. Del miedo me quedé helado. Sabía que él le confesaría lo que había pasado y eso la destrozaría. Y cual cobarde no pude más que callar y esperar mi sentencia sin intentar defenderme o explicarme. Simplemente no sabía qué decir.

Me fui a casa cabizbajo dando un rodeo. Tenía que pensar en todo aquel embrollo. Mis sentimientos por María no hacían más que aumentar y mis sentimientos por Marc se debatían entre el miedo y la excitación de lo prohibido. Le decía a mi corazón que no debía sentirme así, sin embargo, no podía evitarlo. Le quería y por muy antinatural que me pareciera lo que había pasado entre nosotros, el deseo, la curiosidad, la lujuria se estaba apoderando de mí de una forma incontrolable y esa sensación me superaba.

Intenté seguir con mi vida sin mucho éxito. En la comisaría escrutaba a todos mis compañeros e intentaba imaginar sus caras o comentarios si llegaran a enterarse de mi flirteo con otro hombre. No conocía a ningún policía que fuese homosexual y las bromas sobre los gais estaban presentes en el orden del día. Por mucho que intentara convencerme de lo contrario hay oficios más reacios al cambio, y ser un policía marica me habría convertido en el hazmerreír de la oficina. Ni de coña se lo podría explicar a nadie.

En el dojo tres partes de lo mismo. Las chicas convencidas de mi relación con María, los alumnos, las madres, las mujeres del grupo de defensa, hasta los jubilados... ¿qué pensarían de mí si llegaran a enterarse?

Y mi familia, mis padres, mi padre..., ¿cómo explicarle mi cambio de rumbo a mi padre? A sus setenta y cinco años ver a su hijo el policía, su orgullo, su campeón, convertido en un «mariposón», como les llamaba él, le destrozaría.

Esperé pacientemente a que ellos dieran el primer paso. Supuse que en cuanto se vieran para hablarlo todo se destaparía y uno de los dos me llamaría para decirme cuál era la nueva situación. Pero las horas fueron pasando y los nervios me iban consumiendo por dentro.

No dejaba de imaginar a Marc explicándole nuestro encuentro en el vestuario, entonces, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. ¿Se estaría arrepintiendo María de haberse acostado conmigo? ¿Qué pensaría a partir de entonces de mí? Quizás ya la había perdido para siempre.

Solo de imaginarlo se me hizo un nudo en la garganta y sentí un irrefrenable impulso de ponerme a llorar.

Me encerré en el baño para evitar que alguien me viera y reponerme antes de que llegaran los alumnos, aunque mi mente estaba ofuscada y no podía parar de elucubrar teorías.

Me senté en la taza del váter un instante para analizar la situación. Había algo que no me cuadraba. Si Marc estaba enamorado de mí, ¿por qué iba a querer hacerme tanto daño? Quizá por celos o por miedo a perderme, a perder lo nuestro. Había sido él quien lo había arriesgado todo al confesar sus sentimientos y lo había hecho movido por el pánico a perderlo todo. No sabía qué había ocurrido y la incertidumbre me estaba volviendo loco. Tenía que aclararme con Marc y hablar con María. No quería hacerles daño a ninguno de los dos y no podía dejar que nuestra relación se basara en mentiras y traiciones. Debía ser sincero y hablar con ambos cara a cara. Los tres encontraríamos la solución como siempre habíamos hecho.

¿Por qué no me llamaban?

Habría agradecido una explicación, saber cómo había ido todo, incluso un reproche; pero ese silencio. Ninguno de los dos me daba ninguna pista y también era mi vida la que estaba en juego. Era una angustia insoportable. Necesitaba saber algo ya, lo merecía.

Al acabar las clases me reuniría con ellos y saldría de dudas de una vez por todas. Si no me llamaban ellos tomaría yo las riendas para salir de una vez de esa terrible incertidumbre.

Ya no había marcha atrás y fuera como fuese a los tres nos iba a doler oír las confesiones de los otros.

Marc

El jefe de zona que se encargaba de nuestra sucursal había hablado con el director de la oficina para que me propusiera un ascenso y así promocionarme dentro de la empresa. Había una vacante para cubrir la plaza de director de un compañero que se jubilaba. Era una buena plaza, el sueldo era más que satisfactorio y, además, podría incrementarlo gracias a los objetivos comerciales que me marcarían. Era la oportunidad que estaba esperando.

El único inconveniente era que debía trasladarme a la ciudad para instalarme allí lo antes posible. Era una zona tranquila y la sucursal era la típica oficina de barrio donde los clientes son los vecinos y tienen nombres propios.

Mis funciones como director no me asustaban, ya que como subdirector me había ocupado del control contable de la oficina en la que trabajaba y había conseguido tener bajo control la morosidad de la sucursal. La relación con los compañeros era buena y controlaba que realizaran sus funciones con eficacia y profesionalidad.

Ascender al puesto de director suponía un reto en mi carrera profesional y un nuevo empuje en mi faceta comercial. Controlaba la venta de productos financieros a las PYMES y ahora me centraría en conseguir un incremento en la venta de activos altamente rentables para la entidad, cuentas de grandes empresas y clientes más potentes. Los objetivos serían mayores, pero mi motivación también crecería exponencialmente.

Se abrían ante mí un mundo de posibilidades y estaba preparado para afrontarlos. Tenía la edad ideal, la fuerza, la garra y el empuje de un verdadero bróker de las finanzas.

Al llegar a casa y comentárselo a Megan vi en sus ojos que no compartía la misma ambición que yo.

Megan era de Londres. Había venido a España al terminar la carrera de Filología Hispánica para practicar el idioma y se ganaba la residencia trabajando como *au pair* para una familia adinerada.

Tenía que cuidar de un crío de unos ocho años hablándole en inglés todo el día, a cambio de alojamiento y manutención. Le daban algo de paga para sus gastos y lo derrochaba todo saliendo de fiesta tras el trabajo para relacionarse con los jóvenes españoles y practicar la lengua de los nativos.

Nos conocimos en un local donde solíamos ir los sábados y nos enrollamos la primera noche. A las pocas semanas ya estaba instalada en mi casa y había dejado el trabajo en la casa para servir copas en un bar con el objetivo de hablar más nuestra lengua y no tanto la suya propia que ya dominaba.

Estuvimos juntos un par de años y nos llevábamos muy bien, pero había una faceta de mi vida que ella no compartía y que impedía que pudiéramos comprometernos más en serio.

Yo le había confesado que cuando estudiaba la carrera de empresariales había estado viviendo en un colegio mayor. Compartía habitación con otro chico y habíamos flirteado con las drogas en algunas fiestas que se hacían en el campus y también habíamos experimentado algunas relaciones homosexuales con compañeros. En aquella época la bisexualidad me parecía una buena opción, puesto que no te cerrabas ninguna puerta. Incluso había probado el amor en grupo.

Fue una época movida de mi vida en la que experimentar era lo más importante para definirme como adulto según mis propias elecciones.

Ella no tenía la mente tan abierta debido a una estricta educación tradicional, heterosexual y monógama convencida. De hecho, odiaba que le sacara el tema y que intentara explicar mi punto de vista. Se ponía de los nervios.

Al confesarle mi pasado se volvió un poco paranoica y, a pesar de que le jurara y perjurara que solo estaba ella en mi vida, siempre sospechaba que le estaba engañando y aquello acabó minando nuestra relación.

El ascenso y la condición del traslado, lejos de alegrarla, fue la gota que colmó el vaso y le brindó la excusa perfecta para huir de mi lado y regresar a Londres. Sus padres le habían hablado de una oferta como profesora de español en una escuela de pago inglesa y no desaprovechó la oportunidad. Se fue sin mirar atrás. Y me dejó en plena mudanza, con un piso recién alquilado y un corazón arrepentido de haber perdido el tiempo con alguien que no lo merecía.

En cierto modo para mí fue una salvación porque me habría encadenado a una relación condenada al fracaso. Nunca habría existido la confianza necesaria para disfrutar de nuestro amor porque las sospechas y el miedo a una posible traición pesarían demasiado.

Yo me había enamorado de ella hasta el punto de renunciar a una parte de mi ser para centrarme solamente en nuestro amor, pero también habría sido un engaño porque los sentimientos no se pueden controlar ni frenar y la falta de confianza lo habría hecho todo más difícil.

Destrozado por la ruptura me centré en el traslado y en mi nueva vida en otra ciudad, con otra gente y otros sueños. Me instalé en el nuevo apartamento que resultaba demasiado grande para una sola persona, pero ya había pagado la fianza y los meses de adelanto.

Era un quinto piso en un edificio que daba a una plaza y al otro lado de la plaza se encontraba mi nueva sucursal.

El primer día de trabajo pude observar que la media de edad de mis nuevos compañeros era de unos cincuenta años, así que pasé a ser el director y la persona más joven de la oficina. Eso no les hizo especial ilusión, pues eran amantes de la tarea rutinaria y los cambios los descolocaban. Hubiesen deseado que ascendieran a su antiguo subdirector antes que traer a alguien nuevo, con ganas de cambiarlo todo y ante el que había que justificar las actuaciones cotidianas del día a día.

Esta situación también suponía un reto, debía presentarme como la persona idónea para el puesto y que había ascendido por méritos propios. Había que darle un nuevo enfoque a la oficina y demostrar mis dotes de liderazgo.

Durante los primeros meses me centré en conocer el estado de cuentas, a los clientes, controlar los descubiertos y revisar los productos que ofertaban los empleados. Y una vez mejorados los

protocolos y las tácticas a seguir por parte del subdirector y de los empleados todo empezó a mejorar. El trabajo se volvió más eficiente y nos costaba menos cumplir los objetivos. Contagí mi ilusión a mis compañeros y el ambiente de trabajo mejoró significativamente.

A los cuatro meses ya podía delegar el control de la oficina al subdirector para centrarme en mis propios objetivos comerciales, y eso conllevó un incremento considerable de viajes y salidas para visitar a nuevos clientes, empresas, reuniones de zona...

Para controlar el estrés que me provocaba el trabajo y los constantes viajes me apunté a un gimnasio del barrio que contaba en sus instalaciones con piscina y un grupo que se reunía dos veces por semana para salir a correr. Al principio me costó un poco, pero enseguida gané el fondo necesario ya corría la hora seguida del entreno al mismo ritmo que mis compañeros.

Al salir en grupo la competitividad se respiraba en el ambiente y quise probar una carrera de cinco kilómetros que se hacía en primavera. Era solidaria para proclamar el día de la mujer trabajadora y me pareció una meta fácil de conseguir. Tras esa carrera me piqué con la sensación de superación al terminarla y empecé a apuntarme con Rafa a todas las solidarias que se iban proponiendo en la ciudad. De cinco pasé a diez kilómetros en seis meses y cada vez me motivaba más y más. Fue Rafa quien me inscribió en la media maratón Behobia-San Sebastián para probarme que era capaz al año de haber empezado a correr.

Los entrenos semanales y las carreras de los domingos propiciaron que con Rafa entablara una buena amistad. Empezamos a hacer cenas, fiestas y salidas juntos. Conocí a Bea, su pareja, que era un encanto de persona. Por fin empezaba a sentirme mejor en esa ciudad y comenzaba a cicatrizar la herida que me había infligido Megan.

Hasta que en la maratón de Sevilla mi corazón me dio un susto que volvió a parar mi mundo en seco. Por lo visto, el estrés del trabajo y el ritmo de vida que llevaba me estaban dando un aviso. O cambiaba el rumbo de mi vida o existía la posibilidad de perderla, y eso no era un juego.

Yo sabía que para olvidar a Megan había expuesto a mi cuerpo a un sobreesfuerzo y que a partir de ese momento debía cuidarme de otro modo.

Fue Bea quien, en el hospital un día que vino de visita, me habló del dojo-escuela y de María. Me comentó las terapias que se hacían allí a partir de las artes marciales y me pareció buena idea. Se ofreció a llevarme cuando pudiera empezar la rehabilitación. Hablé con mi cardiólogo y le pareció una idea fantástica, ya que están comprobados los beneficios de deportes como el yoga y el taichí para la salud en general y en especial para reducir el nivel de estrés del día a día.

Así fue como conocí a la persona que cambiaría mi forma de ver el mundo y de entender el orden del universo. A medida que conocía a María y empecé a practicar en sus clases me fui interesando por las tradiciones chinas y su forma de concebir la vida.

Me encantaba estar con ella y me caía genial. Su amistad rápidamente significó mucho para mí y me tendió su mano a la vez que me presentó a la persona de la que me enamoraría locamente, Manuel.

Manuel era la persona más cariñosa y atenta que había conocido en esa ciudad. Nuestra relación de amistad era la de los viejos amigos de toda la vida. Rápidamente vimos en el otro alguien en quien confiar y poderle contar los problemas cotidianos. Compartíamos muchas de

nuestras aficiones y teníamos el mismo tipo de humor. Siempre le agradeceré que apareciera en mi vida y me ayudara tanto.

Con lo que no contaba yo era con enamorarme perdidamente de él, de su forma de hablar, de su forma de ayudar a todo el mundo, de su sonrisa y de su actitud ante la vida. Me sentía tan bien cuando estábamos juntos que cuando nos separábamos por el trabajo o por mis viajes me pasaba el tiempo mirando el reloj para contar cuántos minutos faltaban para volver a vernos.

El problema era que debía llevar mis sentimientos en secreto porque por su condición sexual y su educación tenía miedo de que si le declaraba mi amor huyera de mí del mismo modo que Megan, y dos fracasos seguidos no podría soportarlo.

A los pocos meses de conocernos ya le amaba con locura y me pasaba el día ingeniando cuál sería el mejor momento para confesarle mi amor e imaginando las posibles reacciones que tendría.

Pero cuanto más nos conocíamos más claro tenía que su corazón estaba ocupado por otra persona y no había que ser un lince para ver cómo miraba a María y con qué mimo le dedicaba todas sus atenciones. Intentaba enmascararlo de amistad y *colegueo*, no obstante, se notaba a la legua que estaba loco por ella.

Era incapaz de evitar sentir celos cuando los veía juntos en el tatami porque hacían una pareja ideal, y entendía que María le hubiese hechizado porque era la persona más maravillosa que había conocido hasta ese momento.

Estoy seguro de que si no hubiese conocido a Manuel también me habría enamorado de ella.

Nuestra amistad, la de los tres, cada vez era más fuerte e importante en nuestras vidas. Y también sabía que en el momento en que alguien pasara la línea con otro del grupo nuestra pequeña familia se iría al traste para siempre.

Supongo que el temor a perderlo hizo que ninguno se lanzara del todo y viviéramos esperando siempre a que fuera otro el que diera el primer paso.

Así continuamos durante varios meses hasta el día del cumpleaños de María, cuando Manuel me confesó sus intenciones y loco de celos creí morir.

Se me acababa el tiempo y no podía retirarme sin más. Mis sentimientos eran demasiado fuertes como para disimular y no quería quedarme en un segundo plano mientras disfrutaban de lo que había nacido entre ellos y que me iba alienando a mí poco a poco.

Sin saber cómo me encontré ante Manuel ilusionado ante la idea de declararle su amor a mi mejor amiga delante de todos nuestros conocidos y no lo permitiría. Estaba seguro de que iba a perderlo, pero no podía darme por vencido sin luchar por él. Era mi mejor amigo y le debía, por lo menos, la sinceridad que eso conlleva.

De golpe, mi mundo se volvió oscuro y un único foco iluminaba la cara de Manuel. Le estaba mirando fijamente sin creer lo que estaba oyendo y sin pensarlo dos veces sentí la necesidad de besarlo, aunque fuera una única vez.

Corría el riesgo de llevarme un puñetazo o de bloquearle de tal modo que tuviera que escucharme aun sin que él quisiera. De todas formas, iba a perderlos a los dos en cuanto se declararan, ya no me importaba que se hiciera pública mi condición sexual y mis sentimientos.

«¡Pues de perdidos al río!», pensé

Le besé, sí, le besé con la rabia de los celos, la impaciencia del que no tiene tiempo para más y todo el amor que pude expresarle. Cuando sentí que me rechazaba del dolor no pude más que morderle el labio para que al menos tuviera una prueba de que todo aquello era real, que no había sido un malentendido, que le amaba con locura.

Al ver cómo me miraba, con incredulidad, una mezcla de tristeza y de asco, sentí náuseas. Mi estómago se encogió y mi corazón quería escapar de mi pecho. Tenía ganas de gritar, aunque mis ojos se llenaron de lágrimas y no pude más que sollozar. Algo se estaba rompiendo en mi interior. Mi corazón no lo soportaría de nuevo.

Empezamos a hablar más bien a gritos e intenté explicarme y que entendiera la situación. No quería perderle y era cuestión del calado de esas respuestas que todo acabara para siempre o, por lo menos, intentar salvar algo de nuestra amistad.

Y me encontré besándole de nuevo e intentando mostrarle el gran amor que sentía por él en aquel beso, y sorprendentemente Manuel me lo devolvió y me abrazó. Aquella era mi única oportunidad, la única forma de saber si lo había perdido todo.

Aquel beso de amor despertó mi cuerpo y mis sentidos liberando todo lo que llevaba dentro desde hacía tanto tiempo. Movidó por la excitación del momento y por el miedo le desabroché el kimono y de rodillas ante él empecé a besarle y a provocar su excitación por medio de mi boca y de mis labios.

Miré hacia arriba para averiguar si estaba gozando y fueron sus manos las que me lo confirmaron al enredar sus dedos en mi pelo para guiar mi cabeza al ritmo del movimiento de sus caderas.

Interiormente sonreí al comprobar que había bajado la guardia y que estaba disfrutando del placer que le estaba proporcionando. Sabía que era su primera experiencia homosexual e intenté que fuera lo más sensual posible. Pero su reacción fue desconcertante y reveladora.

Me llevó contra el toallero y bajó mi pantalón para hacerme el amor por primera vez. Tuvo que ser muy difícil para él perder los papeles de esa manera, y por eso entendí que fuera tan brusco, aunque disfruté de su primera vez a pesar de las embestidas y la rudeza. Sabía que se debía a su propia lucha interna.

Ni en mis mejores sueños habría imaginado una reacción así por su parte y me complació comprobar que nuestro amor era mutuo, solo que Manuel todavía no había reconocido hasta qué punto.

Se me rompió el alma cuando tras llegar al clímax se derrumbó ante mí y empezó a llorar desconsolado. No pude hacer otra cosa que abrazarlo para calmarlo, pero sus demonios lo atormentaban de tal forma que se marchó sin decir nada, sin mirarme, sin despedirse.

Me levanté del suelo y me di una ducha. No podía parar de llorar recordando sus últimas palabras acusándome de todo. Había pasado lo inesperado y ahora me sentía más perdido que antes. Ahora no sabía cómo le iba a afectar lo que había pasado entre nosotros, si seguiríamos siendo amigos, si se arrepentiría y me expulsaría de su vida y de la de María, si me amaba

realmente como yo lo amaba a él, si tendríamos algo juntos, en qué posición quedaba yo con María.

No quería ser el rival de María porque la quería mucho y ella era la víctima en todo este cuadro. No quería hacerle daño y mucho menos que sufriera por mi culpa, ella había estado a mi lado desde el primer día y no quería herirla.

Tendría que esperar a ver la reacción de Manuel. Él debería tomar una decisión y yo la respetaría. Por lo menos, ahora estaban todas las cartas sobre la mesa. Y si tenía que perder yo a las dos personas que más me importaban en el mundo estaría dispuesto a retirarme del juego y dejarles vivir su amor.

Cada vez que ese pensamiento me asaltaba se me formaba un nudo en la garganta que me impedía respirar. No quería estar solo de nuevo. No quería perderlos.

Me vestí para la fiesta y pedí un taxi. Al llegar saludé a todo el mundo y ayudé a Bruno con las bebidas intentando centrarme en algo que me mantuviera a cierta distancia de Manuel sin levantar sospechas. Él hizo lo propio, aunque ayudando a decorar el local con las chicas. Nuestras miradas se repelían y apenas nos dirigimos la palabra en toda la velada.

Llegó María preciosa como de costumbre y radiante tras disfrutar del regalo de Vito. Si había algo en el mundo que hiciera vibrar a esa mujer era un buen concierto y si, además, era del Sabina se podía considerar un broche de oro.

Muertas de risa como dos adolescentes entraron al local y la sorpresa fue tremenda. María, feliz, besaba a todo el mundo y era imposible verla más contenta. Todas las personas importantes en su vida nos habíamos reunido allí por ella. Yo me sentía muy bien al estar allí, ya que quería demostrarle que la quería y que me importaba mucho. Quería agradecerle lo mucho que me había ayudado. Pero cada vez que la miraba no podía evitar sentir la pena como una sombra sobre mi corazón.

La quería, la quería tanto que no sería capaz de volver a mirarla cuando descubriera nuestra infidelidad. Sentía que la había traicionado. Sabía que a ella yo también le interesaba porque la había estado evitando más de la cuenta durante los últimos meses. Si no hubiese sido por Manuel seguro que estaríamos juntos y habríamos sido felices como pareja porque nos compenetrábamos mucho. Me gustaba. Era preciosa, inteligente, fuerte y cariñosa. Parecía no tenerle miedo a nada y esa seguridad la contagiaba a las personas de su alrededor. ¿Quién no iba a enamorarse de una persona así?

El destino tuvo que hacer que Manuel se cruzara en nuestras vidas complicándolo todo. Él era todo lo que yo deseaba, un amigo, confidente, amante, compañero. Pero ese mismo destino jugaba con nosotros y me obligaba a mostrarle una parte de él que nunca había aflorado. Tenía que sacarle a puñetazos del armario donde su familia, la escuela, la religión y su profesión le habían encerrado y no iba a ser fácil. Mi corazón estaba en juego.

Mientras preparaban la tarta con las velas, preparé una botella de cava para realizar el primer brindis a su salud, pero me quedé helado al ver que el primer beso se lo brindó a Manuel tras regalarle la gargantilla que me había enseñado horas antes en el vestuario.

Se me cortó la respiración al ver que se besaban. Esos labios que pocos minutos antes yo había

saboreado y que ahora estaban endulzando otra boca. La boca de ella. La boca de María. Esa boca que yo mismo habría besado en más de una ocasión y que, sin embargo, rechacé por él.

Con discreción serví las copas y me quedé en la barra esperando a que vinieran para hacer el brindis, aunque la quemazón que sentía en los ojos me hizo reaccionar. Tomamos las copas y brindamos por ella. Yo solo quería salir de allí. Pero no podía marcharme sin más. Así que salí de mi escondite y besé a María en las mejillas para felicitarla. Intentando no resultar frío o cortante, le deseé un buen año y cuando empezó la ronda de chupitos me escabullí y me fui de la fiesta.

Estaba derrumbado, dolido y sin saber por qué, cuanto más pensaba en ellos y más veces les recordaba besándose, más ganas de gritar tenía.

Era tal mi dolor que quería que ellos también lo sintieran y lo compartieran conmigo. Era una situación que nos implicaba a los tres y lo justo era que los tres lo sufriéramos de la misma manera.

Sin darme casi cuenta ya había trazado un plan para recuperar a Manuel. Si él me quería lo único que se interponía entre nosotros era ella. Tenía que eliminar a María de la ecuación. Manuel tenía que ser solo mío porque siempre la habría preferido a ella. Le habría resultado más cómodo tener una pareja tradicional que luchar por mí contra todos. No me arriesgaría.

Cuando al día siguiente me llamó María para quedar no dudé en aceptar. Intuí que Manuel no estaría en esa reunión porque ella se habría ofrecido para hablar conmigo y evitarle el mal trago a Manuel. Pero no lo iba a permitir. Tenía que descubrir qué tenía tan embelesado a Manuel.

No podían pasar de mí de esa manera y el típico discurso de «seguiremos siendo amigos» no estaba hecho para mí. Tenía que contraatacar.

Me arreglé y me puse los tejanos claros que le gustaban a María y un polo negro que siempre me decía que me favorecía. Perfume seductor y mi cara de ligón a los ochenta.

Me dirigí a su apartamento con la intención de cambiar las reglas del juego.

Llamé al timbre y al abrir vi a la mujer más seductora del mundo. Estaba preciosa con su vestido ajustado y sus tacones de fiesta. Se había recogido el pelo y le daba un aire de traviesa que despertó mi curiosidad. Olía a flores y el brillo de labios hacía que su boca pareciera una fresa recién cortada.

Me invitó a entrar y a los cinco minutos estábamos comiéndonos a besos. Era increíble. Era como intentar amansar a una gata salvaje. Cuanto más la besaba más forcejeaba. Aquel juego me excitaba y cuanto más se revolvió más la deseaba. Le arranqué las bragas y la penetré sin tregua, pero ella era insaciable y pedía más y más.

De pronto, al desgarrarle la parte superior del vestido y arrancarle el sujetador la belleza de su cuerpo me impactó y me volvió loco. Empecé a besarle los pechos y mordisquearle los pezones que se le habían puesto duros por la excitación. Estaba disfrutando y de qué manera.

Toqué con mis dedos la gargantilla que llevaba colgada del cuello y los celos se apoderaron de mí.

Había ido allí a darle una lección, para separarla de Manuel y para que no quisiera volver a estar con nosotros. Así que lleno de rabia la giré y me chupé los dedos para humedecerla y

penetrarla por detrás. Quería que sintiera lo que le podía dar a Manuel y que ella no le daría nunca. Pero otra vez esa mujer me volvió a sorprender y, en lugar de luchar, se dejó guiar como una alumna loca por aprender y permitió que dominara su cuerpo a mi antojo.

La rabia se disipó y al verla expuesta, indefensa y a mi merced no pude hacer otra cosa que amarla y hacerla disfrutar como nunca nadie lo había hecho.

Cuando llegó al orgasmo sentí una oleada de calor y un palpito tan fuerte que provocó que me corriera con la intensidad de la primera vez.

Ahora sí que no entendía nada. Había ido a vengarme y ahora estaba más enamorado de ella que antes. ¿Qué era lo que me estaba pasando? ¿Cómo podía amar locamente a Manuel y sentir tanto amor por ella?

María se había entregado al máximo. Primero me entregó su cuerpo y luego su alma. Abrió las puertas de la galería y desnudó su secreto más oculto para compartirlo conmigo. Me quedé atónito cuando vi la cantidad de cuadros con retratos míos por toda la habitación. Esa mujer me había estado dibujando desde el primer día en que nos vimos. Me sentía halagado. Me sentía especial. Y me abrumó sentir la magnitud de su amor hacia mí.

Ella me amaba. Me amaba tanto que a solas me dibujaba para sentirme más cerca. Me amaba tanto que se me había ofrecido en cuerpo y alma. Me amaba tanto que me superaba.

Yo me había convertido en su musa y le había devuelto la ilusión por la pintura. Una ilusión que llevaba varios años hibernando en lo más profundo de su ser y deseando despertar con la fuerza de un tifón. ¿Cómo no agradecer esa dedicación, cómo no apreciar ese regalo?

Y no pude hacer otra cosa que devolverle una pequeña parte de ese amor tan grande. No pude más que volver a amarla, sin embargo, esta vez dejaría que mis besos y mis caricias pidieran perdón en mi nombre. Dejaría que le expresaran que me arrepentía de haber querido dañarla. Que me arrepentía de haberla traicionado. Le mostraría mi amor.

Y la amé durante horas. Y la amé al día siguiente. Y cuando me separé de ella sabía que ya no podría volver a dejarla nunca más. Me había comprometido con su amor, con su ser y con su esencia.

Pasara lo que pasara siempre estaríamos conectados por lo que sentimos aquella noche, por lo que nos ofrecimos y por lo que nos regalamos. Nuestro amor había sobrepasado la frontera de lo carnal, de lo humano y se había transformado en una conexión espiritual.

Cuando tuve que despedirme de ella sentí que regresaba a la realidad. Como si despertara de un sueño y un jarro de agua fría me devolviera a la angustia y la ansiedad por todo lo que había sucedido en ese breve intervalo de tiempo.

Habían pasado apenas cinco días y me había entregado por completo a las dos personas que regían mi mundo. Los había amado, saboreado, acariciado y abrazado por igual, pero de dos formas totalmente diferentes.

No era capaz de explicármelo, los amaba a los dos y no podía pensar en dejar a uno para elegir al otro. No era justo para nadie tener que elegir. ¿Qué otra cosa podría hacer?

Lo mejor era que nos reuniéramos los tres y habláramos claro. Debíamos tomar una decisión conjunta. Era una situación extraña y difícil de asimilar. Quizás entre los tres encontraríamos una

solución.

María

Me levanté temprano y me dirigí al dojo para preparar las clases de la mañana. Tenía tal lío en la cabeza que lo único que me ayudaba era el trabajo. Solo mientras realizaba la clase de yoga y de taichí era capaz de desconectar de mis sentimientos y volver a tener el control.

La mañana la pasé tranquila porque sabía que mis chicos estarían trabajando, pero a medida que iban pasando las horas me iba poniendo más nerviosa y no paraba de mirar el reloj para ver cuándo aparecería Manuel.

Había quedado con Vito para comer, aunque por primera vez en mi vida me daba vergüenza explicarle todo lo que había sucedido desde la noche de mi fiesta. Me sentía avergonzada por mi comportamiento y sabía de sobras que ella no lo entendería. Sentía el peso de la culpa por haber traicionado la confianza de los chicos y pensar en expresarlo en alto era demasiado difícil. Prefería esperar a que la situación se aclarase un poco antes de comentarle nada. Me inventé una excusa y decliné su invitación.

Me quedé en el parque de detrás del local. Me senté en la zona donde solíamos meditar los sábados. El sol me acariciaba el rostro y una leve brisa mecía mi pelo. Allí sentada bajo la sombra del sauce y escuchando el rumor del agua de la fuente intenté aclarar mis sentimientos.

Quería estar con Marc, de eso no había ninguna duda. Estaba enamorada de él y solamente recordando nuestros cuerpos desnudos abrazados ya me estremecía por dentro. Me gustaba mucho su forma de ser y siempre me lo pasaba muy bien con él. Pero no sabía cómo prescindir de Nel.

No quería hacerle daño, le necesitaba en mi vida. Era mi mejor amigo, no habíamos tenido nunca secretos entre nosotros hasta entonces. Su confianza era muy importante para mí y la había traicionado para siempre. Y eso me dolía. Odiaba sentirme así de ruin. Tenía que confesarlo todo. Se lo debía.

Solo de pensar en perderle mis ojos se llenaron de lágrimas y un nudo asfixió mi garganta.

De pronto, sentí unos pasos a mi espalda y al girarme comprobé que era él. Me había visto desde la cristalera de la sala.

Me limpié las lágrimas para que no viera que había llorado, aunque ya se había dado cuenta. Se sentó a mi lado y me pasó un brazo por los hombros. Sin decir nada nos quedamos en silencio mirando la fuente. No queríamos hablar, no estábamos preparados y ambos lo sabíamos. En aquel momento solo necesitábamos saber que el otro estaba allí para lo bueno y para lo malo. No sabíamos hasta cuándo eso iba a durar.

Como siempre, Nel sabía exactamente qué necesitaba. Me dio tiempo para aclarar mis ideas. No pidió explicaciones. Solo estuvo a mi lado.

Y yo que no podía dejar de llorar por dentro, sabía que nadie me daría nunca la paz que me daba él, esa ternura, esa paciencia, ese cariño. No podía dañarle, no quería hacerlo, no deseaba perderle. Y me abracé a él. Antes de que fuera demasiado tarde me abracé a él como si quisiera arrebatármelo el destino. Como si ese fuera nuestro último momento juntos.

Nel acariciándome el pelo me susurró al oído.

—Tranquila, cariño. Todo se solucionará. Encontraremos una salida, ya lo verás.

Cuando conseguí calmarme lo suficiente regresamos al dojo para dar las clases de los niños, pero prácticamente fue Manuel el que tuvo que encargarse de todo porque yo no me centraba en nada. Lo único que hacía era mirarle y pensar en mi vida sin él. Yo no sería la misma, el trabajo no sería el mismo, mi vida sería peor.

Todo lo que había conseguido sola en mi nueva vida no tendría sentido si no lo compartía con él. Nadie como él con quien disfrutar de los frutos de mi esfuerzo y de mi trabajo. Era la persona con quien quería compartir mi mundo, mi escuela y mi día a día.

A media tarde llegó Marc y nos saludó con la mano al pasar por el pasillo mientras se dirigía a los vestuarios. A mí se me aceleró el corazón y tan solo pude mirar de reojo a Nel para observar si sospechaba algo o si habían hablado a mis espaldas.

Me asusté cuando comprobé que la expresión de su cara se volvía fría como el hielo. Su ceño se frunció y sus ojos mostraban un brillo diferente del que había visto durante toda la tarde. Su mandíbula estaba tensa. Daba la sensación de querer darle un puñetazo a algo.

No cabía la menor duda. Marc había hablado con él y le había confesado lo nuestro. Por eso no hablaba y reaccionaba de ese modo al verle llegar.

Sabía que le había traicionado y ni siquiera se lo había confesado. «¿Qué clase de mujer se comporta así?», me reprochaba interiormente. Eso quería decir que ya lo había perdido para siempre. Lo nuestro se había terminado y, por supuesto, nuestra relación de amistad habría llegado a su fin. Quizá por educación seguiría durante un tiempo ayudándome con la escuela, pero eso sería en el mejor de los casos.

Y con Marc ya no sabría cómo actuar. Cómo iba a entregarme a un hombre sabiendo que eso destrozaba a otro. Lo más sensato era olvidarme de ambos. Había tocado el cielo y ahora la realidad me tiraba al suelo. No podría amarle.

El dolor era tan intenso que salí corriendo del tatami y me encerré en el baño. Solo quería llorar. Tenía que desahogarme. Sentía el pecho explotar y apenas era capaz de respirar. Me senté en el suelo y lloré hasta que me dolieron los ojos.

Entró Carmen, que había visto la escena desde el *hall*, y me preguntó si necesitaba ayuda. Se lo agradecí, pero le dije que necesitaba un momento. A los cinco minutos salí del baño y me di una ducha. Me envolví en una toalla y me metí en la sauna.

Llevaba unos minutos allí tumbada cuando se abrió la puerta y se asomó Marc. Se sentó a mi lado y me dio la mano.

—No he podido decírselo —confesé con la voz quebrada.

—Tranquila, ya lo hablaremos con calma los tres —dijo para consolarme—, no tienes que estar sola, lo haremos juntos.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —questioné elevando la voz algo más de lo necesario—.
¿No te das cuenta de que cuando le diga que nos hemos liado le romperé el corazón?
Con un gesto realmente airado salí de la sauna y me marché.
Pasé junto a la sala donde Nel recogía el material de la clase y me marché sin decir ni adiós.

Manuel

La busqué porque tenía que verla. Tenía que darle mi versión ahora que Marc seguramente ya se lo habría contado todo. Pero cómo explicarle algo así.

Me sentía avergonzado y apenas me reconocía. ¿Qué me había pasado?, ¿cómo confesarle a María lo que había pasado entre Marc y yo si apenas podía recordarlo sin que se me encogiera el alma?

Estaba desorientado, ya no sabía quién era, qué era o cómo sentirme. Y si en realidad yo era así por qué no lo había sentido antes por nadie.

Siempre había estado rodeado de hombres y ni en la academia ni en los destinos donde había compartido piso con otros compañeros había sentido ninguna atracción ni física ni sentimental por ninguno de ellos. Había tenido buenos amigos y compañeros, aunque nunca nada más allá de una sana amistad.

¿Qué me había hecho Marc? ¿Me había despertado de un sueño o me había sumido en una pesadilla? ¿Cómo explicar en mi trabajo o a mi familia y conocidos mi cambio de rumbo?

Solo tenía dudas, miedo. Estaba triste al perder la seguridad de saber quién era, de perder mi identidad, a María, a Marc.

Me fui al dojo un rato antes con la intención de hablar con María e intentar explicárselo de la manera más suave posible.

La vi a la sombra de nuestro sauce, llorando y supe que ya lo sabía. Marc debía haber hablado con ella y ya no había marcha atrás. Debía afrontarlo con la poca dignidad que me quedaba.

Me acerqué a ella y al verla tan triste no pude más que abrazarla y en silencio pedirle perdón con la esperanza de que no me exiliara de su corazón. Sin poder articular una sola palabra nos quedamos en silencio mirando las cristalinas aguas de la fuente y su baile entre las rocas, que se deslizaba sinuosa por las pequeñas cascadas artificiales.

Estaba avergonzado y muerto de miedo. La abracé porque me sentía culpable al verla tan hundida.

Le prometí que todo se arreglaría, pero, en realidad, sabía que era imposible. Yo nunca volvería a ser el mismo hombre y sabía que ella no me miraría del mismo modo.

Nuestra maravillosa relación había llegado a su fin antes de empezar. La perdería a ella, a Marc, la escuela, nuestros amigos, mi nueva vida, el amor, la amistad... TODO.

Y con ese peso sobre mis hombros la abracé por última vez y lloramos juntos todo nuestro dolor.

Regresamos para empezar la clase y observé que María estaba fuera de juego. Tenía la mente ofuscada y estaba distraída. Salió de la clase y yo me hice cargo de los críos.

Al terminar me dirigí al vestuario para cambiarme para la clase de judo y encontré a Marc sentado en el banco con la cara entre las manos totalmente abatido. Le saludé y me dirigí a la taquilla. No me apetecía desnudarme delante de él, me sentía incómodo estando con él en el lugar donde había perdido el norte de mi vida. Así que cerré la taquilla y me dispuse a salir de ahí, pero al pasar junto a Marc le oí decirme:

—En algún momento tendremos que hablar. Sé que necesitas tiempo, aunque no podemos estar así eternamente.

—No estoy preparado para hablar contigo todavía, aunque ya veo que tú no has tenido ningún problema en contárselo a María, te ha faltado tiempo —repliqué enojado hasta el extremo.

—¿Qué estás diciendo? Yo no le he dicho nada a nadie y mucho menos a María. Creo que este asunto deberíamos hablarlo los tres juntos ya que nos afecta a todos.

—Algo le habrás dicho o ¿no has visto lo afectada que está? No ha sido capaz de dar la clase y apenas puede mirarme a la cara.

—Te repito que no le he dicho nada y que tenemos que hablar los tres. Cuanto más lo posterguemos más difícil será. Hablemos como personas adultas y ya veremos qué pasa.

Sabía que en el fondo tenía razón, no podíamos seguir toda la vida así y cuanto antes nos enfrentáramos a la situación antes averiguaríamos qué nos depararía el futuro a los tres. Me aterraba ese momento y temía las posibles consecuencias de esa conversación. No sabía qué era lo que quería y lo único que sabía con certeza era que no quería perder a María ni volver a estar solo. Y sobre todo quería que acabara el sufrimiento que le estaba causando; eso me desmontaba totalmente.

—De acuerdo, organiza un encuentro y hablamos los tres. Tendremos que solucionar este embrollo de alguna forma. Ya me dirás dónde y cuándo quedamos.

Y salí del vestuario intentando mostrarme lo más sereno posible ocultando el pánico que sentía en mi interior.

Marc

Suspiré aliviado, ya que al menos Manuel me había vuelto a dirigir la palabra y estaba de acuerdo en intentar solucionarlo los tres juntos. Ahora solo debía convencer a María.

Salí a su encuentro y Ali me dijo que le había dicho que se iba a casa porque no se encontraba bien.

Sin dudarle ni un instante me dirigí a su casa. Me presenté ante su puerta con un par de cafés y unas pastas. «La merienda», dije con una leve sonrisa. Al verme sin mediar palabra me dejó entrar.

Nos sentamos en el salón y nos tomamos el café caliente. Daba la sensación de que ambos estábamos preparando un discurso, pero no éramos capaces de pronunciar ni una sola frase.

Al cabo de unos minutos que parecieron horas María empezó a hablar.

—No he podido hablar con Nel, no he sido capaz de decirle nada de lo nuestro. No sabía ni por dónde empezar. No quiero hacerle daño y sé que esto le va a destrozar —confesó entre sollozos.

—Lo sé, he hablado con él en el vestuario. Tenemos que quedar y hablar los tres juntos. Esto nos afecta por igual a todos y ya es hora de que nos enfrentemos al problema de cara.

—¿Cómo vamos a solucionar que le dejemos fuera porque nos hemos liado? Eso no se soluciona. Si queremos ser pareja tengo que arruinar sus sueños y pedirle que se conforme con mi amistad. No creo que lo acepte y se ira de nuestras vidas para siempre. Y, si por el contrario me quedara con él, tendría que perderte a ti y eso no lo soportaría.

—Creo que hay detalles que no conoces y que deberías hablar con Manuel antes de decidir nada. Es preferible que estemos los tres.

—¿A qué detalles te refieres? No te entiendo.

—Voy a llamar a Manuel y le voy a decir que venga aquí cuando acabe las clases. Nos sentaremos y nos tomaremos unas copas de vino. Y de la forma más civilizada que conozcamos hablaremos de todo este lío y lo solucionaremos. No te preocupes, estaré a tu lado.

Me levanté y salí con la convicción de que esa era la única forma de poner las cartas sobre la mesa y avanzar hacia un futuro menos incierto.

Llamé a Manuel y quedamos en el piso de María al cabo de unas horas.

Sentía una chispa de esperanza en mi interior. Quizás si lo aclarábamos todo decidiríamos qué iba a ser de nosotros.

Deseaba con todas mis fuerzas que Manuel sintiera el mismo amor que yo sentía por él. Y quería seguir explorando a María en toda su grandeza. ¿Era una locura desear a dos personas con tanta ansia? Necesitaba sentir su amor y su calor. Amaba a ambos, los deseaba, los necesitaba..., sentía mi pecho arder de pasión. No quería ni imaginar perderlos o tener que elegir. No quería que me apartaran de sus vidas. Tenía que intentar buscar una solución.

María

Empezaba a oscurecer y hecha un mar de dudas no dejaba de pensar más que en breve tendría que decidir si vivir una pasión desenfrenada con Marc o, por el contrario, evitar perder a Nel y rezar para que perdonara mi infidelidad.

Tenía miedo. Creo que en toda mi vida no había sentido tanto miedo de enfrentarme a algo. No quería perderlos, pero no podía vivir mintiéndoles de esa forma.

Tenía que confesar mis sentimientos y esperar que entendieran que todo había sido un gran error desde el principio. Los quería mucho y los quería en mi vida, aunque ¿a quién metería en mi cama? Esa era la pregunta que me estaba martirizando por dentro. Había amado a los dos de dos maneras totalmente antagónicas; ambos habían sabido llevarme al éxtasis del placer. La ternura de Nel me conmovía y la pasión de Marc me desarmaba, los amaba a ambos y no quería tener que decidir.

Sonó el timbre, era Nel que llegaba directo de la escuela. Se le veía nervioso y angustiado, y eso me preocupó aún más. Suponía que debía sentir que algo no había ido bien cuando hablé con Marc, pero creí que al no saber que nos habíamos liado aún tendría la esperanza de seguir adelante con lo nuestro.

Llegó Marc con una botella de rioja en la mano y tras un breve saludo se dirigió a la cocina para coger tres copas y el sacacorchos. Sirvió las copas generosamente e hizo que nos sentáramos los tres alrededor de la mesa.

La situación era cuanto menos violenta y todos estábamos visiblemente afectados. Marc cogió las riendas de la situación y empezó a hablar:

—Bueno, ha llegado el momento de las confesiones —soltó el tío—, sé que vamos a decir cosas en esta mesa que nos van a descolocar porque nuestra idílica amistad ha dado un giro inesperado, y tenemos que hablarlo entre los tres para que nadie salga herido.

Creí que había sido la introducción perfecta y que tenía la obligación de cara a Nel de confesar yo primero, ya que me sentía culpable y era mi responsabilidad. Les había traicionado a ambos con alevosía y debía expiar mi culpa sacrificando nuestra amistad.

—Nel, te quiero con locura y te necesito en mi vida, eres un compañero maravilloso y ni te imaginas lo mucho que me has ayudado estos meses, tanto en el dojo como en mi vida. Sé que te dije que no me atraías, la verdad es que cuanto más te conozco más te aprecio y veo que un futuro a tu lado sería un regalo inmenso. Pero desde que conocí a Marc he sentido por él una atracción muy fuerte. Me encanta nuestra amistad y la familia que hemos creado los tres, sin embargo, el otro día cuando te dije que tenía que hablar con Marc nos enrollamos y descubrimos que sentimos algo muy fuerte el uno por el otro.

—Pero si te habías acostado conmigo antes —exclamó Nel sin dar crédito a lo que oía.

—Lo sé, y fue maravilloso, tenía que averiguar qué era lo que sentía por Marc.

—¿Qué era una especie de concurso de talentos? —dijo indignado.

Estaba sentada frente a ellos y sus miradas eran de pura incredulidad. Me miraban fijamente y luego se miraban entre ellos. Me sentía avergonzada, pero al menos yo ya había confesado. Me había portado de una forma ruin y ahora no podía hacer otra cosa que agachar la cabeza y aguantar el chorro.

—Bueno, Manuel, no te pongas así y empieza a hablar —apremió Marc defendiéndome de sus ataques.

Nel enmudeció de pronto y volvió a bajar la cabeza. Yo no entendía a qué se refería Marc con aquello; pronto saldría de dudas.

—María, sabes que lo nuestro ha sido algo muy especial, y mientras que Manuel se ha ido enamorando cada vez más de ti durante este tiempo, yo quiero confesarte que me he sentido atraído por él —anunció Marc sin pestañear.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes, estoy enamorado de Manuel desde que le conocí. Por eso te he estado esquivando todo este tiempo.

—¿Te has enamorado de Nel? ¡No entiendo nada! ¿Qué clase de juego es este? ¿Por qué no me habías dicho nada? ¿Eres gay? Pero si te acostaste conmigo.

Estaba atónita, no salía de mi asombro. Se acostaba conmigo, sin embargo, estaba enamorado de Nel. ¿Qué pretendía? No entendía nada y no sabía cómo reaccionar. Todo parecía surrealista y aún no había acabado ahí la cosa. Nel tomó la palabra:

—Amor mío, te amo desde el primer día en que nos conocimos y sabes que te he declarado mis intenciones en varias ocasiones. Creo que eres la mujer más especial que he conocido en toda mi vida. Pero el día de tu cumpleaños Marc me confesó sus sentimientos y sin saber ni cómo tuvimos relaciones. Nunca lo había hecho antes y todavía ahora no sé cómo sentirme al respecto. Lo único que sé es que te quiero y que no quiero perderte. Entenderé que no quieras saber más de mí, solo quiero que sepas que en ningún momento he querido hacerte daño. Que mi amor por ti es sincero y que cuando nos acostamos te hacía el amor de verdad con todo mi corazón.

—Así que todos nos hemos acostado juntos. ¡Esto es increíble! Se puede decir que no hemos perdido el tiempo —dijo Marc soltando una carcajada.

A mí no me hacía ninguna gracia esa situación, y desde luego a Nel tampoco. ¿Qué nos había pasado? ¿Quiénes éramos? ¿Cómo podíamos haber cambiado tanto en pocas semanas? ¿Qué quedaba de nuestra amistad? Sin saber qué decir ni qué hacer me levanté y salí a la terraza a tomar el aire. Sentí un escalofrío al notar el aire fresco del anochecer y, de golpe, percibí que Nel me ponía su chaqueta sobre los hombros y me cobijaba en un tierno abrazo.

Sin mirarnos le pregunté:

—¿Qué nos ha pasado?

Y él respondió besando mi cabeza dulcemente.

—Que nos amamos más de lo que nadie entenderá jamás.

—¿Nel, estás enamorado de Marc? —pregunté curiosa.

—No lo sé. Es decir, sé que le quiero mucho porque es mi mejor amigo y también sé que estoy enamorado de ti. Os quiero a ambos en mi vida y no quiero perderos.

—Pero te acostaste con él, ¿te gustó? —insistí confusa.

—No lo sé, fue muy extraño. Nunca había estado antes con otro hombre y ahora aún no sé cómo sentirme. Estoy hecho un lío. Y tú, ¿quieres a Marc?

—Sí. Os quiero a los dos. Estoy enamorada de Marc y me gusta mucho, aunque no quiero perder lo que tenemos tú y yo. Sé que lo nuestro es muy especial y te quiero en mi vida.

Miramos los dos al interior del salón y vimos a Marc sentado a solas en la mesa bebiéndose el vino. Se notaba que estaba asustado e incómodo al vernos a los dos abrazados fuera. Entramos para que no se sintiera excluido y nos volvimos a sentar.

—Bueno, y ¿ahora qué vamos a hacer? —pregunté realmente preocupada.

—Seguir amándonos, establecer unas reglas y luchar contra todos —propuso Marc totalmente convencido.

—¿Te refieres a amarnos los tres? ¿Es una broma? Por si no fuera difícil mantener una relación con una persona imagínate como debe ser con dos —exclamó Nel llevándose las manos a la cabeza.

—Es una locura, Marc, nunca funcionaría. Es de locos siquiera pensarlo —exclamé sin entender a qué se refería exactamente.

—Tenéis que abrir vuestras mentes. El poliamor es una opción como otra cualquiera. Si nos queremos y somos felices juntos por qué no probar. Ahora las cartas están sobre la mesa y lo importante es saber que nos queremos. Solo tenemos que aprender a querernos de forma que nadie salga lastimado y seguir con nuestra vida como hasta ahora —dijo Marc convencido de su argumentación.

—¿Qué dirán los demás? ¿Tendremos que ocultarnos a los ojos de la gente? Nadie va a comprenderlo —contesté casi sin poder respirar.

—Por eso ahora no te preocupes, sobre la marcha. Lo primero es estar de acuerdo entre nosotros e intentarlo. Si sale mal nos separaremos, que es a lo que estamos destinados si no lo intentamos. Uno de nosotros o los tres acabaremos solos y sin amor. No perdemos nada por probar —explicó Marc intentando ser lo más coherente posible.

—¿Tú no tienes nada que decir, Nel? —indagué buscando alguna respuesta por su parte que no me pareciera tan alocada.

—Solo sé que no quiero perderos, pero esta locura... ¿qué dirían en la comisaría, mis compañeros, mi familia...?

—Tenemos que seguir actuando como hasta ahora. Lo que pase cuando estemos solos únicamente nos concierne a nosotros. Teniendo un poco de cuidado no tiene que enterarse nadie —concluyó Marc.

—No sé si seré capaz —dije angustiada.

—Lo más difícil ya ha pasado, ahora nos debemos una oportunidad —continuó Marc con rotundidad.

Nos quedamos en silencio intentando asimilar todas esas conclusiones e intentando

convencernos interiormente de que era lo correcto, pero las dudas no dejaban de asaltar nuestra mente. Era algo para lo que no estábamos preparados y teníamos la sensación de que se nos iba a escapar de las manos como una trucha de río.

—En cierto modo, es una situación ideal. Es como si pudieras mantener tu matrimonio y disfrutar de tu amante sin sentir que engañas a nadie —observó Marc sonriendo.

—¿Y esto cómo va, nos liamos por turnos o hay que marcar un calendario? —comenté ruborizada por la vergüenza.

—No hay que preparar nada, el amor surge cuando surge. Lo más importante es saber que no existirá la traición y que no serán engaños si dos tienen relaciones sin contar con el tercero. Podemos amarnos libremente y cuando queramos, incluso amarnos los tres a la vez —opinó Marc con cierto aire picarón.

—Esto va a ser muy raro —dijo Nel descolocado, supongo que por la idea de vernos los tres en una escena de sexo en grupo—. Yo creo que no estoy preparado para esto. Marc, todavía no sé cómo sentirme con lo nuestro como para mezclar a María en este lío.

—Estamos todos en este supuesto barullo, ya que nos hemos liado los tres de igual forma —manifestó sonriendo Marc—, ninguno estamos preparados, aprenderemos juntos, nos ayudaremos y nos lo contaremos todo. Ante todo, tenemos que ser sinceros y decir lo que nos gusta y lo que no para que nadie se sienta ni excluido ni mal —explicó Marc visiblemente emocionado con la idea—. Lo disfrutaremos mientras dure —concluyó con una sonrisa y lleno de esperanza.

—Y ¿qué pasa con los celos? Por mucha confianza que haya ¿cómo soportaremos toda esta situación sin sentir celos los unos de los otros? —preguntó Nel.

—Repito que la clave está en la sinceridad y la confianza —remarcó Marc.

—Pero la intimidad que hay en una pareja también es importante, y si somos tres, ¿cómo lo haremos? ¿Tendremos que irnos dando explicaciones sobre todo lo que hagamos? —consulté bastante agobiada.

—No os pongáis tantos límites antes de empezar. Nuestra relación ya está establecida. Hasta ahora lo hemos compartido todo y no hemos tenido problemas. Lo único que cambia es que todos conocemos nuestros sentimientos y lo que sentimos por los otros. Tenemos libertad para dar rienda suelta a nuestro amor y deseos. Podemos amarnos de una forma desinhibida y libre, disfrutando de esto tan grande y especial que compartimos. No lo tiremos todo por la borda por miedo —suplicó Marc.

—No lo tengo muy claro, por lo menos, es una solución en la que nadie se queda solo. Por intentarlo. —Nel me miraba fijamente a los ojos buscando claramente mi aprobación.

Dejamos ahí el tema y nos fuimos a dormir intentando asimilar toda la conversación.

Pero estando en la cama me asaltaban miles de preguntas, qué pasa con los celos, qué pasa si uno se siente excluido, cómo sería amarnos los tres, seríamos capaces de salir indemnes de todo aquello, tendríamos un futuro juntos, podríamos llevarlo en secreto...

Yo solo anhelaba mantener una relación estable con una persona que me hiciera sentir feliz y con quien compartir mi vida en el futuro, aunque este embrollo era demasiado difícil de asimilar,

apenas comprendía a qué se refería Marc con todo aquello del poliamor.
¿Por qué el destino se empeñaba en complicarme la existencia?

Poliamor

Aquella noche no pude pegar ojo dándole mil vueltas al tema. No entendía lo que abarcaba eso del poliamor y acabé metida en internet intentando averiguar las verdaderas intenciones de Marc.

Me sorprendió la cantidad de información que había sobre el tema y descubrí las diferencias existentes entre poliamor, poligamia, intercambio de parejas, parejas abiertas..., era todo un mundo en referencia al amor consentido y disfrutado por varias personas. Todas las combinaciones eran aceptables, se trataba de amar a otros y disfrutar de ello con la naturalidad de cualquier amante que se entrega a otra persona para sentir y ofrecer placer.

Me estudié la definición para ver si encajábamos en ella: el poliamor consiste en amar a varias personas a la vez, de forma consensuada, consciente y ética.

Estaba claro que a eso se refería Marc cuando hablaba de establecer unas reglas.

La idea cada vez me atraía más. Fuera de convencionalismos era la única respuesta a mi dilema sentimental. Era la forma de no tener que sacrificar a ninguno de mis amantes y disfrutar de ambos a la vez.

La sola idea de imaginarme amada por los dos me alteraba sobremanera, sentía el rubor en mis mejillas por la vergüenza y los nervios se apoderaban de mi estómago. Amar a cada uno con pasión era algo que veía que era capaz de hacer y se lo había demostrado, no obstante, amar a los dos a la vez me llenaba de dudas, ¿estaría a la altura, sería capaz de relajarme y dejarme llevar, me parecería bien verles a ellos amarse con la misma pasión con la que me habían amado a mí? ¿Cómo reaccionaría Nel al verme con Marc?

¿Cómo iba a ser nuestro futuro?, siempre escondidos a los ojos de nuestros conocidos y de nuestra familia, y de matrimonio ni hablar claro está siendo delito en nuestro país, ni de entrada tener hijos... qué complicado me parecía todo.

Me había propuesto cambiar de vida y lo había cambiado todo a mi alrededor. Sentía más amor del que podía soportar y no sabía cómo me había despertado en esta pesadilla emocional. Amaba a dos hombres, deseaba a los dos y me proponían vivir una experiencia única en la vida para la que no sabía si iba a estar preparada. ¿Cómo renunciar a ella, cómo renunciar a ellos, cómo no intentarlo?

Con cierto aire renovado me propuse seguir con mi día a día intentando pensar lo menos posible en mis chicos. Llegué al dojo y Ali me puso al día sobre los asuntos del trabajo y me preparé para dar mi clase de yoga matutina. Me apetecía un montón, ya que era la forma de liberarme de todo el estrés que acumulaba en mi interior.

Entre las mami y los abuelitos hicieron que mi mañana mejorara notablemente. Los críos de la tarde con sus risas y sus juegos hicieron que me sintiera relajada y feliz.

Nel llegó a media tarde con los chicos del judo y preparó la clase con toda normalidad. Yo desde la sala contigua intentaba vislumbrar su estado de ánimo. A simple vista estaba como siempre y se reía con los compañeros como si nada hubiese pasado la noche anterior.

Al terminar las clases llegó Marc para realizar su clase de taichí y Nel se unió a nosotros en la sala de los espejos. Intenté mostrarme lo más natural y relajada posible, pero cada vez que se cruzaban nuestras miradas en el espejo un cosquilleo me recorría el cuerpo como un escalofrío.

No podía parar de pensar en lo mismo. Mientras ellos realizaban los movimientos yo imaginaba sus manos sobre mí. No sabía cómo iba a reaccionar al verlos amándose, de entrada, me parecía una imagen sumamente excitante, pero ¿controlaría los celos, compartiría su amor, me entregaría por igual?

Al fin terminó la clase y ellos empezaron a hablar como si nada, no podía creerlo. ¿Cómo estaban tan tranquilos? Para no saber cómo sentirse, Nel parecía encontrarse muy cómodo con Marc. ¿Significaría que ya había superado sus miedos y se había vuelto gay del todo? Me sentí algo dolida de que me hubiera cambiado tan pronto, que le hubiese preferido a él.

Recogí el material y me fui a la ducha. Le pedí a Nel que cerrara la puerta como de costumbre.

Me duché intentando oír qué hacían ellos al otro lado y de pronto supe que se habían metido en el *jacuzzi* para continuar con su conversación tan ricamente. Aún no habíamos aclarado nada y ya me sentía excluida de su relación. Así que me envolví en la toalla y me dirigí a la sauna algo dolida.

Al cabo de unos minutos entró Nel y se sentó a mi lado.

—¿Cómo lo llevas, pequeña? —preguntó mientras me cogía de la mano.

—La verdad es que no sé si estoy preparada para todo esto, me pongo celosa cuando te veo con él y me duele pensar que lo prefieras a él antes que a mí. No creo que pueda hacerlo. Me han educado en la ilusión de conocer a alguien a quien me entregaría en cuerpo y alma para pasar mi vida a su lado y formar una familia. Me han educado bajo el ejemplo de mis padres, una pareja convencional y feliz. Yo aspiraba a disfrutar de un amor sincero como el suyo, aunque esto de ser un trío no sé si lo podré soportar.

—¿Te crees que a mí me han educado de una forma diferente y con mi trabajo piensas que no lo estoy arriesgando todo? Pero te amo y quiero estar contigo sin tener que renunciar a Marc. No sé del todo qué siento por él, aunque puede que lo descubra si nos mantenemos unidos. Tú me das la fuerza para seguir adelante con todo esto. Si estás a mi lado habrá valido la pena. No quiero perderte.

Buscó mi mirada y dulcemente con su mano giró mi cabeza para besarme. Nos abrazamos y empezamos a besarnos sin tregua hasta que notamos que la puerta de la sauna se abría.

Marc se acercó por detrás y empezó a besarme el cuello mientras Nel le miraba. Me giré para besarlo y mientras nuestras lenguas se acariciaban sentí que Nel me besaba los pechos y mordisqueaba mis pezones.

Un gemido escapó de mi boca y nos quedamos los tres mirándonos a los ojos como si buscáramos la aprobación de los demás para continuar, para dejarnos llevar. Ellos se besaron delante de mí y cuando vi sus bocas lamiéndose y sus lenguas disfrutando del sabor del otro más

allá de sentir celos sentí una excitación inigualable. ¡Dios, qué imagen! Era maravilloso ver cómo se besaban y que se acariciaban. Se querían y se deseaban. Querían compartir todo aquel amor conmigo y me sentí dichosa. No tendría que perder a ninguno, por el contrario, había ganado a los dos.

Nel se arrodilló ante mí y empezó a jugar con mis labios y a lamerme el clítoris suavemente mientras que Marc hacía lo propio por detrás acariciando y besando mi ano. Con sus manos me acariciaban los pechos e introducían sus dedos en mi ser hasta que apreciaron que estaba preparada para recibirlos.

Nel se sentó en el banco de la sauna y me sentó a mí sobre él a horcajadas para penetrarme mientras besaba a Marc en la boca y le acariciaba el miembro poniéndolo duro y eréctil como un mástil. Los jadeos y suspiros resultaban sumamente excitantes, las caricias y los besos se convirtieron en oleadas frenéticas, las manos, las bocas, las lenguas..., todo nuestro ser implicado en un único fin, y cuando casi creí que ya iba a llegar al orgasmo sentí una embestida por detrás que me cortó la respiración.

No me lo creía, me estaban amando los dos a la vez, no sabía si lo soportaría, pero mi excitación había llegado a un nivel casi irreal. Me gustaba sentirme tan amada, tan deseada, tan excitada, y saboreando cada movimiento, cada caricia y cada beso llegamos al clímax de la que pasaría a ser nuestra primera relación como trío.

El sonido de sus suspiros y los gemidos al correrse de placer dentro de mí se quedaron grabados en mi alma.

Nos separamos y nos sentamos mientras nuestros corazones volvían a su ritmo normal y nuestra respiración se calmaba. Me temblaban las piernas y me escocían mis partes, pero estaba bien. Me sentía bien. Y permití que continuaran besándome y acariciándome a la vez que disfrutaban el uno del otro.

Todas las dudas se habían disipado, todos los temores habían desaparecido. Podíamos amarnos y disfrutar de los otros en igualdad de condiciones. Nos deseábamos y habíamos disfrutado del placer de nuestros cuerpos como si nos hubiésemos estado preparando toda la vida para ese momento. Había surgido algo mágico, algo enorme, algo maravilloso que solo nosotros conoceríamos. Nadie más iba a entenderlo, nadie lo compartiría, aunque nos daba igual.

Tras aquella primera experiencia en la sauna seguimos disfrutando de nuestro secreto con total discreción. Probamos todas las posiciones, combinaciones, maneras y formas de amarnos hasta la saciedad.

Éramos como unos críos desesperados por explorar y aprender cada día algo nuevo. En casa, en el *dojo*, en el *jacuzzi*, en la sauna, en las duchas..., cualquier momento en que nos encontrábamos solos lo aprovechábamos para disfrutar de nuestra fruta prohibida.

A veces llegaba a casa y me los encontraba amándose libremente en la habitación. A veces, Marc amaba a Nel y otras era a la inversa. Era tan lujurioso verlos desnudos procurándose placer desenfadadamente que no podía hacer otra cosa que desnudarme y unirme a sus juegos donde siempre me sentía cortejada y animada a dejarme llevar.

Cuando ellos habían empezado sin mí era fácil colarme entre sus abrazos y provocar su excitación con mis besos y caricias. Sabía hacer que perdieran el control cuando les hacía una felación mientras el otro le penetraba, o dejaba que me follara uno mientras el otro disfrutaba penetrándolo a su antojo. No necesitábamos hablar, nuestros cuerpos lo hacían por nosotros.

Podía vivir una relación romántica con Nel y sentirme como una fiera salvaje con Marc. Era ideal, lo tenía todo, los tenía a ambos.

Marc disfrutaba de la relación con la que siempre había soñado y Nel descubría poco a poco una sexualidad que había llevado dormida en su interior y que deseaba compartir con nosotros en todo momento.

Las posibilidades eran infinitas, y sentir el placer de los demás nos reportaba tanta felicidad, tanta lujuria, tanta excitación que no podíamos dejar de pensar en ello todo el día.

Éramos felices y nos sentíamos completos, amados, cuidados, comprendidos. Nuestra complicidad era increíble y nuestra compañía el sustento de cada día.

Nadie a nuestro alrededor lo sabía porque intuíamos que no entenderían la grandeza de nuestra relación. Por ahora nos daba igual. Teníamos que explorarnos y disfrutábamos de nuestra conexión con todos los sentidos.

De cara a nuestros conocidos seguíamos viviendo nuestra amistad como hasta entonces y evitábamos las muestras de cariño en público para no levantar sospechas.

No queríamos pensar en el futuro porque era incierto y nos daba demasiado miedo. Estábamos sumidos en aprovechar el presente y eso ya era bastante abrumador.

Lo que nos depararía el futuro estaba por ver, pero... ¿y si fuera posible que encontráramos la felicidad los tres como cualquier otra pareja? ¿Sería posible? ¿Y POR QUÉ NO?

Agradecimientos

En primer lugar, y como no podría ser de otra manera, debo agradecerle a mi marido, mi amor, padre de mis hijos y mejor amigo que me haya acompañado en este viaje con la misma ilusión y complicidad con la que me acompaña en la vida. Sin su apoyo incondicional y sin su fuerza no sería la mujer que soy hoy. Una vida no es suficiente para expresarle todo mi amor.

A mis hijos, que siempre han creído en mí y a quienes espero transmitirles que «querer es poder» y que si persigues tus sueños con tesón pueden convertirse en realidad. Los límites se los impone uno mismo y la felicidad empieza por permitirse soñar.

En especial a mis sobrinos Pedro y Sara, compañeros de locuras. Siempre están allí cuando los necesito, y eso no tiene precio. Me acompañan en todos mis proyectos por disparatados que parezcan y su compañía resulta una delicia.

A mis hermanos Ginés y Pedro por aclarar mis dudas a cualquier hora de la noche con gran ilusión y cariño.

También tengo que dar las gracias a Vito, cuya amistad ha inspirado gran parte de esta novela y a Bru, mi hermano “postizo” que sin su ayuda posiblemente este libro nunca hubiese visto la luz.

Un agradecimiento especial a Dolors, mi compañera y cómplice. La persona con la que me desahogo a diario y que me hace ver la vida siempre desde otro punto de vista. Es una gozada trabajar contigo y cada día aprender algo nuevo juntas. Mi lectora O, cuyas aportaciones o sugerencias siempre me ayudan a mejorar. Tus palabras de ánimo siempre me acompañan.

Y a todas las personas y familiares que me rodean y que siempre me han hecho sentir capaz de todo lo que me he propuesto. Me siento muy orgullosa de pertenecer a esta familia. Os quiero muchísimo. Mil gracias de corazón.

Y sobre todo, mi mayor gratitud a mis lector@s , ya que sin vosotr@s este proyecto no tendría sentido. ¡GRACIAS!

Índice

<u>Introducción</u>	7
<u>Pero ¿por qué?</u>	9
<u>Cambio de rumbo</u>	27
<u>Mamá</u>	39
<u>Mi gente</u>	47
<u>El proyecto</u>	53
<u>La declaración</u>	63
<u>La chispa</u>	69
<u>Recuperando el control</u>	85
<u>Vito</u>	99
<u>El despertar del arte</u>	107
<u>El beso</u>	113
<u>El amor</u>	125
<u>Manuel</u>	145
<u>Marc</u>	163
<u>María</u>	179
<u>Manuel</u>	185
<u>Marc</u>	189
<u>María</u>	193
<u>Poliamor</u>	201
<u>Agradecimientos</u>	209